

Una Busqueda Desesperada

(Married to a Mistress)

Lynne Graham

Maxie, Darcy y Polly tenían que encontrar un marido.

La difunta Nancy Leeward había legado a cada una de sus tres ahijadas una parte de su fortuna, a condición de que se casaran en un año y permanecieran casadas por lo menos seis meses.

Maxie, por culpa de la adicción al juego de su padre, tenía que hacer frente a una deuda que no podía asumir, así que la herencia de Nancy podría ser la solución a sus plegarias...

El millonario griego Angelos Petronides llevaba deseando acostarse con ella casi tres años, por lo tanto podrían llegar a un acuerdo... aunque él pronto descubriría que tendría que ofrecerle algo más que dinero para conseguirla...

-Y como Leland me ha dado carta blanca para llevar todos sus asuntos, pienso arrastrar a esa pequeña zorra ante los tribunales y acabar con ella -le explicó Jennifer Coulter, relamiéndose ante su venganza.

Angelos Petronides se quedó mirando a la hija de su difunta madrastra, disimulando su interés tras una máscara de amable indiferencia. Nadie podría haber adivinado que, sin quererlo, Jennifer le había proporcionado una información por la que hubiera estado dispuesto a pagar cualquier cosa. Maxie Kendall, la modelo conocida como la Reina de Hielo por los periodistas, y la única mujer que le había dado más de un quebradero de cabeza, estaba metida en un serio problema -Leland derrochó una fortuna en ella -continuó Jennifer resentida-. Tendrías que haber visto las facturas. ¡Es increíble lo que se ha gastado sólo en ropas de diseño!

-Maxie Kendall es una mujer ambiciosa. Supongo que se propuso sacarle a Leland el máximo posible -comentó Angelos procurando aplacarla.

Casi podía decirse que él era el único de los conocidos del matrimonio Coulter que nunca se había dejado engañar acerca de las verdaderas razones de la ruptura de la pareja, tres años antes. Tampoco le habían impresionado nunca las quejas de Jennifer. Aquella mujer había nacido en la riqueza, y probablemente moriría siendo aún mucho más rica. Su reconocida avaricia era motivo de más de un chiste entre los miembros de la alta sociedad londinense.

-¡Todo ese dinero desperdiciado! -se lamentó Jennifer con los dientes apretados-. ¡Y ahora encima me entero de que esa zorra consiguió que Leland le hiciera semejante préstamo!

¿Zorra? Definitivamente, pensó Angelos, su hermanastra no tenía ni pizca de clase, y mucho menos de discernimiento. Que un hombre tuviera una amante era algo perfectamente normal, pero no una ramera. Sin embargo, Leland había roto las reglas: ningún hombre en sus cabales abandonaba a su esposa para largarse con su amante. Ningún griego, al menos, habría sido tan inconsciente. Leland Coulter se había comportado como un estúpido, llevando la vergüenza a toda su familia.

-Pero, al final, conseguiste lo que te proponías- intervino -: tu marido ha regresado a casa.

-Sí, efectivamente -replicó secamente Jennifer, curvando los labios en una cínica mueca-. Pero sólo después de que le diera un infarto del que tardará meses en recuperarse, y no antes de que esa zorra lo abandonara en el hospital. Se limitó a decirle al médico que me avisara, y después se largó tan fresca como una lechuga. Pero lo que me importa ahora es recuperar el dinero sea como sea. Ya he dado orden a mis abogados para que le envíen una carta...

-Jennifer, a mí me parece que, dadas las circunstancias, estando Leland enfermo y todo eso, tus prioridades son otras. No creo que a tu marido le ayude verte dar el espectáculo en los tribunales -Angelos vio que de inmediato la mujer se ponía rígida al considerar la situación desde ese punto de vista-. Permíteme que sea yo el que me encargue de este asunto. Me hago responsable de que recuperes el dinero del préstamo.

-¿Lo... lo dices en serio? -tartamudeó Jennifer atónita.

-¿Acaso no somos parientes? -preguntó Angelos a su vez dulcemente.

Lenta, muy lentamente, Jennifer asintió, como hipnotizada por la cálida mirada del hombre que tenía delante.

Sin duda, Angelos Petronides, el auténtico cabeza de familia, contaba con el respeto de todos los miembros del clan. Era un hombre frío, implacable y enormemente seguro de sí mismo. Además, era inmensamente rico y poderoso. Conseguía atemorizar a la gente con su sola presencia. Cuando Leland rompió su matrimonio, Angelos había cortado de raíz las quejas y llantos de Jennifer con una simple mirada. De alguna forma, se había

enterado de que ella le había sido infiel primero, e, implacable, así se lo hizo saber.

Desde entonces, Jennifer había evitado volver a encontrarse con él. Sólo había conseguido superar el temor que le inspiraba para pedirle consejo acerca de la mejor forma de gestionar la rentable cadena de casinos propiedad de Leland.

-¿Cómo lo conseguirás? -preguntó con la boca seca, sin comprender muy bien todavía cómo había sido capaz de ponerse en sus manos.

-Mis métodos son cosa mía -replicó Angelos cortante, dando por concluida aquella conversación.

La impenetrable expresión de su atractivo rostro la hizo estremecerse de pies a cabeza. Sin embargo, se sentía triunfante: Angelos le había ofrecido su ayuda y aquella zorra muy pronto iba a pasarlo muy mal. Sólo eso le importaba.

Cuando se quedó solo, Angelos hizo algo completamente inusual en él: ordenó a su sorprendida secretaria de que no le pasara ninguna llamada y se arrellanó indolente en el sillón de cuero, contemplando la magnífica vista de la City londinense que se extendía frente a él. Ya no necesitaría más duchas frías, pensó, al tiempo que esbozaba una sensual sonrisa. No habría más noches solitarias. Su sonrisa se hizo aún más amplia: la Reina de Hielo iba a ser suya. Después de una espera de más de tres años, estaba a punto de conseguirla.

El que fuera una reconocida aventurera, no mermaba un ápice su extraordinaria belleza. Incluso el mismo Angelos, acostumbrado a tratar con las mujeres más hermosas, se había quedado sin habla al verla por primera vez. Le había parecido la mismísima Bella Durmiente de los cuentos: inaccesible, intacta... Su sonrisa se trocó en una amarga mueca. ¡Todo aquello no eran más que tonterías! Durante tres años, aquella mujer había sido la amante de un hombre tan viejo que podía haber sido su abuelo. No había ni pizca de inocencia en ella.

Sin embargo, decidió que no la presionaría con el préstamo. Se portaría como un caballero: le ayudaría a solucionar todos sus problemas económicos y, de ese modo, se ganaría primero su gratitud y después su lealtad. No volvería a mostrarse fría y, en agradecimiento, él estaba dispuesto a rodearla de todos los lujos, a darle cualquier cosa que pudiera necesitar o desear. Ya no tendría siquiera que volver a trabajar.

Por suerte para ella, Maxie no podía ser más ajena a los planes que estaban forjando para su futuro cuando salió del taxi. Cada uno de sus movimientos estaba dotado de una elegancia especial, innata. Se quedó de pie un momento mirando la casa de su difunta madrina, una mansión georgiana que se alzaba en medio de un cuidado jardín.

Mientras se acercaba a la puerta, tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Recordó que el mismo día en que hizo su primera aparición pública con Leland, su madrina le había escrito que ya no sería bien recibida en aquella casa. Sin embargo, apenas cuatro meses antes, la anciana había ido a visitarla a Londres para reconciliarse con ella, aunque no le había dicho que estaba mortalmente enferma. Maxie se enteró de su muerte cuando ya la habían enterrado.

Había sido convocada a la casa para la lectura del testamento de Nancy, lo que daba a entender que, definitivamente, su madrina le había perdonado por su escandaloso proceder.

Para complicar las cosas, Maxie llevaba en el bolso una carta que acababa de recibir y comprometía cualquier posibilidad de felicidad y libertad futuras. En la misma se le recordaba la deuda contraída con Leland, y que ingenuamente ella había supuesto que estaba cancelada desde el momento

en que decidieron romper su relación. A fin de cuentas, él se había llevado tres años de su vida, durante los cuales Maxie había empleado cada céntimo de lo que ganaba para devolverle el préstamo.

¿Acaso no le parecía suficiente? En aquellos momentos no sólo estaba prácticamente en la bancarrota, si no que sus posibilidades de seguir trabajando estaban seriamente comprometidas por la mala publicidad. Leland era un fatuo, pero ella nunca pensó que fuera mala persona, y mucho menos que necesitara el dinero. ¿Por qué no le daba un poco más de tiempo para recuperarse?

El ama de llaves le abrió la puerta antes de que llamara a la campanilla.

-Señorita Kendall -le saludó fríamente-. La señorita Johnson y la señorita Fielding la esperan en la salita de dibujo. El señor Hartley, el albacea, vendrá enseguida.

-Gracias... no hace falta que me acompañe. Recuerdo bien el camino.

Temerosa del recibimiento que le iban a dispensar las otras dos jóvenes, especialmente una de ellas, se detuvo ante uno de los ventanales que daba a la rosaleda que había sido el orgullo y la alegría de Nancy Leeward. Recordó las deliciosas meriendas infantiles preparadas para las tres niñas, Maxie, Darcy y Polly, quienes se esforzaban por mostrar sus mejores modales ante Nancy, quien como nunca había tenido niños, mantenía unas ideas bastante anticuadas sobre la forma en que éstos debían comportarse. Sin embargo, Maxine nunca había encajado en aquel ambiente. Tanto Darcy como Polly pertenecían a familias acomodadas, y siempre que iban de visita a Gilbourne llevaban preciosos vestidos, mientras que Maxine nunca tenía nada decente que ponerse. Así que, año tras año, Nancy se la llevaba de compras; ¡qué sorprendida se habría quedado su buena madrina si se hubiera enterado de que el padre de Maxie revendía aquellos costosos vestidos en cuanto su hija regresaba a su casa!

Su difunta madre, Gwen, había trabajado como señorita de compañía de Nancy, pero ésta siempre la había considerado como una amiga en vez de una empleada. Sin embargo, nunca le había gustado el marido que había elegido.

Por desgracia, Russ Kendall había resultado ser un hombre débil, egoísta y poco digno de confianza, pero también era el único padre que Maxie había tenido, y sólo por eso le profesaba una lealtad sin fisuras. Su padre se había esforzado por sacarla adelante, y, a su modo, la quería mucho. Sin embargo, la forma en que se comportaba cuando iba a ver a Nancy era una cruz que a Maxie se le hacía difícil soportar.

Invariablemente, y a pesar del evidente disgusto de la dama, Russ se empeñaba en sacarle algo de dinero.

Maxie apenas podía reprimir un suspiro de alivio cuando por fin se marchaba; sólo entonces era capaz de tranquilizarse y divertirse.

-Me había parecido oír un coche, pero debo haberme equivocado -dijo en voz alta y clara una voz femenina-. Espero que Maxie venga pronto, estoy deseando verla.

Al acercarse un poco más a la salita de dibujo, Maxie identificó la voz de Polly, tan amable y dulce como la recordaba.

-Pues a mí me da lo mismo -replicó secamente otra mujer-. ¡Maxie, la muñequita parlante...!

-Darcy, no es culpa suya ser tan guapa -le reconvino Polly.

Maxie no pudo evitar un estremecimiento. Por lo visto, Darcy no le había perdonado todavía lo ocurrido tres años antes, a pesar de que no hubiera sido en absoluto culpa suya: su novio la había dejado plantada el mismo día de la boda, tras confesarle que se había enamorado de una de las damas de honor... precisamente de Maxie, quien no sólo no había flirteado con el novio en cuestión, sino que no había mostrado nunca el más mínimo interés por él.

-¿Y acaso eso es una excusa para robarle el marido a otra? -preguntó agriamente su amiga.

-No creo que se pueda elegir de quién nos enamoramos -contestó Polly extrañamente emocionada-. Maxie debe sentirse muy mal ahora que él ha vuelto con su esposa.

-¿Enamorada? ¡Y un cuerno! -estalló Darcy-. Maxie no le habría mirado dos veces si no hubiera sido tan rico. ¿Acaso ya te has olvidado de cómo era su padre? Esa chica lleva la codicia en sus genes. ¿No te acuerdas de cómo Russ le hacía la rosca a Nancy para sacarle los cuartos?

-Recuerdo muy bien lo que le molestaba a Maxie que lo hiciera -repuso Polly.

Maxie sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Nada, absolutamente nada había cambiado. Darcy era muy tozuda, y nada ni nadie conseguirían hacerle cambiar de opinión. De golpe, se desvanecieron todas las esperanzas de Maxie de que el tiempo hubiera curado todas las heridas.

-No se puede negar que es toda una belleza..., no es extraño que intente aprovecharse de ello- continuó Darcy implacable sobre todo teniendo en cuenta de que eso es lo único que tiene. Nunca me pareció muy inteligente la verdad...

-¿Cómo puedes decir semejante cosa? -le reprochó Polly-. Sabes muy bien que Maxie es disléxica.

Maxie se quedó lívida al escuchar aquella alusión a su secreto mejor guardado.

-Fíjate -continuó Polly-, a pesar de eso ha conseguido ser muy famosa.

-Si tu idea de la fama es salir en los anuncios de champú, supongo que tienes razón -replicó Darcy cínicamente.

En aquel momento Maxie decidió que ya había escuchado suficiente, y con un enérgico taconeo se dirigió hacia la estancia, esforzándose por esbozar una deslumbrante sonrisa.

-¡Maxie! -exclamó Polly azorada.

Ella se quedó sin habla al ver que la dulce y morena Polly estaba inequívocamente embarazada.

-¿Cuándo te has casado? -preguntó sorprendida.

-Yo... -la joven enrojeció hasta la raíz del pelo-. No... no lo he hecho.

Atónita, Maxie recordó que el padre de Polly era un hombre muy estricto, que había inculcado a su hija su severo concepto de la moral.

-Bueno, no importa -replicó, procurando quitarle hierro al asunto para que su amiga no se sintiera aún más avergonzada.

-Me temo que criar a un hijo sin padre no es tan fácil en el mundo en el que se ha criado Polly como en el tuyo -intervino Darcy. La luz de la tarde sacaba destellos rojizos de su corta melena, mientras sus ojos verdes chispeaban de furia.

Maxie recordó que Darcy también era madre soltera, pero decidió no decir nada.

-Polly sabe a lo que me refiero.

-¿De verdad...? -empezó a decir Darcy.

-Me estoy mareando -la interrumpió Polly abruptamente.

Sin pensarlo, las dos jóvenes se dirigieron hacia ella. Maxie la obligó a sentarse en el sillón más cercano y le sirvió una taza de té, instándola a que se comiera una galleta.

-Quizás debería verte un médico -comentó Darcy preocupada-. La verdad es que cuando estaba embarazada de Zia, jamás estuve enferma...

-Estoy bien... Fui al médico el sábado pasado -respondió-. Estoy un poco cansada, nada más.

Justo en aquel instante entró Edward Hartley, el albacea de la madrina, quien sin demasiada ceremonia se sentó y sacó un documento de su maletín.

-Antes de comenzar la lectura del testamento -anunció-, creo mi deber advertirles que sólo podrán entrar en posesión de sus respectivos legados si cumplen escrupulosamente las condiciones establecidas por mi cliente...

-¿Qué quiere decir con eso? -le interrumpió Darcy impaciente.

El señor Hartley se quitó las gafas con gesto de cansancio.

-Supongo que todas ustedes saben que la señora Leeward tuvo un feliz, aunque desgraciadamente corto, matrimonio, y que la prematura y trágica muerte de su esposo, fue una fuente de continuo pesar para ella.

-Sí, lo sabemos -asintió Polly-. La madrina nos contó muchas cosas de Robbie.

-Murió en un accidente de coche, seis meses después de la boda -añadió Maxie-. A medida que pasaba el tiempo, hablaba de él como si fuera un santo. Parecía pensar que el matrimonio era una especie de Santo Grial, la única esperanza de felicidad para una mujer.

-Antes de morir, la señora Leeward se propuso visitar a cada una de ustedes y, después de hacerlo, decidió modificar su testamento -les informó el señor Hartley-. Le advertí que las condiciones que pensaba imponerles serían muy difíciles de cumplir, si no imposibles. Sin embargo, la señora Leeward era una mujer muy tozuda.

Se produjo un tenso silencio. Maxie se dio cuenta de que Polly no parecía entender muy bien lo que ocurría, mientras que Darcy, incapaz de disimular sus sentimientos, estaba mortalmente preocupada.

El albacea procedió a la lectura del testamento, según el cual Nancy Leeward había dividido su considerable fortuna en tres partes exactamente iguales, que cada una de ellas recibiría con la condición de que se hubieran casado en el plazo de un año, y de que hubieran permanecido así al menos durante otros seis meses. Sólo entonces entrarían en posesión de su parte. Si alguna de ellas no lo conseguía, ésta pasaría al estado.

Cuando Edward Hartley terminó la lectura, Maxie estaba pálida como una difunta. Había rogado con toda su alma para que aquel testamento la librara de la deuda que casi había destruido su vida, y en cambio se encontraba con que, de nuevo, la suerte le daba la espalda. Desde que su madre muriera cuando ella era apenas un bebé, hacía casi veintidós años, y debido a la adicción al juego de su padre, nada le había resultado fácil en la vida.

-¡Debe estar bromeando! -estalló Darcy incrédula.

-Nunca podré conseguirlo -murmuró Polly señalando su barriga.

Maxie la miró con simpatía. Evidentemente, la pobre chica había sido seducida y abandonada.

-Yo tampoco... -empezó.

-¡Por favor Maxie! ¡Seguro que hasta harán cola para casarse contigo!

-exclamó Darcy exasperada.

-¿Con mi estupenda reputación?

-Bueno -continuó Darcy-, todo lo que se nos pide es un hombre y un anillo de boda. Creo que podré conseguirlo si pongo un anuncio en el periódico ofreciendo parte de la herencia a cambio.

-Aunque estoy seguro de que lo dice en broma -intervino Hartley con severidad-, debo advertirle que si utilizara una artimaña semejante, inmediatamente se vería eliminada del testamento.

Maxie podía entender muy bien las razones de su madrina para adoptar semejante postura: en los últimos meses había visitado a cada una de las jóvenes, y lo que había visto no había podido por menos que decepcionarla.

Para empezar, aparentemente Maxie estaba viviendo en pecado con un hombre casado, mientras que Polly iba camino de convertirse en una madre soltera. En cuanto a Darcy, pensó llena de remordimientos, unos meses después de su cruel humillación en la iglesia había dado a luz una niña. No era de extrañar que la impetuosa pelirroja odiara a los hombres desde entonces.

-Es una vergüenza que tu madrina os haya puesto semejantes condiciones para recibir el testamento -se lamentó Liz, la amiga de Maxie, mientras las dos mujeres examinaban la carta enviada por los abogados de Leland-. Si no lo hubiera hecho, todos tus problemas estarían resueltos.

-Quizá debería haberle contado a Nancy la verdadera razón por la que estaba viviendo en casa de Leland... pero no quería darle a entender que necesitaba ayuda. No hubiera sido justo: detestaba a mi padre, ¿sabes? -replicó Maxie reflexivamente, pero sin pizca de autocompasión. Había sufrido tantas y tan amargas decepciones en su vida que ya ni pensaba en ellas.

-Creo que lo que necesitas es un buen asesor legal. Al fin y al cabo, sólo tenías diecinueve años cuando firmaste el préstamo, y lo hiciste bajo una presión tremenda. Realmente, temías por la vida de tu padre -comentó Liz esperanzada.

Desde el otro extremo de la mesa de la cocina, Maxie se quedó mirando la pecosa cara de la amiga que, literalmente, la había rescatado ofreciéndole un techo donde cobijarse por el tiempo que le hiciera falta. Liz Blake era la única persona en la que confiaba; nunca se había dejado engañar por la brillante apariencia que hacía que tantas mujeres se mostraran envidiosas cuando no abiertamente hostiles hacia ella. La mujer era ciega de nacimiento y muy independiente; se ganaba la vida trabajando como ceramista, y tenía muchos y buenos amigos.

-Firmé aquel papel con todas las consecuencias para salvar a mi padre -le recordó Maxie-. Desde entonces, no me ha vuelto a pedir dinero.

-Maxie..., no le ves desde hace tres años -puntualizó su amiga.

-Está realmente avergonzado, Liz, se siente muy culpable.

Liz levantó la cabeza y acarició el lomo de Bounce, su perro labrador, tumbado a su lado.

-Me pregunto quién viene a vernos. No espero a nadie... y nadie excepto los de tu agencia saben que vives aquí -Liz se levantó un instante antes de que sonara el timbre de la puerta, y reapareció al cabo de dos minutos-. Tienes una visita: es un hombre alto, moreno, con una voz muy atractiva. Dice que es amigo tuyo.

-¿Amigo mío? -repitió Maxie perpleja.

Liz asintió.

-Debe serlo para haberte encontrado aquí. Bounce le ha hecho el reconocimiento habitual, y parece que le ha dado el visto bueno, así que le he hecho pasar al salón. Escucha, atiéndele mientras yo voy al estudio a terminar el pedido que tengo pendiente.

Maxie se preguntó a quién habría dejado pasar Liz. Esperaba que no fuera algún horrible periodista.

En cuanto entró en la pequeña estancia, se quedó como clavada en el suelo, incapaz de afrontar la situación que se le venía encima.

-Maxie... ¿cómo estás? -la saludó Angelos Petronides, extendiendo una mano hacia ella.

Ella dio un paso atrás, como si enfrente tuviera una serpiente; el corazón le latía a toda velocidad. ¿Cómo era posible que Liz hubiera creído que se trataba de un amigo?

-Señor Petronides...

-Llámame Angelos -le pidió sonriente.

Maxie parpadeó atónita. Nunca le había visto sonreír antes. En los últimos tres años habían coincidido apenas media docena de veces, y aquella era la primera vez que él parecía reparar en su existencia. En las demás ocasiones, no sólo no le había dirigido la palabra, sino que se había puesto

a hablar en griego cuando ella había hecho algún intento por entrar en la conversación.

Sin embargo, plantado delante de ella, parecía incluso divertido ante su evidente confusión.

-No entiendo para qué ha venido hasta aquí... o cómo ha conseguido encontrarme -dijo Maxie al fin.

-¿Es que acaso te habías perdido? -repuso Angelos con voz ronca, recorriendo su cuerpo con la mirada de una forma que a ella le pareció insultante-. A mí me parece que sabes muy bien para qué he venido.

-No tengo la menor idea -replicó Maxie con los ojos relucientes de ira como dos zafiros.

-Ahora eres una mujer libre...

«Esto no puede estar pasándome a mí», se dijo Maxie incrédula. Procuró mostrarse firme, no dar la menor muestra de debilidad ante aquella mirada implacable.

Recordó un instante de hacía unos seis meses: él la había sorprendido mirándolo, y tomándose como una invitación, le devolvió una mirada cargada de puro y simple apetito sexual. No había sido más que un segundo, pero había bastado para que a Maxie se le revolvieran las entrañas.

Mil y una veces se había dicho que no habían sido más que imaginaciones suyas. Que todo lo que aquel arrogante griego sentía por ella no era más que pura indiferencia. A veces conseguía enfadarla por su descortesía, pero llegaba a entender semejante comportamiento, pues, a diferencia de Leland, Petronides nunca hubiera exhibido a una mujer, por hermosa que ésta fuera, en una reunión de negocios.

-Y por eso -continuó Angelos con la seguridad de un hombre que estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba-, ahora te quiero en mi vida.

Era evidente que ni se planteaba que ella fuera a rechazarlo. Le estaba demostrando bien a las claras la consideración en la que la tenía. Al darse cuenta de su infinito desprecio, Maxie estuvo a punto de perder el autocontrol.

-¿De verdad cree que puede presentarse aquí y decirme...?

-Sí -la cortó Angelos impaciente-. Déjate de juegucitos, ya me he dado cuenta de que no te soy indiferente.

Maxie sintió que la recorría una furia sorda de la cabeza a los pies. Aquel tipo debía creerse un dios. Y sin embargo, reconoció que la primera vez que lo vio, se había quedado fascinada por él. Pocas veces había visto a un hombre tan atractivo, y nunca a ninguno que a la vez fuera tan inteligente, que emanara semejante aura de poder.

Sin embargo, nunca se había sentido atraída por él. De hecho, la mayoría de los hombres no le gustaban, pues era incapaz de confiar en ellos. Nunca ningún hombre la había visto como un ser humano, con emociones y sentimientos; normalmente la consideraban poco más que un trofeo del que alardear delante de otros hombres.

Siempre había sido así desde que era una adolescente, y Angelos Petronides no había hecho más que comportarse como todos los demás. Y, sin embargo, no podía entender de dónde nacía esa amarga desilusión que recorría su ser.

-Estás temblando... ¿por qué no te sientas? -Angelos le señaló un sillón. Como ella no se moviera, se la quedó mirando reprobadoramente-. Tienes ojeras, y has perdido peso, además. Deberías cuidarte más.

Maxie se propuso no perder los nervios, no darle a entender lo humillada y dolida que se sentía. Aquel hombre no sólo se presentaba por las buenas en casa de Liz para espetarle un montón de inconveniencias, sino que además esperaba que ella se arrojara agradecida a sus pies.

-Su interés por mi bienestar es impropio e innecesario, señor Petronides -replicó orgullosamente. Decidió sentarse, pues de lo contrario

temía no poder contenerse y soltarle un par de merecidos bofetones a aquel insolente.

Él tomó asiento frente a ella, lo que resultó un alivio, ya que su estatura resultaba imponente hasta para una mujer tan alta como Maxie. Para ser un hombre tan corpulento, se movía con la ligereza y la gracia de un atleta. Era tan moreno como ella rubia, y su atractivo no tenía comparación posible: sus pómulos sólo podían calificarse como espectaculares, la nariz era de una perfección insultante, los labios eran llenos y sensuales.

Pero lo que realmente definía su rostro eran los ojos de un dorado oscuro. Sin embargo, en aquellos instantes, no había ni rastro de delicadeza o emoción en su intensa mirada.

-La mujer de Leland pensaba llevarte ante los tribunales para que respondieras del préstamo -dijo suavemente.

Maxie se sentó muy rígida, completamente estupefacta.

-¿Cómo te has enterado de lo del préstamo?

Angelos se limitó a encogerse de hombros, como si estuviera disfrutando con aquella conversación.

-Eso no importa. El caso es que Jennifer ya no va a hacerlo, yo he pagado el préstamo en tu nombre.

Incrédula, Maxie se adelantó un poco.

-¿Cómo dices? -apenas podía creer lo que había oído.

-No quería que esa deuda te preocupara, Maxie. Sólo pretendo mostrarte mis buenas intenciones.

-¿Bu... buenas intenciones? -tartamudeó Maxie, incapaz de ocultar el terror que sentía.

-Claro -Angelos alzó una mano para enfatizar sus palabras, evidentemente disfrutando del impacto que habían tenido sus palabras sobre la imperturbable Reina de Hielo-. Ningún hombre decente chantajearía a la mujer que desea llevarse a la cama, ¿no?

2

Maxie alzó la cabeza, roja de ira.

-¿Acaso te crees que soy una completa idiota? -casi gritó.

Tranquilamente, Angelos Petronides se levantó, divertido ante semejante arrebato.

-Si tenemos en cuenta las decisiones que has ido tomando en tu vida, no sé por qué te asusta mi franqueza.

Maxie se quedó con la boca abierta, respiraba frenéticamente, como si se estuviera ahogando. De un plumazo, aquel hombre había conseguido acabar con su autodomínio.

-Y no hace falta que te disculpes -continuó Angelos burlón-. Sé muy bien cómo eres en realidad. Primero te pones pálida y luego rígida. He visto los esfuerzos que hacías cada vez que Leland te ponía la mano en público para no rechazarlo. Hubiera resultado muy divertido veros en la cama...

Maxie logró contenerse haciendo un enorme esfuerzo de voluntad. Deseaba matar a aquel hombre, pero ni siquiera era capaz de articular palabra. Nunca antes había sentido semejante furia, por lo que no tenía ni idea de cómo manejar aquella situación.

-Sin embargo, creo que lo que más le gustaba a Leland era presumir delante de sus amistades: «Fijaros, tengo a una rubia el doble de alta que yo y tres veces más joven» -continuó Angelos en el mismo tono-. No creo que fuera demasiado exigente en la cama, ¿verdad? Ya no era ningún crío.

-Eres... eres el ser más vil y despreciable que he visto en mi vida -siseó Maxie apartando la vista de él.

-Y yo creo que puedo serte muy útil. Necesitas a alguien como yo -sin previo aviso, le colocó las manos sobre los hombros, obligándola a mirarlo.

-¡Eso es una estupidez! -exclamó Maxie forcejeando para liberarse de él. ¡Quítame las manos de encima!

-¿Por qué estás tan enfadada? Ya te he dicho que me haré cargo del préstamo -dijo Angelos calmadamente-. Pero si tú no quieres... Sé que los abogados de Coulters se han puesto en contacto contigo.

La sola mención de la deuda fue como un chorro de agua fría para Maxie.

-No puedo pagar ese dinero -confesó al fin. Estaba tan pálida como una estatua de cera-. Ni siquiera una mínima parte.

-¿Por qué te preocupas tanto? -preguntó Angelos-. Anda, siéntate, no vaya a ser que te caigas redonda. Te repito que no tengo la menor intención de pasarte factura. Por cierto, ¿puedo preguntarte para qué necesitabas ese dinero?

-Tuve algunos problemas financieros -murmuró evasivamente, protegiendo una vez más a su padre, como siempre había hecho.

Intuía que semejante debilidad por parte de su progenitor no sería bien recibida por un hombre tan fuerte. Exhausta y avergonzada, volvió a dejarse caer en el sillón.

Por primera vez se sentía auténticamente asustada ante Angelos Petronides. En cierto modo, él la poseía, tal y como Leland la había poseído una vez, pero al contrario que el anciano, Angelos esperaba algo muy concreto a cambio. No se había dejado engañar por sus palabras, ni por su suave voz: en menos de diez minutos la había convertido en una especie de títere.

-No suelo hablar de dinero con las mujeres -dijo Angelos con suavidad-, y, desde luego, es algo de lo que no pienso volver a hablar contigo.

Maxie se estremeció incrédula ante aquella perfecta personificación del millonario caballeroso. Recordaba muy bien cómo solía comportarse en las reuniones de negocios con los ejecutivos que estaban a sus órdenes. Parecía un poderoso rey entre simples peones: aquellos hombres, tan bien preparados y trajeados, sudaban como condenados sólo con que él los mirara, acatando todas sus órdenes sin rechistar y temblando de miedo si él fruncía el ceño. Indudablemente, no soportaba tener a idiotas a su alrededor.

Tenía una mente realmente brillante, pero a la vez una personalidad malévola y manipuladora: le gustaba controlar a la gente. En comparación, Leland Coulter resultaba absolutamente inofensivo, ni siquiera había pretendido simular que era su único amigo en un mundo hostil. En aquel momento, sin embargo, sentía cernirse sobre ella una terrible amenaza.

-Sé muy bien a dónde quieres ir a parar -se oyó decir a sí misma.

Angelos bajó la mirada hacia ella.

-Entonces, ¿a qué viene toda esta comedia?

Maxie se quedó un tanto desconcertada. No se esperaba que él, simplemente, reconociera que era lo suficientemente lista como para darse cuenta de sus artimañas. Era como si la estrujara una mano de hierro envuelta en un guante de terciopelo.

-Ven a cenar conmigo esta noche -continuó Angelos suavemente-. Así podremos hablar tranquilamente. Ahora necesitas un poco de tiempo para pensar.

-Nada de eso -replicó Maxie al instante; quiso devolverle la mirada desafiante, pero lo único que consiguió fue una extraña sensación, como si el suelo se desvaneciera bajo sus pies. Sacudió la cabeza para aclarar un poco sus ideas-. No pienso ser tu amante -declaró.

-Todavía no te lo he pedido.

Maxie rió cínicamente mientras por fin conseguía ponerse en pie.

-No hace falta que lo hagas: ni por un momento he imaginado que ibas a ofrecermelo algo más respetable. De todas formas, no tengo la menor intención de seguir hablando de este tema -afirmó, pero al mismo tiempo

procuró desviar la mirada-, así que muy pronto se verá si tienes buen o mal perder...

-No he perdido -la interrumpió Angelos en voz baja-. Puedo ser muy insistente. Si te resistes, lamentaré el tiempo que pierda en conseguirte, pero eso te hará también más deseable.

Maxie se estremeció sin saber muy bien por qué. Una especie de casi imperceptibles señales de alarma le recorrieron la espina dorsal. Sin poderlo evitar, volvió la cabeza para quedar bajo el hechizo de su malévolos mirada.

-Y también me enfadaré mucho contigo -continuó Angelos entre dientes, acercándose aún más a ella. Tú no tuviste ninguna compasión de Leland, así que, ¿por qué tendría yo que tenerla de ti? Además, pienso tratarte mucho mejor que él: sé lo que les gusta a las mujeres. Y puedo darte lo que necesitas para sentirte segura, feliz, y satisfecha...

Maxie estaba pasmada, se sentía como un niño a punto de cometer una terrible travesura. Notó que se le aceleraba el pulso, sintió la sangre que le recorría las venas, una corriente tal de excitación y poder que casi la dejó paralizada.

-¿A... Angelos? -susurró, más confundida que nunca.

-Me gusta cómo dices mi nombre -murmuró.

Ella lo repitió de nuevo, como si fuera una súplica. Angelos la miró satisfecho, sus ojos convertidos en oro líquido. Maxie se echó a temblar, nunca en toda su vida había sido tan consciente de su propio cuerpo. Notó cómo se erguían sus pechos debajo de la camiseta de algodón, casi le dolían los pezones al contacto con la tela.

Justo entonces oyeron un golpe terrible en una de las contraventanas. Asustada, Maxie dio un salto hacia atrás.

-Tranquila... ha sido sólo un balonazo -dijo Angelos haciendo un gesto hacia la calle-. Mira, son esos dos niños que estaban jugando.

Pero Maxie no le escuchaba. De repente se dio cuenta de que Angelos Petronides la apretaba contra él con ambos brazos y que había estado muy cerca de besarla. Y lo que era aún peor: no podía negarse a sí misma que había deseado ese beso con toda su alma.

Se alejó de su lado precipitadamente, llevándose las manos a sus ruborizadas mejillas.

-¡Vete de aquí y no vuelvas nunca más! -gritó.

Angelos maldijo por lo bajo en griego.

-¿Se puede saber qué es lo que te pasa? -preguntó acusadoramente.

La poca dignidad que a aquellas alturas le quedaba a Maxie se desvaneció como por ensalmo. Maldita sea: ella le había alentado y él lo sabía. Aquel hombre debía sentirse tan frustrado y anhelante como ella misma. Se sentía presa de sentimientos contradictorios, a punto de perder el control de sí misma.

-No tengo por qué darte explicaciones -dijo, y se precipitó hacia la puerta principal-. Quiero que te vayas y que no vuelvas nunca más. Si lo haces, te echaré al perro.

Sorprendentemente, Angelos se echó a reír en aquel tono profundo y oscuro que le era tan peculiar, mirándola como el lobo que acecha a su presa.

-Me parece que ese perro me matará a lametazos... ¿y tú? -preguntó enarcando irónicamente las cejas.

-¡Márchate! -grito Maxie casi desesperada, ruborizándose hasta la raíz del pelo.

-¿Y tú? -repitió Angelos enfatizando cada sílaba-. Creo que por alguna extraña razón, lo que acaba de suceder, aunque a mí me parece que no ha sido nada, a ti te ha puesto excesivamente nerviosa... casi pareces aterrorizada.

Maxie sintió náuseas: nunca antes la habían calado tan bien. Se sentía observada tan de cerca como un insecto bajo el microscopio.

-¿Por qué permites que lo que no es más que deseo legítimo te avergüence?
-continuó Angelos suavemente-. ¿Por qué no te permites sentir placer?
-¿Placer?

-A mí me parece -respondió mirándola intensamente, a punto ya de marcharse-, que cuando la ambición y el deseo se unen, el resultado no puede ser más placentero.

Tras dejar caer aquella última ofensa, salió de la casa y se encaminó tranquilamente hacia la limusina. Los dos niños que habían estado jugando al fútbol trataban sin éxito de entablar conversación con el impasible chófer. Angelos se detuvo a charlar con ellos con una naturalidad que a Maxie le pareció desconcertante. Turbada por su propia fascinación, cerró dando un portazo.

Iba a regresar, de eso estaba tan segura como de que al día siguiente volvería a salir el sol. Nerviosa, se puso a dar vueltas por la casa hasta que llegó a la cocina, donde, para su sorpresa, Liz la estaba esperando con expresión preocupada.

-Bounce empezó a gruñir en el estudio. Supongo que debió oírte gritar. Volví a la casa, pero al darme cuenta de que estabais peleando, me quedé fuera -confesó-. Por desgracia, oí más de lo que hubiera querido. Eres un perro muy malo, Bounce: fuiste muy tonto por no morder a ese Angelos Petronides.

-¿Sabías que él era... ?

-Al principio no, pero luego... me has hablado tantas veces del tan Angelos.

-¿Sí? -Maxie respiraba agitadamente. Liz sonrió.

-Te pasabas horas criticándole y quejándote por su comportamiento, por lo que enseguida me di cuenta de que, en cierto modo, te sentías muy atraída por él.

Maxie soltó una áspera carcajada.

-Habría sido mejor que me lo hubieras dicho, así, por lo menos, habría estado preparada. Mis hormonas han enloquecido en el momento menos oportuno, ¡me siento tan tonta! -se lamentó con los ojos llenos de lágrimas-. Me está entrando un dolor de cabeza terrible...

-No es para menos -murmuró Liz compasivamente-. Nunca te había oído gritar de ese modo.

-Es que nunca he odiado a nadie en mi vida como odio a ese maldito Angelos Petronides. Me gustaría matarlo, Liz, te lo juro. Y encima, ahora estoy en deuda con él en vez de con Leland...

-Me ha parecido entender que no quiere que le devuelvas el dinero...

-Pienso devolverle hasta el último céntimo, aunque eso sea lo último que haga -replicó Maxie con los ojos llameantes.

-Seguramente ha herido tu orgullo, Maxie, pero a mí me ha parecido sincero. Por lo menos deberías reconocer que ha sido muy generoso por su parte -Liz parecía considerar muy seriamente todo lo ocurrido-. Ese hombre debe estar muy interesado por ti como para haber hecho semejante cosa.

-¡Liz...! -la interrumpió Maxie dolida.

-¿No has pensado que puede ser él el tipo con el que te cases? -continuó su amiga burlonamente.

-¡Por Dios Santo, Liz! ¿Es que te has vuelto loca? ¿Cómo se te ha ocurrido semejante cosa?

-El testamento de tu madrina...

-¡Olvídate, Liz! A mí me parece que lo último en lo que pensaría ese hombre es en el matrimonio -se detuvo un instante para pensar la mejor forma de explicárselo a su ingenua amiga sin herir demasiado su sensibilidad-. No tiene el menor interés, digamos romántico, en mí. No es de ese tipo de hombres: es duro, y frío como el hielo...

-A mí no me lo ha parecido en absoluto. Su voz sonaba muy amable. Te sorprendería saber la cantidad de cosas que puedo advertir sólo por el tono de voz.

En muchos aspectos, Liz era mucho más inocente que ella. Maxie no quería decirle crudamente que Angelos Petronides la consideraba un ser inferior, meramente un objeto preciso del que presumir y disfrutar.

-Liz -empezó titubeante-, creo que se sentiría ofendido sólo al considerar la posibilidad de tener una relación normal con una mujer que ha sido la amante de otro hombre...

-¡Pero si tú no has sido la amante de nadie!

Maxie no hizo el menor comentario. Tras toda la publicidad negativa que le habían hecho, nadie creería la verdad.

-Liz, todo lo que Angelos quiere es acostarse conmigo -declaró.

-¡Oh! -Liz enrojeció tan intensamente que todas sus pecas desaparecieron-

¡Cariño! ¡No debes dejarte arrastrar por un hombre semejante!

Aquella noche Maxie permaneció tendida en la cama, escuchando los ruidos del tráfico. No podía perdonarse haberse sentido atraída por un hombre como Angelos Petronides, quien a buen seguro pensaba que era una aventurera despreciable, acostumbrada a vender su cuerpo a cambio de lujos y riquezas. Le parecía que el corazón se le iba a partir en mil pedazos de dolor. ¿Cómo había sido capaz de caer tan bajo?

Cuando la eligieron para la campaña publicitaria de una de las marcas de productos para el cabello más populares del país, apenas tenía dieciocho años. Aunque nunca había querido ser modelo, se dejó convencer por su padre, y muy pronto empezó a ganar dinero a espaldas.

Sin embargo, al poco empezaron a hartarla la presión a la que la sometían y la superficialidad del mundo de la moda. Como había ahorrado mucho dinero, empezó a hacer planes para cambiar de vida.

Pero durante todo ese tiempo su padre no había dejado de jugar. Sin que ella lo supiera, cada vez hacía apuestas más arriesgadas, ofreciendo la fortuna de su hija como garantía para cubrir las pérdidas. Por suerte, el director del casino de Leland le había cortado el crédito en cuanto sospechó que el anciano estaba jugando muy por encima de sus posibilidades. Maxie conoció a Leland Coulter cuando fue al casino a pagar las deudas de su padre.

-No conseguirás cambiarle, Maxie -le había dicho-. Seguiría apostando aunque se estuviera muriendo. Tiene que ser él el que decida cambiar.

Tras aquel humillante episodio, su padre le hizo un montón de promesas. Le juró que no volvería a jugar, pero, como era de esperar, rompió su promesa. Como ya no era bien recibido en los casinos, empezó a acudir a lugares más peligrosos; jugaba altas sumas de dinero al póker con hombres de pésima reputación, dispuestos a romperle los huesos a quien osara eludir sus deudas. Fue así como la vida de Maxie comenzó a tambalearse.

Russ contrajo una enorme deuda de la que su hija no pudo hacerse cargo, pues ya había gastado sus ahorros; unos matones le dieron una terrible paliza y perdió un riñón. Le confesó lo ocurrido a su hija en la cama del hospital, entre sollozos: le habían amenazado con que si no devolvía el dinero a tiempo lo matarían.

Desesperada, Maxie había acudido a Leland Coulter en busca de consejo. Tras escucharla, él le propuso un arreglo: cubriría todas las pérdidas de su padre a condición de que ella se fuera a vivir con él. Desde el primer momento había sido muy claro respecto a las condiciones del trato: no quería sexo, solamente presumir, llevar una espléndida mujer del brazo, que ésta presidiera las cenas que organizaba y que le acompañara donde quiera que fuese.

Todo aquello no le había parecido demasiado a Maxie, quien, además, le estaba realmente agradecida por que le hubiera prestado el dinero y salvado así a su padre. No se dio cuenta de la trampa en que se estaba

metiendo; de hecho, ni siquiera supo que Leland estaba casado hasta que vio los titulares de un periódico sensacionalista en el que se arrastraba su hasta entonces intachable reputación por el fango.

-Jennifer y yo rompimos porque ella tenía una aventura -admitió Leland a regañadientes cuando Maxie le echó en cara habérselo ocultado-. Tenerte a mi lado hace que no me sienta como un estúpido.

Y a ella le había dado tanta lástima que decidió permanecer a su lado mientras la pareja libraba una encarnizada batalla legal para repartirse sus propiedades. Jennifer y Leland pelearon sin tregua ante los tribunales hasta que, justo una semana antes de la vista del divorcio, a él le diera un infarto; y en aquel momento de crisis, la única mujer en la que él había pensado era en su esposa.

-Vete, déjame solo -le había susurrado patéticamente a Maxie desde la cama del hospital-. Necesito a Jennifer, ¡No quiero que te vea aquí!

Aquello le había dolido, pues, por insólito que pareciera, sentía cierto afecto por Leland. No era en absoluto un hombre malo, tan sólo egoísta, como todos los que había conocido antes que él, y esperaba sinceramente que volviera a ser feliz con su Jennifer. Sin embargo, la había usado no sólo para curar su vanidad herida, sino, lo que era mucho peor, como arma para castigar a su mujer infiel. Y eso Maxie no podía perdonárselo, como tampoco podría perdonarse a sí misma haber estado tan ciega como para consentirlo. Se juró a sí misma que nunca, pasara lo que pasara, volviera a permitir que la utilizaran.

A la mañana siguiente, muy temprano, Maxie ayudó a Liz a hacer el equipaje. Su amiga iba a pasar una temporada en casa de unos conocidos, en Devon. Sentía un gran alivio al pensar que Maxie cuidaría de la casa, ya que el año anterior, durante una de sus ausencias, unos vándalos habían irrumpido en el estudio destrozándolo todo.

En cuanto su amiga se marchó, Maxie se encerró en el cuarto de baño donde pasó una hora maquillándose cuidadosamente y vistiéndose con especial esmero. Iba a darle a Angelos Petronides una lección que nunca olvidaría.

A media mañana buscó la única joya que le pertenecía. Se trataba de un brazalete victoriano que había encontrado a los once años, en la caja de costura de su madre. Sin duda, lo había escondido ahí para evitar que su marido, que siempre andaba corto de dinero, lo empeñara. Después de hacerlo siempre se sentía terriblemente avergonzado, pero para entonces era demasiado tarde como para recuperar aquellas humildes joyas. Maxie lo sabía muy bien, así que mantuvo aquel brazalete bien escondido durante todos aquellos años.

Por eso le parecía aún más terrible lo que estaba a punto de hacer, una auténtica traición a la memoria de su madre. Pero necesitaba desesperadamente el dinero y no poseía nada más de valor. Tenía que demostrarle como fuera a Angelos Petronides que aunque se hubiera hecho cargo de la deuda, eso no le daba ningún derecho sobre ella. Y el amargo sacrificio de la única herencia de su madre sólo contribuía a hacer más firme aquella decisión.

Media hora más tarde subía al piso más alto del rascacielos que albergaba las oficinas centrales de las empresas de Petronides. Decidida, se acercó a la mesa de la recepcionista.

-Quiero ver a Angelos -anunció.

-¿Se... señorita Kendall? -la chica se levantó con los ojos como platos al reconocerla. Maxie se había puesto un vestido de un rojo furioso, escandalosamente ceñido, y se había soltado la hermosa melena rubia que

caía como una cascada de oro hasta la cintura. Completaban el conjunto unos zapatos de tacón vertiginoso.

-No se preocupe, ya sé dónde está su despacho -dijo, y sin más preámbulos se encaminó hacia el pasillo, dejando a la empleada boquiabierta.

Abrió la puerta con decisión, pero, por desgracia, el despacho estaba vacío. Sin vacilar se dirigió a la sala de reuniones contigua, sin hacer caso de los aspavientos de la recepcionista, que había conseguido llamar la atención de otras dos secretarías.

¡Eureka! Maxie irrumpió en una habitación repleta de hombres de negocios que se quedaron sin habla ante su súbita aparición.

Angelos, que presidía la reunión, se levantó, mirándola con una terrible expresión.

-Quiero hablar contigo ahora mismo -dijo Maxie. Sus ojos relampagueaban como dos zafiros.

-Puede esperar en el despacho del señor Petronides, señorita Kendall -intervino una mujer de mediana edad, presumiblemente una de las secretarías.

-No, gracias, no quiero esperar -le espetó Maxie. Angelos le lanzó una mirada cargada de furia. Nunca nadie le había hecho semejante escena. Maxie le sonrió dulcemente; sabía que no podía hacerle ningún daño porque ya no tenía absolutamente nada que perder: ni dinero, ni empleo, sólo su orgullo y su buen juicio. Costara lo que costara, estaba dispuesta a que Angelos pagara por lo que le había hecho el día anterior.

Impetuosamente, Angelos se acercó a ella y la asió por la muñeca. Maxie gimió, como si le hubiera hecho mucho daño. Él la soltó de inmediato, pero a cambio le dirigió una mirada que hubiera hecho temblar a mujeres mucho más fuertes que ella.

-Gracias -dijo Maxie, y como un corderito se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el despacho. Sabía que él la seguiría. En cuanto estuvieron a solas, volvió a la carga. -Las visitas inesperadas que se comportan de forma poco adecuada son de lo más cargante, ¿verdad? - le espetó irónicamente.

-Estás loca -replicó Angelos, haciendo un esfuerzo visible por contenerse-. ¿A qué demonios crees que estás jugando?

-No he venido a jugar, sino a pagar -con un gesto dramático, alargó la mano y depositó unos cuantos billetes sobre el escritorio-. Esto es a cuenta del préstamo. No puedes comprarme como si fuera una lata de judías.

-¿Cómo te has atrevido a interrumpir la reunión? -preguntó Angelos iracundo-. ¿Cómo has sido capaz de montar semejante escena?

Maxie se puso tensa. Nunca había visto a ningún hombre tan furioso. A pesar de su tez bronceada, estaba muy pálido; sintió que quería taladrarla con la mirada.

-Tú me provocaste -contestó-. Viniste a verme sin que yo te invitara e hiciste que me sintiera como lo más rastrero. ¡He venido a decirte que estabas muy equivocado!

-¡Vaya! ¿Esta es la famosa Reina de Hielo? -replicó Angelos secamente.

-¡Tú serías capaz de derretir los Polos! -siseó Maxie, preguntándose por qué parecía tan tranquilo de repente. Incluso estaba recuperando su color natural.

-¿No será que tienes doble personalidad?

-¿Acaso crees que me conoces muy bien sólo porque hemos coincidido media docena de veces? -Maxie sacudió la cabeza, y no pudo por menos que darse cuenta de que su mirada parecía quedarse prendida del movimiento de su hermosa melena. Aquel desgraciado, pensó, estaba tan pagado de sí mismo que no podía tomar en serio a una mujer ni siquiera cinco minutos.

-Nunca vi que con Leland te comportaras de este modo.

-Mi relación con él no es asunto tuyo -le interrumpió-. Créeme: nadie me ha insultado nunca como tú lo hiciste ayer.

-Me resulta difícil de creer.

Sin querer, Maxie empezó a desanimarse. Alto y poderoso, imponente en aquel severo traje gris, Angelos la miraba sin dejar traslucir la más mínima emoción.

-¿Desde cuándo es un insulto que un hombre admita que desea a una mujer? -preguntó implacable.

-Primero me dijiste que habías pagado el préstamo, y empezaste a presionarme con eso. ¡Eres un manipulador, eso es lo que eres! -casi gritó Maxie, y, dándose la vuelta, se dirigió hacia la puerta.

-Todas las salidas están cerradas. De momento, no puedes salir -le informó Angelos con suavidad.

Maxie asió el pomo de la puerta y se puso a forcejar sin éxito.

-¡Abre la puerta!

-¿Por qué debería hacerlo? -se recostó en el sillón, con una expresión tan fría y amenazadora a la vez que Maxie hubiera deseado estrangularlo-. Por lo que parece, viniste decidida a entretenerme, y aunque no me gusta que me distraigan, debo reconocer que tienes un aspecto fabuloso con ese vestido. Entenderás que quiera saber por qué reaccionas de una manera tan melodramática a mi proposición.

Maxie se dio la vuelta para enfrentarse a él.

-¿Así que lo admites?

-Sí, te deseo. Es sólo cuestión de tiempo -declaró Angelos tranquilamente.

Maxie se estremeció.

-Ya veo que cuando los halagos no funcionan pasas directamente a las amenazas.

-No te estoy amenazando. Nunca he tenido que amenazar a una mujer para acostarme con ella.

Por supuesto. Con semejante atractivo, sería una tontería mostrarse modesto. Aquel hombre, pensó con amargura, lo tenía todo: sex-appeal, más dinero del que podría gastar en toda su vida y una mente privilegiada.

-¿Piensas que eres un ser especial, verdad? Te has creído que me iba a sentir tan halagada que me iba a arrojar a tus pies... Pues te diré que no eres muy diferente a los otros tipos que han ido detrás de mí. Tengo mucha práctica en tratar con los de tu calaña, los conozco desde que cumplí catorce años...

-Me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado ahora que ya eres mayorcita -la interrumpió Angelos cínicamente.

Ante aquel comentario, Maxie saltó como una tigresa.

-Sé muy bien que para ti no soy nada más que una muñequita tonta

-replicó amargamente-. Pues bien, señor Petronides, le diré algo: no pienso ser el juguete de nadie. Si quieres entretenimiento, vete a la tienda y cómprate un tren de juguete.

-La verdad, no podía ni imaginarme que detrás de la fachada que presentas en público escondieras semejante falta de amor propio...

Maxie se dio cuenta de que la situación se le iba de las manos, que le faltaban argumentos para enfrentarse a aquel hombre despiadado.

-¡No digas estupideces! -contraatacó nerviosa-. Sea cuales sean los errores que haya cometido en el pasado, te aseguro que no estoy dispuesta a repetirlos. Y ahora que ya lo sabes, abre esa maldita puerta y deja que me vaya.

-Si fuera tan fácil... -murmuró Angelos sin dejar de mirarla.

Pero cuando Maxie asió el pomo de nuevo, se encontró con que la puerta estaba abierta. Salió al fin, tan turbada y dolorida como si acabara de librar una terrible batalla.

¿Qué demonios le había pasado? Maxie no dejaba de darle vueltas en la cabeza a lo sucedido mientras regresaba al apartamento bajo una fina lluvia que muy pronto la caló hasta los huesos. Estaba tan alterada que casi agradeció su frescura.

Algo había salido muy mal en aquel despacho. Angelos había conseguido devolverle todos y cada uno de sus golpes; tal y como había ocurrido el día anterior, cuanto más furiosa se ponía ella, más frío y controlado parecía él. Aquel hombre tenía un autocontrol formidable.

Y sí, tenía que reconocer que se había comportado de forma melodramática. Se había desbocado como un caballo enloquecido, lanzando acusaciones que no tenía la menor intención de hacer, exponiendo ante su peor enemigo sus más íntimas inseguridades y temores.

Sin duda, todo aquello se debía a la tensión de los últimos días: la enfermedad de Leland, la mala prensa, la muerte de la madrina. La presión a la que estaba sometida la había hecho perder los papeles delante de aquel hombre implacable. ¡Falta de amor propio! ¿Cómo se había atrevido a decirle semejante cosa?

Una limusina se detuvo unos cuantos metros por delante de ella. Angelos salió del interior y se quedó mirándola.

-¡Mira que andar de ese modo bajo la lluvia! ¡Vamos, métete en el coche!

Maxie se detuvo, retirándose los mechones de pelo mojado de la cara.

-¡Vete al infierno! -le espetó desdeñosamente.

-¿Vas a ponerte a pedir socorro si te meto en el coche? -preguntó Angelos impaciente.

Maxie sintió que le traspasaba una oleada de rabia como nunca antes había sentido. Se plantó delante de él, con el vestido pegado al cuerpo, delineando cada una de sus fabulosas curvas.

Sabía que, aunque lo estaba deseando, Angelos no haría el menor movimiento hacia ella.

-¿Por qué me estás siguiendo?

-No me hacen mucha gracia los trenes de juguete... demasiado tranquilos -admitió Angelos.

-Pues a mí no me hacen ninguna gracia los tipos como tú, que piensan que me conocen mejor que yo misma.

Maxie vio que él también se estaba empapando. Finas gotas de lluvia relucían en su pelo negro como el ébano. Por alguna razón misteriosa, le agradó que él se estuviera calando por su causa.

-Si lo que pretendes es que te diga que puedo cambiar, lo siento, no vaya hacerlo. Yo soy como soy -declaró Angelos.

Sería muy tonta si no aprovechaba la oportunidad de que la llevaran a casa, se dijo Maxie, sobre todo teniendo en cuenta que empezaba a sentir un poco de frío. Disfrutando ante la perspectiva de dejarle asombrado, se subió en la limusina.

-Quería que te enfadaras para que me dejaras sola -le dijo en cuanto se pusieron en marcha.

-Entonces, ¿por qué no te mantuviste alejada? ¿Por qué te has metido en el coche? -preguntó Angelos implacable.

Por toda respuesta, Maxie asió la manecilla de la puerta, pero antes de que pudiera salir del coche, Angelos le asió la mano con fuerza para impedirselo.

-¿Acaso quieres suicidarte? -preguntó.

Ella se desasíó con un gesto y se quedó acurrucada en silencio. Sabía que él tenía razón: ¿si realmente había querido evitarlo, por qué había subido al coche? Sin duda, no por algo tan trivial como la lluvia o la ropa mojada.

Desde el otro extremo del asiento, Angelos extendió una mano amistosamente.

-Ven aquí.

Por toda respuesta, ella se acurrucó aún más en el rincón. No sabía qué le estaba pasando, se sentía aterrorizada ante la oleada de sentimientos contradictorios que la presencia de aquel hombre despertaba en ella. Angelos Petronides era un peligro letal para una mujer como ella; lo único sensato era evitarle como si fuera una plaga.

Con un largo suspiro, Angelos se despojó de la chaqueta, y, sin más preámbulos, la asió por la mano y la atrajo hacia sí. Maxie se debatió con furia para desasirse de su abrazo.

-¡Déjame! ¿Qué haces...?

-¡Estáte quieta! -tronó Angelos; al tiempo que la soltaba extendió los brazos, como para demostrarle que no llevaba ningún arma escondida-. No aguanto a las mujeres histéricas.

-No... yo no... no lo soy -musitó Maxie avergonzada mientras él le colocaba la chaqueta por encima de los hombros. Aún notaba el calor y el aroma de su cuerpo en la suave y cálida tela. Era un olor nítido y masculino, con una pizca de limón. Agachó la cabeza y aspiró profundamente, sorprendiéndose ante lo que la conmovía aquel gesto.

-Eres tan testaruda como mis caballos de carreras: cada vez que me acerco, tú te alejas.

-Ayer no lo hice -replicó Maxie ácidamente.

-No tuviste oportunidad de hacerlo -dijo Angelos con toda intención. Alargó las manos y asió las mangas de la chaqueta, tirando de ese modo de ella.

-¡No! -suplicó Maxie con los ojos muy abiertos. Para su desesperación, lo único que podía hacer era extender las manos hacia su pecho.

-Sólo te soltaré si me das un beso -le advirtió Angelos juguetonamente.

Sólo tocarlo por encima de la camisa le resultaba ya tan íntimo, que Maxie sintió que un escalofrío de culpabilidad le recorría la espina dorsal. Notó los remolinos de vello por debajo de la tela, y se sintió absurdamente excitada. Solía trabajar con modelos que se afeitaban el torso, y, por contraste, sentía un irreprimible deseo de desabrocharle la camisa.

-Pareces un niño al que le han pillado en falta -le interrumpió Angelos con una sonrisa perezosa.

Aquel gesto tuvo el poder de dejarla paralizada, como hipnotizada de nuevo. Fascinada, era incapaz de apartar la vista de aquellas increíbles pestañas sedosas y de la firme línea de su mandíbula.

-No me convienes en absoluto -dijo, presa del pánico.

-Demuéstralo -replicó Angelos con aquella voz de terciopelo que parecía una caricia. Le pasó la mano por el cabello, deteniéndose en la curva de la nuca-. Demuéstrame por qué no te convengo.

Era tan atractivo que Maxie no podía pensar con claridad. El corazón le latía a tal velocidad que parecía que se le iba a salir del pecho. Sintió una oleada de creciente excitación recorrer su cuerpo. Se ruborizó al darse cuenta de cómo Angelos miraba sus pechos, erguidos bajo la tirante tela del vestido.

Lentamente él deslizó las manos por su espalda, y se agachó hacia ella, pero en vez de besarle en la boca, lo hizo en uno de sus pezones. Sorprendida, Maxie arqueó el cuello y gimió incoherentemente.

Angelos levantó la cabeza y se la quedó mirando con una expresión salvaje.

-Casi duele desear esto tanto -dijo-. No creo que conocieras esta sensación... pero ahora sí.

Maxie se echó a temblar; el puro miedo se enroscaba en su interior como una serpiente. Angelos estaba jugando con ella, valiéndose para ello de su increíble atractivo.

-¡No me toques! -exclamó, y antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, le cruzó la cara de una bofetada. Angelos le asió la mano con un gesto y volvió a sonreírle.

-Ya veo que la frustración te altera mucho -dijo, y sin dejar de mirarla se llevó la mano a los labios primero, y se agachó para besarla después.

Nunca antes la había besado de aquel modo. Automáticamente respondió con la misma ansia al llamado de aquella boca devoradora y sensual. Se aferró a Angelos, odiándose a la vez por el deseo que crecía dentro de ella. De repente, todo acabó.

-Vamos -dijo Angelos separándose un poco, evidentemente orgulloso del poder que ejercía sobre ella.

Maxie ni siquiera se había dado cuenta de que el coche se había detenido. Él se detuvo un instante para colocar de nuevo la chaqueta sobre sus hombros. Se sentía tan desorientada que recibió agradecida las frescas gotas de lluvia; confusa, se apoyó en el brazo que él le pasó por la cintura. De repente, Angelos soltó un juramento, atrayéndola hacia sí. Sin embargo, Maxie aún pudo distinguir a un fotógrafo que escapaba corriendo. Inmediatamente salieron tras él dos guardaespaldas de un coche aparcado detrás de la limusina.

-Mis hombres conseguirán ese coche -dijo Angelos relajándose un poco.

Maxie estaba sin habla. Muchas veces había deseado poder evitar las cámaras de los paparazzi, pero nunca había visto un despliegue como el que acababa de hacer Angelos para proteger su vida privada.

Desde luego, pensó con amargura, estaba claro que no lo había hecho por ella. Intuía que él haría todo lo posible por no aparecer en público a su lado. Aún temblaba cuando él la condujo a un lujoso ascensor.

-¿A dónde vamos? -preguntó confusa mientras subían.

Las puertas se abrieron sin un ruido ante un enorme vestíbulo de mármol.

-A mi apartamento, ¿dónde si no?

Inmediatamente, Maxie se puso alerta. Si aquel fotógrafo había conseguido huir, tendría una foto más que comprometedoras; no le resultaba difícil imaginar lo que pensaría la gente ante aquella imagen. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

-Cre... creí que me llevabas a casa de Liz -murmuró incómoda.

-Nunca dije que fuera a hacerlo -dijo Angelos burlón-, y después de lo ocurrido en el coche, la verdad es que prefiero hacerte el amor en mi propia cama.

A Maxie empezaron a castañetearle los dientes.

Una cualquiera, eso es lo que parecería en la foto, y así era cómo él la estaba tratando.

-Maxie -percatándose de su turbación, Angelos cambió de estrategia-, ¿De verdad crees que iba a respetarte más porque me dijeras que querías esperar un poco más? No tengo tiempo para andarme con esas tonterías...

-No, claro que no.

-Y no creo que tus sentimientos sean muy diferentes. Supongo que estaremos juntos al menos seis meses -predijo-, puede que algo más incluso. Te deseo como no he deseado a ninguna otra mujer en mucho tiempo.

-Pues date una ducha fría -le espetó Maxie, irguiéndose orgullosa. Sin embargo, temblaba tanto que la chaqueta se le deslizó de los hombros y quedó en el suelo hecha un guiñapo-. No soy una mema a la que puedas llevar a la cama cuando tú quieras.

-La verdad es que, para empezar, sólo quería invitarte a comer, pero ...-admitió Angelos.

-Sí, ¿para qué perder el tiempo, no? -le interrumpió Maxie disgustada-. Me he encontrado con muchos hombres sin escrúpulos en mi vida, pero tú les superas a todos. ¿Acaso te crees que un simple beso te da derecho sobre mí?

-El deseo que existe entre los dos es auténtico y muy fuerte -replicó arrogante-. ¿Acaso me pides que me disculpe por algo que tú también sientes y en la misma medida que yo?

-No... me parece que tú no eres de los que se disculpan -dijo Maxie acobardada.

-Tienes razón: eres tú la que primero haces una cosa y luego dices otra, no yo -dijo Angelos fríamente-. Hace mucho tiempo que yo me dejé de esos jueguecitos.

Aunque cada músculo de la espalda le dolía, Maxie se propuso mantener fuera como fuera la misma actitud de reina ofendida. Sacaría fuerzas de la misma vergüenza que sentía por haber permitido que la tocara.

-No diré que ha sido un placer conocerte porque no lo ha sido, Angelos... eres asqueroso -dijo, y dándose la vuelta se dirigió hacia el ascensor.

-¡Maldita sea! ¡No puedes marcharte! -exclamó Angelos acercándose a ella de una zancada-. ¿Quién te crees que eres para hablarme en ese tono?

-¡Basta! ¡No quiero oír ni una palabra más!

-Pues vas a tener que escucharme -insistió Angelos cerrándole el paso. Se la quedó mirando con fiera determinación-. ¿Acaso crees que no sé que te fuiste a vivir con Leland de un día para otro? Casi ni le conocías, saliste de la nada. ¡Si estaba claro como el agua que no sentías nada por él!

-Yo... yo... -musitó Maxie, sorprendida ante aquella estrategia.

-Lo cierto es que Leland te aburría, y tú no te molestabas lo más mínimo por disimularlo. Apenas podías soportar que te tocara, pero aguantaste a su lado tres años enteros. ¿Acaso así es como se comporta una mujer sensible y con principios? ¡Te vendiste por un guardarropa de trajes de marca!

-¡No! ¡No es verdad! -protestó Maxie.

-¿No? ¿Acaso un día te levantaste y te dijiste: «Me merezco algo más que esto. No quiero seguir viviendo de esta forma»? -Angelos estaba siendo implacable-. Puedes protestar lo que quieras, pero lo vi con mis propios ojos: no sentías absolutamente nada por él, simplemente te vendiste al mejor postor.

Maxie sentía crecer la náusea en su interior.

-No..., no... -se limitaba a decir mientras retrocedía al interior del apartamento.

-Y yo soy tan tonto, que, aún sabiéndolo, todavía te deseo. Yo no quiero comprarte... digamos que soy tan ingenuo como para pensar que las cosas no tienen por qué ser así entre nosotros... Como evidentemente te gusto, puedo hasta olvidarme de que mi inmensa riqueza haya tenido algo que ver con que estés conmigo.

Maxie parecía una estatua; no se atrevía ni a moverse por temor a romperse en mil pedazos.

-Nunca te perdonaré por esto -susurró, y era como si cada palabra abriera una nueva herida en su maltrecho corazón-. Leland nunca fue mi amante, habíamos hecho un trato...

Angelos la interrumpió con una maldición en griego.

-¿Acaso me tomas por tonto?

Maxie se dijo que había sido una completa estúpida al intentar defenderse. Sólo había puesto en evidencia su propia debilidad al pretender que aquel griego arrogante no pensara mal de ella.

-Aléjate de mí, o...

-Me parece que decidiste cómo tenía que ser tu vida mucho antes de conocerme, ¿no? ¿Qué es lo que quieres? -preguntó Angelos sin dejarla terminar.

Maxie lanzó una carcajada histérica, luchando furiosamente por contener las lágrimas.

-Sólo deseo lo mismo que todo el mundo -confesó, con los ojos brillantes como dos estrellas-. Y algún día, cuando todo esto haya pasado, lo tendré. No vas a conseguirme, Angelos, no pienso hacer el amor contigo a no ser que me arrastres a la cama y me ates, ¿está claro? Por mucho que me desees, no me tendrás nunca -Angelos parecía incapaz de apartar la vista de ella-. Malas noticias -continuó-, yo soy la que me marchó. Pero, ¿por qué habría de molestarte eso? Al fin y al cabo -concluyó sin poder reprimirse-, tú eres un hombre sin sentimientos.

-¿Qué es lo que quieres de mí? -replicó Angelos salvajamente-. Nunca podría amar a una mujer como tú.

-¡Tanta sinceridad me conmueve! -exclamó Maxie despiadadamente, aunque estaba temblando como una hoja-. Pero, sin embargo, eso no te impide desearme, ¿verdad? ¿Sabes una cosa, Angelos? Me alegro de saberlo, muchas gracias, has hecho maravillas por mi maltrecho amor propio -se mofó.

-Eres una... no me había dado cuenta hasta ahora -dijo Angelos sin ninguna emoción. Cada una de sus palabras era tan corrosiva como el ácido-. Está bien: pon tú el precio por una noche. ¿Cuánto crees que mereces?

Maxie se irguió sin pensárselo dos segundos.

-No creo que tú puedas pagarlo -dijo mirándolo de frente-. Ahora quiero mucho más que un simple armario lleno de vestidos. Ya te he dicho que he aprendido de mis errores, Angelos. El próximo hombre con el que viva será mi marido.

Angelos se quedó mortalmente pálido.

-Si por un sólo segundo has llegado a pensar...

-¡Por supuesto que no! -le interrumpió Maxie-, pero supongo que ahora entenderás por qué no puedo comer, salir o acostarme contigo. No quiero que me relacionen con un millonario griego de dudosa reputación. Tengo que cuidar mi nueva imagen.

-¡Tendrás que tragarte estas palabras cada día que pases conmigo! -estalló Angelos.

-Realmente, te cuesta entender las cosas: no pienso estar contigo ni un solo segundo, Angelos- y sin añadir nada más, salió de la habitación como una tromba.

Cuando ya estaba en la calle, se dio cuenta de que temblaba tanto que le costaba incluso andar. Aunque no podía permitírselo, decidió parar un taxi. Se sentía terriblemente confusa, mientras las imágenes de lo ocurrido daban vueltas a su alrededor como en un torbellino.

¿Cómo era posible que dos personas que apenas se conocían se trataran de aquel modo? ¿Cómo había podido de una forma tan odiosa? ¡Si casi había disfrutado lanzándole todas aquellas maldades! Al recordarlo, se sentía casi físicamente enferma, vacía...

Angelos Petronides casi había acabado con ella, pero, al menos, se dijo para consolarse, no volvería a molestarla. Era un hombre demasiado orgulloso como para exponerse a que le rechazara de nuevo. Y sin embargo, ¿por qué tenía aquella terrible sensación de pérdida?

Aún se atrevía menos a examinar de cerca su propio comportamiento. ¡Había reaccionado como una completa estúpida, como una adolescente inexperta!

El le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, pero ciega y tozuda como la más ingenua de las chiquillas, ni siquiera se lo había admitido a sí misma hasta que había sido demasiado tarde. «Me he dado cuenta de que no te resulto indiferente», le había dicho Angelos. Avergonzada, se dio cuenta de que había estado a punto de ponerse en evidencia, no podía permitirse más errores de ese calibre.

Por supuesto, él no la había creído cuando le había contado la verdadera naturaleza de su relación con Leland. No lo habría hecho ni aunque le hubiera enseñado un certificado de virginidad. Estaba segura de que él la consideraba como una especie de plato preparado, barato y listo para devorar, no para saborearlo. Ni por un momento creyó que, aun aceptando su oferta, él se mantuviera a su lado nada menos que seis meses.

-Los hombres te prometerán la luna para conseguir que te acuestes con ellos -le había advertido su padre-. El único que merecerá la pena es el que esté dispuesto a esperar, el que de verdad se preocupe por tus sentimientos.

Había recibido aquel consejo cuando precisamente empezaba a enfrentarse a las consecuencias más terribles de su increíble belleza: las novias de los chicos que conocía la odiaban; hombres hechos y derechos la acosaban para que saliera con ellos; incluso los chicos de su edad, que normalmente se sentían intimidados cuando estaban a solas con ella, después esparcían toda clase de calumnias. Habían pasado ocho años desde entonces, y todavía estaba esperando a aquel hombre ideal.

Llevaba una hora en casa de Liz cuando sonó el teléfono. Era Catriona Ferguson, la encargada de la agencia de modelos a la que pertenecía desde que cumpliera los dieciocho.

-Tengo malas noticias -anunció sin más preámbulos-. El departamento de publicidad de LFT Haircare nos ha comunicado que han decidido prescindir de ti para la próxima campaña.

-Ya me lo esperaba -se limitó a decir Maxie.

-Y me temo que no tenemos nada en perspectiva -continuó Catriona-. La verdad, no me sorprende, ya que tu imagen está demasiado asociada a sus productos. Te advertí de los riesgos que tenía firmar un contrato en exclusiva; ahora mismo, tienes muy mala prensa.

Hacía un mes desde que se mudara de casa de Leland, y en todo aquel tiempo no había trabajado ni una sola vez. Empezaba a resultar acuciante la necesidad de ganarse la vida por otros medios, pues su cuenta bancaria estaba prácticamente a cero. No podía culpar a Catriona de lo ocurrido; siempre le había aconsejado que se decidiera a trabajar en desfiles de modas, pero la trepidante vida social de Leland y su compromiso con él, le habían impedido aceptar cualquier compromiso.

Horas más tarde, aún seguía sentada en la salita de la casa de Liz, al lado de una estufa, procurando poner sus ideas en orden. Lo único bueno que le había ocurrido había sido librarse de Angelos.

De repente notó un picor en el brazo; sorprendida, se fijó en que tenía una especie de erupción en la piel. No creía que se debiera a que hubiera comido algo en mal estado, pues en los últimos días apenas había sido capaz de comer nada. Se quedó dormida en el sillón; cuando despertó horas más tarde, casi se arrastró hasta el cuarto de invitados, cayendo de inmediato en un profundo sueño.

A la mañana siguiente se sentía todavía peor. Mientras se lavaba los dientes vio que tenía otra erupción en la frente. Parecía varicela, se dijo; de repente se acordó que hacía un par de días, una de las vecinas había dejado al cuidado de Liz a un niño que tenía exactamente las mismas marcas en la cara.

Aprensivamente Maxie examinó el resto de los síntomas: tos ronca, garganta ardiente, fiebre... Fuera lo que fuese se sentía fatal, así que se volvió a la cama. Sin embargo, tuvo que levantarse enseguida para contestar el teléfono.

-¿Diga? -preguntó en medio de un acceso de tos.

-Soy Angelos, ¿qué es lo que te pasa?

-Tengo... estoy resfriada -mintió-. ¿Qué es lo que quieres?

-Verte...

-¡Ni en sueños! -exclamó, y colgó. A los pocos instantes volvió a sonar, pero ella lo desconectó. También ignoró el timbre de la puerta.

Permaneció adormilada el resto del día, hasta que por fin despertó. Le costaba mucho respirar y le dolía enormemente la cabeza. Empezó a pensar que necesitaba un médico, y mientras lo hacía el timbre de la puerta no paraba de sonar.

Salió de la cama, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo. Se le saltaron las lágrimas mientras se arrastraba, intentando recordar dónde estaba el

teléfono. A lo lejos oyó como si algo se rompiera, cristal quizá, y después el murmullo de unas voces. ¿Acaso se habría dejado la televisión encendida? Reunió las pocas fuerzas que le quedaban para seguir avanzando, pero, de repente, fue como si el suelo se desvaneciera.

4

Oyó una voz masculina que ya le era muy familiar decir algo en una lengua extranjera, y vio un par de pies a su lado. Sintió que alguien la levantaba y empezaba a sacudirla.

-¡Estás llena de... granos! -exclamó Angelos en el colmo de la incredulidad.

-Vete... -murmuró Maxie.

-Tienes una pinta de lo más raro. Yo creía que sólo los niños tenían varicela -comentó Angelos casi acusadoramente.

-Déjame sola... -empezó a decir Maxie, pero se quedó sin fuerzas para continuar.

Sin hacerla el menor caso, Angelos fue al dormitorio en busca del edredón y la envolvió en él.

-¿Qué estás haciendo? -gimió, incapaz de hacer el menor movimiento para impedirselo.

-Iba de camino a mi casa de campo para pasar allí el fin de semana. Pero ahora parece que tendré que quedarme en la ciudad y llevarte al apartamento -dijo Angelos sin el menor entusiasmo ante semejante perspectiva y, sin más preámbulos, la levantó en brazos.

Aunque estaba muy débil, Maxie tenía tan arraigada en su cerebro la idea de que no quería tener nada que ver con aquel hombre, que de inmediato fue como si se encendiera un timbre de alarma en su interior.

-No... tengo que quedarme aquí y cuidar de la casa.

-Y a mí me gustaría que lo hicieras, pero no puede ser.

-Se lo prometí a Liz... se ha marchado y tiene miedo de que entren a robar... bájame...

-No puedo dejarle sola en semejante estado -Angelos la miró como esperando que se produjera una milagrosa recuperación.

Maxie enterró el rostro en su hombro, sintiéndose mortificada. Demasiado débil y enferma como para resistirse, pero no para odiarlo.

-No quiero ir a ninguna parte contigo -insistió entre toses.

-Pues no he visto a muchos voluntarios dispuestos a sustituirme... ¿Por qué estás lloriqueando de ese modo? -preguntó impaciente. Se detuvo un instante en el recibidor para apartarle el pelo de la cara y obligarla a que lo mirase-. Me desvié de mi camino porque sabía que estabas enferma. Me sentía obligado a pasarme para ver si todo iba bien.

-No estoy lloriqueando -protestó Maxie.

-Pero te diré que la verdadera razón por la que quería venir era para devolverte tu dinero y para decirte que no tenía la menor intención de insistir más.

-¿Y por qué no hiciste eso?

-Porque estabas tirada en el suelo, delirando y con más manchas que un dalmata. ¿Acaso es eso justo? Lo que pasa es que yo no voy por ahí lloriqueando.

-Yo tampoco -repitió Maxie.

Angelos la llevó hasta la limusina y la dejó en uno de los asientos, como un enorme bulto con el que no tuviera la menor relación.

Maxie se dio cuenta que no estaba sola: enfrente vio a una hermosa pelirroja, con una diadema de diamantes, vistiendo un espectacular traje de noche, y que se le quedó mirando perpleja.

-¿Has pasado la varicela, Natalie? -preguntó Angelos.

Era Natalie Cibaud, una famosa actriz francesa que acababa de trabajar en una superproducción americana. Por lo visto, a Angelos no le había costado

mucho consolarse, pensó Maxie mientras les escuchaba discutir en francés. No entendía nada, pero a las claras se veía que la mujer se iba enfureciendo cada vez más, mientras que Angelos se mantenía muy frío. Angustiada se dio cuenta de que estaban hablando de ella.

-¡Llévame a casa! -le pidió con voz ronca.

-Manténte al margen -le espetó Angelos-. Todo esto no tiene nada que ver contigo: ninguna mujer me ha controlado nunca.

Pero por desgracia para él, aquella era una batalla perdida. Cuando resultó evidente que no iba a dar respuesta a ninguna de las demandas de Natalie, ésta hizo que la limusina se detuviera, e impetuosamente se marchó, no sin antes decirle algo muy hiriente en su lengua.

-Me imagino que te habrá encantado esta escena -comentó Angelos gélidamente mientras el coche arrancaba a toda velocidad.

Pero Maxie se limitó a mirar inexpresivamente el asiento vacío frente a ella.

-No entiendo el francés -dijo, cerrando los ojos de nuevo.

Angelos murmuró una maldición entre dientes y se dispuso a llamar por el teléfono móvil. A pesar de su debilidad, Maxie no pudo reprimir un sentimiento de triunfo: aquel arrogante a quien deseaban casi todas las mujeres de la ciudad, se había visto chasqueado por dos de las más deseadas del momento en menos de cuarenta y ocho horas. Eso le enseñaría una lección. Poco a poco se sintió incapaz de seguir pensando en nada más, hasta que llegó un momento en que se sumió en una inconsciencia febril.

-¿Se siente un poco mejor, señorita Kendall?

Maxie parpadeó un poco. Aquella cara le resultaba vagamente familiar. Una mujer con una bata blanca, evidentemente una enfermera, estaba a su lado tomándole el pulso.

-¿Qué es lo que me ha pasado? -murmuró. Apenas recordaba nada más que los accesos de tos, el dolor agudo en el pecho y la dificultad para respirar.

-Acaba de pasar una neumonía. No es corriente, y puede resultar bastante peligroso -le explicó la enfermera-. Ha estado delirando casi cinco días.

-¿Cinco días? -Maxie se quedó mirando el espacioso dormitorio en el que se encontraba. Indudablemente, estaba en el apartamento de Angelos. Aunque los muebles eran elegantes y muy caros, no había el menor toque femenino en la decoración.

-Tuvo mucha suerte de que el señor Petronides la encontrara a tiempo -continuó la enfermera, sacándola de su abstracción-. Se puede decir que la salvó la vida al darse cuenta de la gravedad de su enfermedad tan rápido.

-¡No! ¡No quiero deberle nada más! -gimió Maxie horrorizada. La joven la miró incrédula.

-¿Cómo puede decir eso después de que el señor Petronides haya puesto a su disposición a los mejores especialistas del país y haya contratado todo un equipo de enfermeras para atenderla...?

-La señorita Kendall ha estado muy enferma, así que puede decir lo que quiera -la interrumpió Angelos desde la puerta de la habitación-. Puede tomarse un descanso, enfermera, yo me quedaré con la paciente.

-Sí, señor Petronides -ruborizándose, la enfermera se retiró a toda prisa.

Impulsivamente, Maxie se echó la sábana por encima de la cabeza.

-¡Vaya! Por lo que veo la enferma mejora por momentos -comentó Angelos en cuanto se hubo cerrado la puerta-. Y sigue siendo tan ingrata como siempre... No sé por qué, pero eso no me sorprende.

-¡Vete! -murmuró Maxie, repentinamente consciente de que tenía el pelo muy sucio y de que, probablemente, los granos se habrían multiplicado.

-Estoy en mi apartamento -dijo Angelos secamente-, y no pienso marcharme. Te diré que he venido a verte todos estos días para comprobar cómo estabas.

-No me importa Si tan enferma estaba, ¿por qué no me llevaste al hospital? -preguntó Maxie debajo de la sábana.

-El mayor especialista en este campo es muy amigo mío. Como respondiste muy bien al tratamiento, no vio la necesidad de trasladarte.

-¡Nadie me preguntó nada! -se quejó Maxie, y empezó a rascarse en la cadera.

Sin previo aviso, Angelos retiró la sábana.

-¡No se te ocurra rascarte! Tendrás cicatrices por todo el cuerpo si lo haces. Si vuelvo a pillarte, te ataré las manos para impedírtelo -le amenazó.

-Eres un cerdo -le insultó Maxie, a punto de perder los estribos ante aquella arrogancia-. No tenías ningún derecho a traerme aquí.

-No estás en condiciones de decirme lo que tengo o no que hacer -le recordó Angelos brutalmente-. No pienso discutir mientras sigas convaleciente. Si te sirve de consuelo para tu maltrecha vanidad, te diré que esas manchas me han acabado pareciendo de lo más atractivo...

-¡Cállate! -gritó Maxie, y acto seguido se desplomó sobre los almohadones agotada por el esfuerzo.

A pesar de su debilidad, Angelos le había parecido tan atractivo como le recordaba: llevaba un traje beige con una corbata color caramelo y una camisa de seda a juego. Aquellos colores tan suaves contrastaban de maravilla con su piel morena. Por contraste, Maxie se veía más desaliñada que nunca; furiosa, se dio la vuelta para no verlo.

-Estaré en Atenas diez días -dijo Angelos conciliador rodeando la cama-. Espero que te recuperes del todo en mi ausencia.

-No pienso estar aquí cuando regrese... ¡Oh, no! ¡La casa de Liz se ha quedado vacía todos estos días! -exclamó Maxie sintiéndose muy culpable.

-No, he contratado a una persona para que vaya a cuidarla.

A Maxie le dio un vuelco el corazón: aquel hombre no sólo se había hecho cargo del préstamo de Leland, sino que había pagado el tratamiento médico que estaba recibiendo, y, para colmo, también se había ocupado de la casa de Liz. No podría devolverle todo aquello ni en lo que le quedaba de vida.

-Gracias -murmuró secamente, aunque sólo fuera por el favor que le había hecho a su amiga.

-De nada -replicó irónicamente-. Y espero que estés aquí cuando vuelva, pues, de lo contrario, iré a buscarte...

-¡No se te ocurra hablarme como si fueras mi dueño! -exclamó Maxie frenética-. Hace tan sólo unos cuantos días estabas con esa actriz francesa... y me dijiste que nunca más volverías a llamar a mi puerta.

-Eres tú la que ha llamado a la mía... ¡Ah! Te refieres a esto... -dijo, y sacó una joya de oro de su cartera, dejándosela al Iado en la cama.

Maxie se quedó mirando atónita el brazalete que había empeñado.

-El titular del periódico decía *Reina de Hielo en el Monte de Piedad* -dijo Angelos enarcando las cejas sardónicamente-. Supongo que el mismo dueño llamó a los periodistas. Encontré el recibo en tu bolso y pude recuperarlo.

Maxie lo miró boquiabierta.

-No tendrás que soportar el acoso de la prensa mientras estés conmigo -le ofreció Angelos muy seguro de sí mismo-. Yo te protegeré. Tampoco tendrás que volver a empeñar nada. Y mucho menos volver a hacer esos tontos anuncios en los que salías peinándote las trenzas en medio de un prado alpino cubierto de flores...

Ella se limitó a cerrar los ojos, sin fuerzas para pelear con él. Era como un tanque que lo arrasara todo a su paso. Sólo un misil podría detenerlo.

-El silencio te sienta bien -comentó satisfecho.

-Te odio -murmuró Maxie.

-Lo que odias es desearme tanto -la contradijo Angelos con énfasis-. Y me parece justo, no creas: cuando te imagino tumbada al lado de Leland, tan tiesa como un bloque de hielo, a mí tampoco me hace gracia la idea de desearte tanto.

Maxie escondió la cara entre las sábanas, muerta de vergüenza.

-Limitate a comer mucho y a descansar -le aconsejó Angelos agachándose hacia ella-. Para cuando vuelva de Grecia tienes que estar totalmente recuperada.

Maxie dio un mordisco a la almohada, hirviendo de rabia. En aquel momento habría vendido su alma al diablo a cambio de poder darle una buena bofetada. Al cabo de un rato se atrevió a asomar la cabeza, suponiendo que ya se había ido. Sin embargo, él aún estaba en la puerta.

-Por cierto -le dijo antes de salir-, espero que seas discreta con la prensa acerca de esta relación...

-¡No tenemos ninguna relación! -le interrumpió-. No admitiría haber estado en tu apartamento aunque los paparazzi me sometieran a tortura.

Angelos se la quedó mirando satisfecho un instante antes de marcharse, dejándola tan abatida y acobardada como un ratoncillo que acabara de escapar de las garras de un gato.

Por fin acabó de empaquetar sus cosas. Mientras yacía enferma, Angelos había hecho que le llevaran todas sus ropas de la casa de Liz. Se había puesto furiosa al enterarse. ¿Acaso pensaba de verdad que se quedaría con él después de curarse?

Durante los dos días que siguieron a la marcha de Angelos, hizo todo lo posible por recuperarse cuanto antes. Por fin el especialista le dijo que estaba ya curada, aunque le recomendó que se tomara las cosas con calma. Decidió que lo mejor sería ser sensata y aprovechar la oportunidad que se le presentaba de descansar tranquilamente en la casa de Angelos, atendida por sus sirvientes griegos. Sin embargo, decidió marcharse antes de que volviera Angelos, el mismo día en que Liz tenía previsto regresar.

Dos de los guardaespaldas de Angelos se la quedaron mirando inquietos mientras amontonaba sus cosas en el vestíbulo. Ninguno de ellos hizo el menor intento por ayudarla.

-El señor Petronides... -empezó a decirle el más veterano.

-Será mejor que se mantenga al margen de esto -le advirtió Maxie mientras llamaba al ascensor.

-El señor Petronides no desea que se marche, señorita Kendall. Se va a enfadar...

-¿Y?

-Hará que la sigamos, señorita... -confesó.

-Nada de eso -murmuró amablemente Maxie-. No me gustaría tener que avisar a la policía. Además, estoy segura de que los periódicos darían la noticia, y al gran jefe no le gusta nada la publicidad, ¿verdad?

El ascensor llegó por fin y ella se apresuró a colocar sus maletas.

-Permita que le de un consejo: el señor Petronides puede ser un enemigo implacable.

Maxie se dijo que no era de extrañar que aquel hombre estuviera tan pagado de sí mismo. Su riqueza e ilimitado poder le debían haber hecho creer que era un semidiós, acostumbrado siempre a obtener cuanto deseaba. Se juró a sí misma que a ella nunca la conseguiría: su mente era sólo suya, lo mismo que su cuerpo, y él no podría tenerla, jamás.

Por fin llegó a casa de Liz, de la que, siguiendo sus órdenes, ya se había marchado la persona contratada por Angelos. Exhausta, se preparó una taza de café y se puso a revisar el correo, donde encontró una carta dirigida a ella.

La había enviado una agencia inmobiliaria, y, debido a los nervios y a la dislexia, al principio le costó un poco entender lo que decía. En realidad, deseaban contactar con Russ, pero les había sido imposible encontrar su dirección, por lo que se dirigían a ella como persona de contacto. Solicitaba instrucciones respecto a una propiedad de su padre que había quedado vacante. Poco a poco, Maxie fue haciendo memoria.

Sus acomodados abuelos habían muerto cuando su padre era aún un niño. Ya entonces se le consideraba la oveja negra de la familia, y sólo había heredado una pequeña casa y la correspondiente parcela en Cambridgeshire. Sin embargo, no pudo ocuparla ni venderla porque vivía en ella una antigua inquilina que no estaba dispuesta a marcharse.

Maxie telefoneó de inmediato a la agencia.

-No puedo decirles dónde está mi padre por que no lo sé -admitió tristemente-. Hace mucho que no sé nada de él.

-La anciana inquilina se ha ido a vivir con unos parientes. Si su padre desea arrendar la propiedad de nuevo, tendrá que hacer muchas reformas. Sin embargo -continuó el agente-, la propiedad está en un lugar ideal para edificar, y si su padre lo desea, podemos encargarnos de venderla.

Maxie estaba segura de que eso precisamente sería que su padre querría... para derrochar el dinero en las carreras de caballos en el juego. Respiró hondo y preguntó si había algún problema para que ella pasara a buscar las llaves y se hiciera cargo de la casa.

Cuando colgó el teléfono, era tal el torbellino de ideas que bullía en su cabeza que tuvo que sentarse para pensar con calma. Lo único cierto era que necesitaba una casa y que siempre le había gustado vivir en el campo. Si tenía la valentía suficiente, podría empezar de nuevo. A fin de cuentas, en Londres sólo le quedaban los miserables restos de una carrera de modelo que le había dado más sinsabores que alegrías. Suponía que podría encontrar un trabajo en la comarca como camarera o dependienta, puestos en los que, además, contaba con cierta experiencia.

Cuando Liz regresó, Maxie estaba ya más que decidida, así que se limitó a exponer sus planes ante su cada vez más atónita amiga.

-Si la casa está realmente mal, te costará una fortuna ponerla en condiciones, Maxie -le recordó preocupada-. No quiero descorazonarte, pero me parece que...

-Liz, escucha: nunca he querido ser modelo y, ahora, además, no tengo ningún trabajo -argumentó Maxie-. Ésta puede ser mi oportunidad para empezar una nueva vida. Cueste lo que cueste, quiero intentarlo. Dejaré la dirección en la agencia, por si quieren contratarme para algo, pero lo cierto es que no puedo permitirme quedarme sentada sin hacer nada. Por lo menos, si consigo ganar algo de dinero, podré empezar a devolverle el préstamo a Angelos.

Maxie hubiera querido evitar tener que contarle a su amiga que había estado enferma, pero no le parecía justo no decirle que un extraño había estado cuidando de la casa durante su ausencia. Sin embargo, Liz pareció preocuparse más por su enfermedad y el papel desempeñado en ella por Angelos Petronides.

-¡Juraría que ese hombre está completamente enamorado de ti! -exclamó, sacudiendo la cabeza.

-¡Ja! ¡Ni siquiera sabe lo que significa esa palabra! Lo que pasa es que haría cualquier cosa por conseguir lo que desea. Debe creer que cuantos más favores me haga, más obligada me sentiré a corresponderle.

-Maxie, si te hubiera dejado aquí sola, probablemente habrías muerto. ¿No deberías estarle agradecida? -preguntó Liz incómoda-. Podía haberse limitado a llamar a una ambulancia.

-¿Y perderse la oportunidad de tenerme en sus garras? -replicó Maxie cínicamente-. ¡Ni hablar! Sé muy bien cómo funciona su cerebro.

-Puede que tengáis mucho más en común de lo que estás dispuesta a admitir -comentó su amiga reflexivamente.

Maxie llegó al chalet dos días después. A la luz del atardecer, tenía un aspecto un poco sombrío, pero estaba situado en un lugar muy hermoso. Había un sendero que llegaba hasta la puerta bordeado de preciosos árboles.

Había conseguido ingresar algo de dinero en su cuenta vendiendo la mayor parte de su guardarropa.

Tras explorar detenidamente su nuevo hogar, su entusiasmo no decayó un ápice. Aunque las paredes pedían a gritos una mano de pintura, decidió que las reparaciones de las que le habían hablado en la agencia inmobiliaria podrían esperar.

Le encantó la pequeña chimenea que alegraba el salón, aunque no podía decir lo mismo del fregadero o del estado de los sanitarios del cuarto de baño. Apenas tenía los muebles imprescindibles, aunque esperaba que le trajeran una cama nueva aquel mismo día.

La casa estaba a unos dos kilómetros del pueblo más cercano. En cuanto le trajeran la cama, pensó, llamaría al hotel para preguntar si podían ofrecerle algún trabajo. Como estaban en plena temporada alta, supuso que no le sería muy difícil lograrlo.

Cinco días más tarde Maxie estaba en su tercer día de trabajo a media jornada como camarera en el animado bar del hotel. Empezaba a pensar que aquel puesto no era tan estupendo como había supuesto en un principio.

¿Por qué no había preguntado si tendría que servir comidas antes de aceptar? Estaba acostumbrada a servir bebidas, pero le costaba mucho anotar pedidos complicados a toda velocidad.

Maxie vio a Angelos en cuanto éste entró en el bar. En cuanto su imponente silueta se recortó en la puerta, todo el mundo se volvió hacia él. Era como un gigante entre pigmeos.

Llevaba un traje gris oscuro, con una camisa de seda y una corbata a juego. Parecía insultantemente rico, casi un poco fuera de lugar incluso. Maxie notó que el corazón empezaba a latirle a toda velocidad; de repente, la estancia le pareció más abarrotada que nunca, casi le faltaba aire para respirar.

Angelos se la quedó mirando fijamente, haciendo que se sintiera como un conejillo sorprendido por las luces de un coche.

Con un gran esfuerzo, consiguió concentrarse para acabar de tomar nota en la mesa que estaba atendiendo. Plegó los menús y se dirigió a las cocinas lo más rápido que pudo. Pero no lo suficiente como para que Angelos no la interrumpiera.

-Para un momento -le ordenó en voz baja.

-¿Cómo me has encontrado?

-Catriona Ferguson, la directora de la agencia, no tuvo ningún inconveniente en decírmelo -dijo.

Con un rápido movimiento, Maxie consiguió eludirlo y continuar hacia la cocina. Cuando salió comprobó con desmayo que Angelos se había sentado en una de las mesas que le tocaba atender.

Aunque se esforzó por ignorarlo, sabía que él no la quitaba ojo de encima. Empezaron a sudarle las manos y a temblar, hasta tal punto que casi se derramó encima una de las bebidas que iba servir.

Por fin se le acercó Dennis, el jefe de camareros.

-¿Has visto al tipo de la mesa seis? -preguntó casi disculpándose, mirando su hermoso rostro con expresión de carnero degollado-. Es extraño: algo en él me resulta familiar, pero no sé dónde le he podido ver antes.

Maxie se obligó a acercarse a Angelos, quien tamborileaba impaciente sobre la mesa.

-¿Sí? -preguntó.

-Ese uniforme que llevas es tan corto que pareces una camarera francesa de opereta -le espetó-. Cada vez que te agachas, alguno de estos tipos baja la cabeza para ver mejor el panorama, ¡incluso el *maitre*!

Maxie enrojeció bruscamente. Efectivamente, el uniforme le estaba un poco pequeño, pero ya había estirado el bajo todo lo posible.

-¿Vas a beber algo o no? -insistió secamente.

-Primero me gustaría que me limpiaras la mesa -dijo Angelos señalando con disgusto la superficie de madera-. Luego me traes un brandy y te sientas conmigo.

-¡No digas bobadas! ¡Estoy trabajando! -contestó Maxie afanándose por dejar la mesa impecable.

-Trabajas para mí, y si yo digo que quiero que te sientes, te sientas -replicó Angelos dominante. Maxie se quedó en suspenso.

-¿Qué quieres decir con eso de que trabajo para ti?

-Este hotel pertenece a mi cadena -gruñó-, y, de momento, no me está gustando nada lo que veo.

Maxie se quedó helada. Apiló los platos sucios y se dirigió a la cocina sintiéndose enferma. Angelos hizo una señal a Dennis y le ordenó que se sentara a su mesa. El joven parecía la misma imagen de la desolación.

Aunque se apresuró para servir los pedidos, Maxie no pudo evitar que se elevara un coro de quejas entre los clientes.

-¡Yo no he pedido esto! ¡Le he dicho que me trajera una ensalada, no patatas fritas!

-¡Y yo las quería asadas!

-¡Señorita, este filete no está bien...!

Desesperada, Maxie se dio cuenta de que había mezclado todos los pedidos. Haciéndose cargo de la situación, Angelos se levantó de la mesa y le pidió el bloc.

-¿Qué es esto? -preguntó severamente-. ¿Jeroglíficos egipcios acaso? Aquí no hay quien entienda nada.

Maxie estaba mortalmente pálida.

-Creo que me he equivocado -se disculpó. Empezaron a temblarle las piernas-. Lo siento...

-No se preocupen -dijo Angelos a los clientes-, enseguida les serviremos lo que han pedido. Vamos, Maxie, muévete.

Vio que Dennis llamaba a alguien por el teléfono interno. Parecía un hombre superado por los acontecimientos. Al poco entró el director del hotel, que de inmediato se sentó con Angelos, con la misma expresión de un ternero entrando en el matadero.

Maxie se dio cuenta de que era ella la que había provocado aquel desastre, pero ¿cómo iba a saber que aquel hotel era de Angelos? Recordó la inmensa lista de empresas que había en el Edificio Petronides de Londres, en la que se mencionaban desde compañías petrolíferas, hasta industrias de telecomunicaciones, pasando por los seguros y otros servicios.

-Maxie... digo, señorita Kendall, por favor -la llamó Dennis humildemente. Se preguntó qué le habría dicho Angelos para amansarlo hasta ese punto-. El señor Petronides dice que puede tomarse la tarde libre.

-No puedo, estoy trabajando -replicó.

-Pero... -Dennis estaba pasmado.

-Estoy contratada para trabajar esta noche y necesito el dinero -continuó Maxie, y levantando la barbilla desafiante se acercó a la mesa de Angelos

para servirle el brandy-. No eres más que un presuntuoso y un egoísta -le espetó.

Antes de que pudiera evitarlo, él le puso la mano en el codo y la obligó a permanecer a su lado. La lanzó una mirada tan negra y ardiente como el mismísimo infierno.

-Si te diera una pala, seguro que te ponías a cavar tu propia tumba tan contenta. Vete a por tu abrigo y vámonos.

-No, éste es mi trabajo y no pienso...

-Te pondré las cosas fáciles: estás despedida -dijo Angelos con rudeza.

Con la mano que tenía libre, Maxie asió la copa de brandy y se la echó por encima de los pantalones. Angelos se echó hacia atrás sorprendido y furioso.

-Si no puedes soportar el fuego, será mejor que te mantengas alejado de la cocina -murmuró Maxie, y alzando la cabeza con la misma arrogancia que una reina, se dio la vuelta.

5

Cuando Maxie salió del vestuario del personal, se encontró con que Dennis la estaba esperando.

-Debes estar loca para tratar de ese modo a Angelos Petronides.

-Me importa un bledo, ya no trabajo aquí -replicó Maxie sacudiendo la cabeza-. ¿Puedes darme mi paga, por favor?

-¿Tu... tu paga?

-Sí, ¿pasa algo? -preguntó beligerante. Se hizo un largo silencio.

-Está bien, te la daré -admitió Dennis por fin-, pero no sé qué pensará el señor Petronides...

Cuando salió a la calle, estaba lloviendo a mares, y, a pesar de que llevaba paraguas, Maxie se empapó de pies a cabeza. Cuando apenas había caminado unos pasos, se detuvo a su lado un fantástico coche deportivo.

-Sube -dijo Angelos desde el interior.

-¡Vete a paseo! Podrás tiranizar si quieres a tus empleados, pero no a mí.

-¿Tiranizar? -Angelos estaba sinceramente sorprendido-. ¿Pero tú te has fijado bien en qué condiciones estaba ese local? -salió del coche y se plantó frente a ella-: El personal era insuficiente y mal preparado, los clientes llevaban horas esperando a que se les atendiera, las mesas estaban sucias... ¡Pero si hasta la alfombra estaba hecha un asco! Si el director no toma las medidas oportunas, pienso despedirlo.

Maxie se quedó sin habla, no sólo por su vehemencia sino porque se había cambiado de ropa, y el ligero traje gris pálido que llevaba puesto le sentaba como un guante. Se lo quedó mirando mientras notaba correr la adrenalina por sus venas.

-Te odio por haberme seguido hasta aquí... -empezó.

-¡Pero si estabas esperando que lo hiciera! -la interrumpió Angelos, y en cuanto lo hubo dicho ella supo que era cierto.

-Me voy a casa andando, no pienso meterme en tu coche -se fijó en que, una vez más él estaba calándose por su culpa.

-No quiero desperdiciar toda la noche esperándote a la puerta de tu casa -gruñó.

-¿Así que ya sabes donde vivo? -Maxie apenas podía dar crédito a lo que acababa de oír-. Pues no te molestes en ir hasta allí, no pienso abrirte la puerta.

-¿No te das cuenta de que pueden agredirte por alguno de esos caminos tan solitarios? ¿Acaso merece la pena?

Maxie asió el paraguas con fuerza y emprendió el camino con decisión. No había recorrido ni diez metros cuando vio delante de ella un grupo de

jóvenes que la miraban aviesamente. Cuando pasó a su lado, empezaron a decirle groserías que la hicieron acelerar el paso.

Notó que una mano se posaba a sus espaldas, y antes de que pudiera desasirse, los acontecimientos se precipitaron: Angelos apareció a su lado y soltó un puñetazo a su atacante; de inmediato, sus compinches acudieron en su ayuda, por lo que pronto se organizó una tremenda pelea. Maxie se puso a gritar con todas sus fuerzas, absolutamente aterrorizada.

-¡Soltadlo! -gritaba, al tiempo que propinaba patadas y paraguazos a los gamberros, que se dieron a la fuga en cuanto empezó a acudir gente de los bares cercanos, alarmados por el griterío.

Maxie se agachó al lado de Angelos, sosteniéndole la cabeza mojada.

-¡Eres un tonto! -repetía una y otra vez.

Por fin Angelos meneó la cabeza muy lentamente; tenía una herida que sangraba en una de las sienes.

-Eran cinco contra uno -murmuró dolorido.

-Súbete al coche, no vaya a ser que regresen -dijo Maxie ayudándole a incorporarse-. Podían haberte machacado.

-Bueno, no creo que sea para tanto... -protestó Angelos.

-Hay una comisaría justo al final de la calle...

-No pienso poner una denuncia a esos gamberros desharrapados -gruñó Angelos poniéndose en pie-. Total ya han recibido un par de buenos puñetazos...

-No tantos como tú -puntualizó Maxie ayudándole a acomodarse en el asiento delantero.

-¿Qué es lo que pretendes?

-No estás en condiciones de conducir.

-¿Y eso por qué?

-¡Por favor, Angelos! Estás sangrando, probablemente estés también conmocionado. Por una maldita vez en tu vida, haz lo que te dicen.

El consideró durante unos instantes semejante posibilidad, hasta que por fin dio su brazo a torcer.

-¿Sabes conducir un Ferrari?

-Por supuesto -contestó Maxie entre dientes mientras ponía en marcha el coche.

-Las luces -le indicó Angelos aprensivamente-. Tienes que encender las luces... o si lo prefieres, cierro los ojos...

-¡Cállate! Estoy intentando concentrarme -Maxie dio por fin con el interruptor-. Es muy típico de ti eso de sacar faltas. Por cierto, a ver, ¿dónde estaban tus guardaespaldas?

-¿Cómo te atreves a decirme eso? -Angelos intentó incorporarse un poco, pero el cinturón de seguridad se lo impidió-. Puedo cuidar de mí mismo.

-¿Contra cinco matones a la vez? -preguntó Maxie. Todavía se le revolvían las tripas al recordar la pelea; se sentía terriblemente culpable por lo sucedido-. Te llevaré a Urgencias.

-No necesito ningún médico, estoy perfectamente -se resistió Angelos.

-No quiero ser responsable de que mueras por conmoción cerebral o algo parecido -replicó Maxie inexorable.

-Sólo tengo unos cuantos arañazos y moretones, lo único que me hace falta es descansar un poco. Después pediré que me lleven un coche.

Aquel era el auténtico Angelos: organizador, dispuesto a llevar la voz cantante. Maxie captó la indirecta y condujo en dirección a su casa probablemente a la velocidad mínima a la que había ido ese coche jamás. La lluvia había arreciado, haciendo que se redujera considerablemente la visibilidad.

-De acuerdo, puedes venir a casa conmigo, pero sólo estarás una hora -le advirtió.

-¡Qué generosa eres!

Maxie se ruborizó al recordar el interés que se había tomado Angelos durante su enfermedad para asegurarse de que estaba bien atendida. Sin embargo, no había tenido que ocuparse personalmente de su bienestar, se había limitado a pagar a otros para que la cuidaran. De hecho, no podía imaginar a Angelos sacrificándose por nadie.

De repente, notó que el camino a la casa estaba completamente enfangado; alarmada, frenó de golpe, provocando que el coche diera un brusco patinazo. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, chocó de golpe contra el borde del camino.

-Aunque parece que nuestro ángel de la guardia esté de vacaciones, por suerte aún seguimos vivos -ironizó Angelos mientras apagaba el contacto.

-Ahora supongo que te dedicarás a hacer un montón de comentarios ofensivos sobre las mujeres que conducen, ¿no? -siseó Maxie aferrándose aún al volante.

-No me atrevo. Eres tan gafe que si ahora salgo del coche seguro que me ahogo en el arroyo.

-¡Pero si no es nada profundo!

-Me tranquiliza oír eso -forcejeó con la portezuela hasta que consiguió salir al camino embarrado.

-¡Lo siento! -se disculpó Maxie-. Me asusté mucho cuando vi tanta agua en el camino.

-¡Pero si no es nada! ¿Qué harás cuando veas el océano entonces?

-Pensé que el arroyo se había desbordado, y que la corriente nos arrastraría en la oscuridad, por eso frené tan de golpe -intentó explicar Maxie mientras se encaminaban a la casa. Por fin abrió la puerta principal y encendió la luz. Angelos tuvo que agacharse para entrar, y se quedó mirando la desnuda estancia sin hacer el menor comentario. Maxie tuvo que reconocer que cuando el fuego no estaba encendido, parecía aún más triste y desolada.

-El piso de arriba está un poco mejor. Si quieres, puedes acostarte en mi cama.

-No sé si merezco tanta amabilidad. ¿Dónde está el teléfono?

-No tengo -confesó Maxie.

-¿Estás bromeando?

-¿Es que no tienes un móvil? -replicó un poco molesta.

-Debió caérseme durante la pelea -dijo Angelos, y jurando por lo bajo en griego empezó a subir las escaleras tambaleándose un poco.

-Tendría que verte un médico -insistió Maxie preocupada.

-¡Tonterías! Lo único que necesito es descansar un poco...

-¡Cuidado con la cabeza! -le advirtió Maxie justo un segundo antes de que se chocara con el dintel de la puerta-. ¡Oh, no! -gimió, corriendo a su lado. Rápidamente le condujo hacia el interior del dormitorio antes de que se hiciera más daño.

-Hay charcos en el suelo -señaló Angelos parpadeando confuso.

-No digas bobadas -dijo Maxie, y precisamente entonces le cayó en la nariz una enorme gota de agua.

Levantó la cabeza hacia el techo cubierto de vigas de madera y, horrorizada, descubrió un montón de goteras. De hecho, el suelo estaba casi completamente cubierto de agua.

-Esto parece una cabaña -dijo Angelos.

Maxie maldijo entre dientes y se acercó a comprobar cómo estaba la cama. Por suerte, era lo único en la habitación que estaba completamente seco. Angelos se dejó caer en una esquina del colchón. Quiso colocar su chaqueta en uno de los postes de la cama, pero no tuvo fuerzas y ésta cayó de lleno en un charco.

-No tenía que haberte hecho caso -se reprochó Maxie mirando la prenda hecha un trapo--. Tenía que haberte llevado a urgencias.

-Sólo me duele un poco la cabeza, nada más -protestó Angelos arrogante-. Deja de tratarme como a un niño.

-¿Cuántos dedos ves? -preguntó ansiosamente plantando delante de él el dedo gordo. Estaba tan nerviosa que no fue capaz de extender ninguno más.

-Veo tu dedo gordo -contestó Angelos secamente-. ¿Qué tontería de pregunta es ésta?

Roja como un tomate, Maxie dio un salto al ver que él se soltaba la corbata.

-¿Vas a quitarte la ropa?

-Sí, así estaré más cómodo.

-E.. entonces mejor me marchó. De... de todas formas tengo que buscar cubos para el agua -se disculpó Maxie cobardemente mientras se precipitaba hacia la puerta.

Sólo de imaginarse el cuerpo semidesnudo de Angelos provocó que le recorriera por todo el cuerpo una corriente de excitación. Se disculpó a sí misma diciéndose que aquella inesperada reacción era producto de la tensión acumulada en las últimas horas. Volvió a lamentar no haber llevado a Angelos al hospital, aunque sabía que hubiera resultado inútil intentar convencerle.

Cuando iba a por el cubo y la fregona, se le ocurrió que lo mejor sería buscar un antiséptico para la herida de Angelos. Temía que fuera más grave de lo que parecía, pues casi estaba segura de que, aunque fuera por unos breves instantes, había perdido el conocimiento después de la pelea; recordaba muy bien que se había quedado con los ojos cerrados, pues aquellas increíbles pestañas que tenía casi rozaban los pómulos... ¡Santo Cielo! ¿Qué demonios le estaba pasando?

Angelos ya se había metido en la cama cuando ella volvió al cuarto. Parecía que se había dormido. Casi sin atreverse a respirar, Maxie se quedó mirándolo un largo instante, fascinada por la fuerza que emanaba de él incluso cuando yacía inmóvil. De repente se dijo que sería mejor dejarse de bobadas e intentar despertarle, no fuera a ser que tuviera de verdad una conmoción cerebral. Se acercó a la cama y le sacudió ligeramente el hombro desnudo; apartó la mano de inmediato, como si se hubiera quemado al contacto con aquella piel ardiente.

Angelos abrió por fin los ojos.

-Me has manchado de sangre toda la almohada -consiguió articular Maxie. Tenía la garganta completamente seca.

-Te compraré una nueva.

-No hace falta que me compres nada... y estáte quieto -le conminó-, quiero ver cómo tienes la herida.

Ayudándose de un paño de cocina, y procurando disimular su nerviosismo, Maxie le limpió la sangre de la cara; de repente, él alzó una de sus manos y le rodeó delicadamente la muñeca.

-Estás temblando como una hoja.

-Te podían haber apuñalado o algo parecido. Me pongo enferma sólo de pensarlo... Te aseguro que podría haberme enfrentado a ese chico yo sola...

-A mí me parece que no. Entre todos ellos podían haberte arrastrado a un callejón oscuro, y después...

-No pienso darte las gracias por lo que hiciste: si me hubieras dejado en paz, nada de esto habría sucedido -afirmó Maxie enérgicamente-. Me hubiera quedado en el hotel hasta acabar el turno y después el camarero me hubiera traído en coche a casa. Vive muy cerca.

Maxie se desasíó bruscamente y volvió al piso de abajo. Sabía que lo que tenía que hacer era buscar la fregona y limpiar el suelo, pero lo cierto es que estaba temblando como un flan. En parte era por el shock sufrido, pero sobre todo porque durante todo el tiempo que había durado la cura no había dejado de preguntarse, como una tonta adolescente, qué llevaría puesto Angelos debajo de las sábanas.

Minutos más tarde consiguió recobrase lo suficiente como para subir de nuevo al dormitorio con un montón de cacharros para las goteras, el cubo y

la fregona. Se puso a limpiar el suelo, furiosa consigo misma por no haber hecho caso de las indicaciones del agente inmobiliario; era evidente que tendría que retejar toda la casa antes de que llegara el invierno, aunque no tenía ni la menor idea de cómo iba a costear semejante obra.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó después de haber colocado todos los recipientes en el suelo.

-¡Fenomenal! -fue su irónica respuesta-. La verdad es que no entiendo por qué prefieres ahogarte dentro de estas cuatro paredes en vez de venirte conmigo.

-Pues ya ves: nada de lo que hagas o digas conseguirá convencerme. No tengo la menor intención de vivir con ningún hombre...

-No te estaba pidiendo que vivieras conmigo -la corrigió Angelos-. Me gusta tener mi propio espacio. Estaba pensando más bien en comprarte algo e ir a verte de vez en cuando...

-¡No estoy en venta! -le recordó Maxie furiosa.

-Sólo vendrías si te ofrezco un anillo de compromiso, ¿no? -la interrumpió Angelos-. Pues te diré una cosa: puede que esté obsesionado por poseer ese delicioso cuerpo tuyo, que tiembla de puro deseo en cuanto estoy cerca -murmuró apasionadamente, al tiempo que le asía delicadamente una mano sin que ella no pudiera oponer la menor resistencia-, a cambio estoy dispuesto a darte todo lo que desees con sumo gusto, excepto eso precisamente, *pethi mou*.

-Si no tuvieras esa herida en la cabeza te abofetearía -amenazó Maxie-. ¡Déjame en paz de una vez!

Soltándole la mano, Angelos se la quedó mirando con una sonrisa irónica.

-Después de lo que te hizo Leland, no me extraña que te comportes así. Sí, ya sé que te echó del hospital y que hizo llamar a su mujer, dejándote tirada y sin un céntimo. Por eso ahora piensas que es más seguro conseguir un marido que un amante. Pero yo no soy Leland...

Maxie estaba aterrada y fascinada a la vez por el poder de aquel hombre. Presentía que era más que capaz de seducirla, pues a cada segundo que pasaba en su compañía, más terrible era la tentación de ceder. Le odiaba, pero también lo deseaba, y se odiaba a sí misma por ser tan débil.

-Ven, acércate -le apremió Angelos-. No ganas nada con resistirte. Te prometo que nunca me aprovecharé de ti como hizo Leland.

-¿Qué es lo que pretendes? -preguntó Maxie suspicaz.

-Quiero convencerte de que confiar en mí sólo te traerá ventajas. Como ves, ni siquiera te he puesto un dedo encima -señaló, como si considerara tal cosa una heroicidad.

Lo terrible del caso era que ella estaba deseando que la tocara. Por fin el alzó el brazo y le soltó la cinta del pelo, hundió los dedos en la sedosa melena y, poco a poco, la atrajo hacia sí.

-¿Acaso no es esto lo que los dos deseamos? -le preguntó.

-No... -se resistió Maxie, aunque su piel ardía mientras él recorría el contorno de sus labios con la punta del dedo-. Esto no significa nada para mí -insistió desesperada.

-Mira que eres tozuda -se burló Ange]os.

Ella pensó que si seguía mirándola con la misma intensidad acabaría fundiéndose.

-No soy tozuda, sólo que... -se detuvo sin saber cómo seguir, incapaz también de reunir las fuerzas necesarias para separarse de él.

-Te gusta pelear, ¿eh? -susurró Angelos. Maxie se sentía como en una nube, ensordecida casi por los latidos de su propio corazón-. Eres una mujer por la que merece la pena luchar. Sería mucho mejor si no te resistieras, si te dejaras llevar...

-Pero...

-Nada de peros -la interrumpió Angelos colocando un dedo en sus labios para hacerla callar-. Me necesitas -insistió, acercándose aún más a ella.

-No... -musitó.

-Sí -dijo Angelos antes de besarla. Le separó los labios delicadamente con la punta de la lengua llevándola a un estado de excitación tal que casi se dejó caer encima de él.

Aprovechándose de aquel momento de debilidad, Angelos la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

-No -gimió Maxie de nuevo.

Él empezó a acariciarle un seno, y el placer que eso la produjo fue tan intenso e insoportable que sólo con un enorme esfuerzo consiguió controlarse. Levantó la cabeza para verle mejor, pero en vez de aplacar su deseo, sólo consiguió avivarlo aún más.

-¿No? -repitió Angelos juguetonamente.

Se sentía atraída por su irresistible virilidad como una mariposa hacia la llama de una vela. Angelos se dio cuenta de que estaba a punto de rendirse, y sonriendo como un lobo en el momento de atacar a su presa, empezó a besarla apasionadamente.

La tendió sobre el lecho sin dejar de acariciarla. Maxie temblaba de pies a cabeza de puro deseo, y cuando él introdujo una mano por debajo de la camiseta para acariciarlo primero y besarlo después los senos desnudos creyó que se derretiría de placer. Durante un interminable momento lo único que pudo hacer fue acariciarlo a su vez. De repente, Angelo levantó la cabeza alarmado.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-¿El qué? -inquirió Maxie parpadeando confusa.

-Alguien está llamando a la puerta.

Sólo entonces pareció darse cuenta Maxie de lo que había estado a punto de hacer; avergonzada, se levantó de la cama de un salto.

-¡Eres un cerdo! -le insultó mientras se colocaba la camiseta en su sitio y, sin esperar su respuesta, se abalanzó escaleras abajo.

Cuando abrió la puerta se encontró con Patrick Devenson, su vecino más próximo, al que había conocido el día anterior.

-¿Sabes que hay un ferrari medio hundido en el arroyo de enfrente?

Todavía temblorosa, Maxie se limitó a asentir con la cabeza como una marioneta. No se podía creer lo poco que le había faltado para dejarse seducir por aquel miserable.

-Lo he visto cuando volvía a casa -le explicó Patrick, un rubio y atractivo veterinario-. Como sabía que estabas en casa, decidí parar para ver si estabas bien, ¿lo estás? -insistió preocupado.

-El conductor está arriba, descansando -consiguió articular Maxie.

-¿Quieres que le eche un vistazo?

-No es necesario -dijo Maxie con la respiración entrecortada.

-¿Y no quieres llamar al médico? -preguntó Patrick señalando su teléfono móvil.

-Te estaría muy agradecida si me dejaras hacer una llamada.

-Claro -asintió el joven-. ¿Te importa si entro? Está lloviendo mucho.

-Por supuesto, perdona.

Maxie echó a correr escaleras arriba y le pasó el móvil a Angelos.

-Llama ahora mismo para que vengan a buscarte si no quieres que te eche a patadas yo misma.

Angelos asió el teléfono impasible, pero no sin antes lanzarle una mirada cargada de odio. Marcó un número, dio algunas órdenes en griego e, inmediatamente salió de la cama.

Maxie se quedó pasmada no tanto por la intensidad de aquella mirada como por la visión de aquel hombre desnudo y visiblemente excitado. Turbada, salió a toda prisa de la habitación.

-Gracias -dijo, devolviéndole el teléfono a Patrick.

-¿Se había tomado una copa de más, verdad? -preguntó señalando el dormitorio-. Es una pena como ha quedado el coche. ¿Es tu novio? -preguntó mientras se dirigía hacia la puerta.

-No, no lo es.

-Entonces, ¿querrías cenar conmigo mañana?

Maxie estuvo a punto de rechazar su invitación, pero en el último momento cambió de idea.

-¿Por qué no? -repuso. Sabía que Angelos estaría escuchando cada palabra desde el dormitorio.

-¡Estupendo! -exclamó Patrick complacido-. ¿Te parece bien a las ocho?

-Sí, muy bien.

Se lo quedó mirando mientras subía a su todo terreno, y no pudo por menos que pensar lo sencilla que debía ser la vida de aquel joven en comparación con la de Angelos, tan manipulador y egocéntrico. Odiaba a aquel hombre con toda su alma.

Cálidas lágrimas rodaron por sus mejillas. Le detestaba por la forma en que le había hecho ver lo tonta y débil que podía llegar a ser, por usar todas aquellas artimañas con el único fin de hacerle caer en la tentación, por demostrarle que era mucho más vulnerable de lo que creía.

Al cabo de cinco minutos Angelos apareció en el salón completamente vestido. Su furia era tal que sus ojos parecían despedir chispas.

-Eres una zorra -murmuró entre dientes, en tono bajo y ronco. Su boca se contraía en una especie de mueca-. Primero casi te metes en la cama conmigo y al segundo te pones a coquetear con otro hombre prácticamente delante de mis narices.

-¡No estaba en la cama contigo!... al menos no como tú crees -se defendió.

-Tú no deseas a ningún otro hombre -le espetó Angelos-. ¡Sólo me deseas a mí!

-No pienso ser tu amante -dijo, pálida como un fantasma-. Te lo dije desde el primer momento. Y aunque me hubiera acostado contigo -añadió-, también te pediría que te marcharas. Enredarme en una relación contigo sólo sería degradarme a mí misma...

-¡Como si yo fuera a seducirte a estas alturas! -se burló Angelos-. ¿Degradarte has dicho? -repitió incrédulo-. Si el único estúpido aquí he sido yo, al tratarte como si merecieras la pena.

-Ya sé que no me crees, pero te repito que nunca fui la amante de Leland... -empezó a decir.

-No, claro: tú dirías que fuiste su novia -se burló Angelos.

-No, yo...

-¡Theos! -exclamó Angelos fuera de sus casillas-. ¡Qué ciego he estado! Lo único que has estado haciendo desde el principio es intentar conseguir más de mí... y para seguir forzando las cosas, has decidido que lo mejor es darme celos con otro hombre...

-¡No! -casi gritó Maxie, incapaz de soportar la imagen que Angelos se estaba haciendo de ella.

-Si por un segundo has pensado que podrías obligarme a ofrecerte un anillo de compromiso a cambio de acostarme contigo es porque debes estar completamente loca.

-¿De verdad? -aquellas duras palabras la hicieron por fin reaccionar-. Pues es una lástima, porque eso es lo único que me haría cambiar de idea -declaró, dispuesta a utilizar cualquier arma a su alcance para hacerle daño. Atónito al comprobar que sus peores sospechas eran ciertas, Angelos se la quedó mirando sin saber qué decir.

-Si alguna vez me caso -declaró al fin con un hilo de voz-, mi esposa será una auténtica dama, educada y con una reputación intachable.

Maxie se encogió acobardada; ella misma le había dado la soga con la que se estaba ahorcando. Sin embargo, su orgullo la ayudó a enfrentarse de nuevo a él.

-Sin embargo, eso no te impedirá seguir teniendo amantes, ¿verdad?
-Por supuesto -replicó Angelos cortante-. Elegiré a mi esposa con la cabeza, no con mi líbido.
Maxie hizo un gesto de repugnancia ante semejante declaración. Le estaba costando mucho mantenerse en calma para poder enfrentarse a aquel formidable antagonista.
-Me parece que tu sitio está en el Museo de Ciencias, con los dinosaurios -se mofó.
-Lo único que te digo es que si ahora me marchó, no regresaré nunca más, ¿qué dices a eso?
-Que te marches ya de una vez -replicó Maxie al instante.
-¡Dios! Cómo me gustaría arrastrarte escaleras arriba hasta esa cama y demostrarte lo que te estás perdiendo...
Sorprendida, Maxie se lo quedó mirando sin saber qué decir. Se sentía como si estuviera ardiendo en un incendio provocado por ella misma.
-¡Sigue soñando! -le espetó por fin con todo el desprecio que fue capaz de reunir, aunque un temblor en su voz estuvo a punto de traicionarla.
Entonces se oyó el motor de un coche que se acercaba por el camino. Angelos hizo un gesto con la cabeza para despedirse, y se marchó.

6

Maxie pasó los siguientes cinco días como en un trance. Vinieron unos hombres con una grúa para llevarse el ferrari, y también le pidió a un constructor que revisara el tejado y le diera un presupuesto. Como ya se temía, había que retejarlo completamente, lo que, dado el estado de sus finanzas, por el momento le resultaba imposible.

Salió a cenar con Patrick Devison, e hizo lo que pudo para sentirse atraída por él. Se trataba de un hombre atractivo y simpático, y aunque consintió en que la besara, no sintió absolutamente nada. Cuando él le pidió otra cita, ella le rechazó con una excusa cualquiera. Para empeorar las cosas, era incapaz de dormir. Pasaba las noches imaginando que peleaba con Angelos... o que hacía el amor con él salvajemente, cuando no, y aquello era lo más humillante de todo, que se casaba con aquel griego odioso. Apenas se reconocía a sí misma.

Una tarde se sentó e hizo una lista de todos los defectos de Angelos. Llenó dos páginas, y acabó llorando, amargamente encima de ellas. Detestaba a aquella especie de Neanderthal, pero, por otra parte, su recuerdo la obsesionaba hasta tal punto que apenas podía comer o pensar en otra cosa. ¿Cómo se había dejado llevar hasta ese punto? Nunca hubiera creído que la simple atracción sexual pudiera ser tan devastadora. Se sentía furiosa consigo misma, y terriblemente avergonzada además.

El quinto día, a media mañana, oyó que un coche se acercaba por el sendero. Un porsche plateado aparcó ante su puerta y de él salió la mismísima Catriona Ferguson. Maxie se quedó pasmada, pues nunca antes había tenido el honor de recibir una visita de su jefa, quien, además, odiaba el campo.

-¡Maxie, querida! -exclamó en cuanto la tuvo delante-. ¡Tengo grandes noticias! ¡Vas a ser la sensación de la temporada!

-¿Tienes trabajo para mí? -preguntó la joven en el colmo de la sorpresa.

-Cariño, parece que estás otra vez en la cresta de la ola: pasado mañana habrá un desfile de Di Venci en Londres..., creo que es una gala benéfica o algo parecido... es la oportunidad que estábamos esperando para que debutaras en la pasarela.

-¿En la cresta de la ola has dicho? -Maxie no llegaba a entender a cuento de qué venía aquel repentino cambio de suerte.

-Las revistas de cotilleos están que arden -comentó Catriona divertida mientras consultaba su agenda electrónica-. ¿Acaso no las lees?

-No, no he comprado ninguna.

-Bueno, querida, ya sabes que me gusta ser discreta: tu vida privada es cosa tuya -a pesar de sus palabras, Catriona apenas podía reprimir su curiosidad-. Sin embargo, es tan emocionante lo que te ha pasado... ¡Si es nada menos que uno de los hombres más ricos del mundo!

-No tengo ni la menor idea de a qué te refieres...

-Pues al hombre que ha relanzado tu carrera de forma tan espectacular -replicó Catriona enarcando las cejas-. Aunque le velaron el carrete, el fotógrafo que os sorprendió ha contado por todas partes que os vio...

-Te refieres a Angelos...

-Te puedo jurar que me quedé pasmada cuando vino a verme un caballero que, según mis informes, está muy relacionado con ese tiburón de las finanzas griego -parloteó Catriona, cada vez más e entusiasmada-. Así que, sin dudarlo, le di tu dirección. Me dijo que Angelos Petronides nunca olvida un favor... ni tampoco un desaire, si vamos a eso.

-Yo... -Maxie se había puesto mortalmente pálida.

-No entiendo qué diantres haces vegetando en este lugar -continuó Catriona-. No sé qué le habrás dado, cariño, pero le tienes comiendo en tu mano; ¡Si hasta se rumorea que esta misma semana ha dejado a Natalie Cibaud! Y, aun teniendo en cuenta su pésima reputación -añadió pícaramente-, es un auténtico pez gordo, ¡un diamante de veinticuatro quilates!

-No hay nada entre nosotros -pudo por fin declarar Maxie. La cabeza le daba vueltas, incapaz de procesar toda aquella información.

-Aunque se haya terminado todo, será mejor que no se lo digas a nadie -le aconsejó Catriona procurando disimular su decepción-. Tu popularidad actual se la debes a él...

Maxie pensó que no dejaba de ser irónico. Angelos debía estar furioso, seguro que pensaba que era ella la que le había ido con el soplo a la prensa. Catriona echó un vistazo a su reloj.

-Escucha, ¿qué te parece si regresas conmigo a la ciudad? Te aconsejo que vuelvas a casa de esa amiga tuya. Todos los periodistas te están buscando como locos, y no nos conviene que te encuentren tan pronto. Tu aparición en la pasarela tiene que ser triunfal.

A pesar de que sabía a lo que se enfrentaba, Maxie decidió aceptar su oferta porque necesitaba el dinero... y no sólo para reparar el tejado, sino para devolverle el préstamo a Angelos. Aunque tenía muy claro que el dinero no iba a darle ninguna felicidad, sin él jamás conseguiría ser libre. Y lo que Maxie deseaba más que nada en el mundo era la posibilidad de tomar sus propias decisiones.

-¡Pero bueno! -exclamó Catriona al ver su expresión de derrota-. ¡Pero que le ha pasado a la famosa Reina de Hielo!

Mientras hacía el equipaje, Maxie se dijo que había sido Angelos el que había destruido para siempre aquella imagen al obligarla a enfrentarse a emociones que hasta entonces le eran desconocidas... dolorosas, mortificantes. Deseaba con más ahínco aún que Catriona volver a ser de hielo.

Maxie abandonó la pasarela entre clamorosos aplausos. Estaba deseando quitarse aquel aparatoso vestido que le apretaba por todas partes. Por fin había terminado todo. Se sentía tan aliviada que estaba a punto de echarse a temblar. Nunca en su vida lo había pasado peor.

Antes de que pudiera llegar a los camerinos se tropezó con Manny Di Venci, el diseñador, un hombre enorme, completamente calvo.

-¡Has estado maravillosa! No, no, no te cambies todavía, ven conmigo -le instó, llevándola a través de un oscuro pasillo-. Eres la mejor relaciones públicas que jamás he tenido, así que te mereces seguir así de guapa en la comida que te espera.

Seguramente, pensó, Catriona había planeado que pasara la velada con algunos VIPS a los que querría impresionar.

Salieron a un callejón donde esperaba un coche con la puerta abierta. Cuando se sentó, se dio cuenta de que se trataba de una lujosa limusina con los cristales ahumados. Vio que alguien había dejado en un rincón la bolsa con sus cosas.

Se sentía cada vez más incómoda con aquel traje de cóctel de un azul intenso. No llevaba nada debajo del corpiño ajustado de amplio escote, y la falda, además de estrecha, era excesivamente corta. No le apetecía mucho tratar con algún posible cliente con aquellas pintas, pero se consoló pensando que aquella situación no duraría siempre. En cuanto Angelos apareciera en público en compañía de otra mujer, ella pasaría al olvido automáticamente.

Cuando la limusina se detuvo, Maxie salió en lo que parecía ser un aparcamiento subterráneo. Horrorizada, empezó a pensar que la habían secuestrado, hasta que reconoció a lo lejos la voz de uno de los guardaespaldas de Angelos, lo que la hizo sentirse aún peor.

-¿Dónde estoy? -le preguntó al sirviente que la esperaba en uno de los ascensores.

-El señor Petronides la espera en el último piso, señorita Kendall.

-¡No sabía que la limusina la enviaba él! ¡Esto es insultante! -se dio cuenta de que sonaba bastante patética, así que se mordió el labio, procurando controlarse. Todo lo ocurrido era culpa suya, tenía qué haberle preguntado al chófer a dónde la llevaba.

Un guardaespaldas bloqueó la puerta hasta que llegaron al último piso. Maxie salió a una gran estancia octogonal. No se trataba del apartamento que ella conocía, lo que no hizo sino aumentar su aprensión. Al otro extremo de la habitación una puerta se abría a una especie de salón con amplios ventanales por donde entraba la luz a raudales; otra puerta comunicaba con lo que parecía ser un invernadero o un jardín.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Temerosa y expectante a la vez, se dirigió hacia el jardín en busca de un poco de aire fresco. Demasiado tarde se dio cuenta de que estaba en la azotea de un rascacielos; se quedó clavada ante la balaustrada, incapaz de moverse o de mirar hacia el suelo.

-¡Vaya! No me digas que también tienes vértigo... -dijo una voz a sus espaldas.

Maxie sintió que unas manos le asían con firmeza por los hombros y la ayudaban a retirarse de la balaustrada.

-No se me había ocurrido, pero podía haberte dejado en el borde hasta convencerte... Eso me pasa por querer ser un hombre honorable -dijo Angelos llevándola otra vez al interior del edificio.

-¿Qué demonios quieres decir con eso del honor? -preguntó Maxie en cuanto consiguió recuperarse del susto.

-Ten más respeto: para un griego eso es algo muy importante -le advirtió Angelos.

Maxie se lo quedó mirando sorprendida; él le devolvió una fría mirada, que no retiró hasta que a ella se le hizo insoportable. Le estaba dando a entender que no era nada para él, y que no le importaba siquiera si vivía o moría.

-Cada vez que nos vemos te encuentro más nerviosa -señaló Angelos cruelmente-. Y más pálida y delgada también. Aunque sigues siendo muy guapa, no sé cuánto tiempo más va a aguantar el estrés al que te sometes.

-A veces te comportas como un auténtico... -replicó Maxie mientras el color volvía a sus mejillas.

-Y lo más extraño de todo es que nunca antes me he portado así con ninguna mujer -la interrumpió Angelos sin el menor remordimiento.

Lo más humillante para Maxie es que le seguía pareciendo el hombre más atractivo que había visto nunca. No podía desviar la vista de su rostro, ni olvidar la suavidad de aquel cabello negro como el ébano. Para empeorar las cosas, llevaba un traje gris plateado, el color que mejor le sentaba, de un corte impecable que no hacía sino resaltar su imponente físico. De todo su cuerpo emanaba una energía casi visible, mientras que, para su desgracia, cada vez resultaba más evidente su propia debilidad.

-Tranquila. Esta vez quiero hacerte una proposición de lo más decente antes de que nos sentemos a comer -le confió Angelos pasándole un brazo por la espalda para llevarla hacia el comedor-. Confía en mí... Te vas a sentir como si te hubiera tocado la lotería.

-¿Por qué no me dejas en paz de una vez? -murmuró Maxie fijándose en una mesa exquisitamente dispuesta.

-Porque tú no me dejas. Con esa manera que tienes de mirarme... -Angelos se rió brevemente-Realmente me siento incapaz de tirar la toalla cuando me miras así.

-¿Y cómo te miro?

-Seguramente de la misma forma que yo a ti -replicó mientras descorchaba una botella de champán-: con deseo y resentimiento a la vez. Pero estoy a punto de eliminar lo segundo para siempre -dijo enigmáticamente mientras le tendía una copa-. Ese rumor insidioso según el cual Angelos Petronides es incapaz de comprometerse es una completa falsedad, y pienso demostrarlo. He estado pensando mucho tiempo y he encontrado una solución muy simple.

-No me digas que vas a... -se estremeció Maxie.

-¿Qué es el matrimonio al fin y al cabo? Un contrato legal, nada más -continuó frívolamente, aunque Maxie sintió que se le helaba la sangre en las venas-. Una vez establecido este principio he decidido hacer un trato contigo que nos convenga a los dos: si tú firmas un contrato prenupcial, yo me casaré contigo.

-Re... repite eso -tartamudeó Maxie alucinada.

Angelos parecía muy satisfecho consigo mismo.

-La condición principal es que no te aprovecharás del prestigio social que te daría convertirte en mi esposa. Viviríamos separados la mayor parte del tiempo. Cuando venga a Londres y te quiera a mi lado, te quedarás en este apartamento. Todo el edificio es mío. El único sitio donde compartiremos el mismo techo será en mi isla de Grecia. ¿Qué te parece?

A Maxie le temblaba tanto la mano que a punto estuvo de derramar el champán. ¿Acaso le estaba pidiendo que se casara con él? Y si así era, ¿a cuento de qué venía todo aquello de vivir en casas separadas y del prestigio social?

Angelos le quitó delicadamente la copa de la mano y la condujo hasta un sofá, sentándose acto seguido a su lado.

-Si lo que necesitas para sentirte segura y aceptar acostarte conmigo es un certificado de matrimonio, te lo daré -le dijo amablemente-. Pero como, evidentemente, nuestra relación no va a durar siempre, haremos una especie de contrato privado entre los dos.

Maxie cerró los ojos: nunca le había hecho tanto daño como en aquel momento. ¿Acaso su reputación era tan mala que ni siquiera quería que la vieran a su lado?

-Piénsalo bien antes de tomar una decisión -le advirtió Angelos al observar su evidente turbación-. Me parece un trato justo y realista...

-¡Es una burla! -explotó Maxie.

Y fue precisamente en aquel momento terrible cuando se dio cuenta de que, probablemente, estaba enamorada de Angelos. Nunca se había sentido peor que entonces, cuando por fin entendió cómo y por qué había conseguido aquel hombre tener semejante poder sobre ella. Aquella revelación acabó con su rebeldía.

-Sé razonable: ¿acaso crees que puedo presentar a mi familia a una esposa que ha sido la amante de Leland? -preguntó Angelos en el mismo tono que usaría para convencer a un niño tozudo-. Hay cosas que, sencillamente, no pueden hacerse. ¿Cómo van a respetarme si hago algo tan bajo? Ellos me consideran un ejemplo de conducta.

Maxie mantenía los ojos cerrados; en aquel momento entendió porqué muchas mujeres pierden la cabeza y son capaces de matar. Se sentía llena de dolor y de ira: le estaba ofreciendo un matrimonio del que nadie llegaría a saber nada porque su conducta había sido tan escandalosa que no merecía ser aceptada o comprendida por la exquisita familia Petronides.

-Me siento mal -murmuró al fin.

-No, nada de eso -la contradijo Angelos.

-Me... siento... muy mal .

-El lavabo está al otro lado del hall -dijo Angelos desaprobadoramente-. La verdad, no me esperaba esta reacción. Puedo entender que los detalles del trato no te hagan mucha gracia, pero, al fin y al cabo, te estoy ofreciendo un matrimonio legal.

-¿Ah, sí? -se limitó a decir Maxie sin darse la vuelta.

Se encerró por fin en el lavabo, donde un espejo enorme le devolvió una imagen de sí misma desconocida, pálida y desencajada como la heroína de una tragedia antigua. Se repitió una y mil veces que no amaba a aquel cerdo, que lo único que sentía por él era pura atracción animal.

Deseaba gritar, echarse a llorar, romper cosas, pero se limitó a pasear frenética de un lado para otro, dándole mil vueltas a la oferta de Angelos: Le había ofrecido todo un edificio, pero no quería vivir con ella; deseaba más que nada hacerle el amor, pero estaba dispuesto a presentarla en público. Amor y odio, las dos caras de una misma moneda.

¿Y aquella había sido su propuesta de matrimonio? Maxie se echó a reír amargamente. Angelos sólo quería utilizarla, continuaba considerándola una especie de muñeca que deseaba conseguir a cualquier precio... por alto que éste fuera.

Con un gesto de dolor, pensó en los dos hombres que, antes que Angelos, habían tenido una gran influencia en su vida: su padre y Leland. Por primera vez pensó en su padre sin sentimentalismos inútiles.

Russ se había jugado todo su dinero y después se había marchado, dejando que se enfrentara sola a sus deudas. Leland no sólo le había robado tres años de su vida, sino que, además, había destruido su reputación. ¿Cuántas veces se había repetido que no volvería a consentir que ningún hombre la utilizara?

Por primera vez le vino a la mente la idea de cambiar los papeles. ¿Qué pasaría si, para variar, fuera ella la manipuladora? ¿Acaso no le hacía falta un marido para heredar parte de la fortuna de su madrina? Hasta aquel momento, la idea de atrapar a algún incauto con tal fin le había parecido casi un crimen. Curiosamente, nunca se había sentido tan bien. Aquel cambio debía ser producto de la mala influencia de Angelos. No sólo la había humillado y turbado hasta extremos inimaginables, sino que se había propuesto, además, convertir el sagrado vínculo del matrimonio en una especie de broma cruel. Seguro que se había propuesto que el suyo durara apenas el tiempo necesario para cansarse de ella.

Pero, ¿qué pasaría si ella conseguía trocar aquella aparente humillación en un triunfo? Podría al fin liberarse de todo lo que había contribuido a arruinar su vida en los últimos años: de la deuda, de una profesión que detestaba y del mismísimo Angelos. Si reunía el valor suficiente, lo conseguiría: se

casaría con él para divorciarse seis meses más tarde. Se imaginaba a sí misma lanzándole un cheque a Angelos a la cara y diciéndole que no necesitaba para nada su dinero ahora que tenía el suyo propio. Volvió a mirarse en el espejo con una expresión de triunfo. No pensaba derramar ni una sola lágrima más.

Se quedó muy sorprendida al ver que Angelos la estaba esperando en el vestíbulo.

-¿Estás bien? -le preguntó, como si de verdad le importara.

-Estaba pensando en mis condiciones -replicó con una sonrisa desafiante-. Tengo que estar segura de que nuestro acuerdo me hará sentir realmente como si hubiera ganado el premio gordo -le dijo.

-Mis abogados se ocuparán de todos los detalles -dijo Angelos frunciendo el ceño-. ¿Por qué tienes que ser tan grosera?

¿Grosera? ¡Por Dios Santo! ¡Qué sensible se había vuelto de repente! Lo que no quería, evidentemente, era enfrentarse a los detalles más sórdidos del trato que él mismo le había propuesto. No cabía duda de que estaba dispuesto a ser más que generoso con ella, pero, como la mayor parte de los mortales, deseaba hacerse la ilusión de que le querían por sí mismo. Maxie decidió que ya utilizaría más adelante aquella sorprendente debilidad que acababa de descubrir.

Maxie abrió mucho los ojos, simulando asombro.

-Yo creía que te gustaba decir las cosas a las claras...

-Te he traído hasta aquí para celebrar un simple y sensato acuerdo entre los dos, no para empezar otra pelea -alzó una mano para retirarle con un delicado gesto el pelo de la cara, y poco a poco la bajó para detenerse en la línea de su escote. Maxie casi podía ver la intensidad de la lujuria con la que la miraba de arriba abajo, deteniéndose en sus estrechas caderas y aquellas increíbles piernas-. No... no tengo ninguna gana de pelear contigo -repitió roncamente.

-Si estás pensando en lo que yo creo para celebrar el trato, la respuesta es no -dijo Maxie con una gran sonrisa mientras se servía otra copa de champán-. No me iré a la cama contigo hasta la noche de bodas, ni un solo minuto antes. Y ahora, ¿qué tal si comemos?

-¿Comer?

-Ya que no podemos hacer otra cosa... -sugirió Maxie dulcemente.

-¡Dios! ¡Ven aquí! -gruñó Angelos atrayéndola hacia sí-. ¿Por qué te empeñas en volverme loco? ¿A qué viene ese afán de contradecirme continuamente? Así no se comportan las mujeres. ¿Por qué no puedes darme por una vez lo que te pido?

-Supongo que porque no me gustas -admitió Maxie.

-¿Qué significa eso? -Angelos estaba más perplejo que furioso-. ¿Acaso es lo que se le dice al hombre que acaba de pedirte en matrimonio?

-Precisamente, la semana pasada hice una lista de dos páginas enteras anotando las cosas que no me gustan de ti... No entiendo de qué te sorprendes. No tienes el menor interés en mí, lo único que deseas es mi cuerpo...

-Estás muy nerviosa, así que no haré caso de lo que me has dicho -la interrumpió Angelos procurando controlarse-. Vamos a comer.

-Una cosa más -dijo Maxie dulcemente mientras se sentaba a la mesa:- ¿Has pensando compartir tus favores entre Natalie Cibaud y yo?

-¿Acaso te has vuelto loca?

-Eso no es una respuesta.

Angelos apretó la servilleta con fuerza, mirándola con ojos brillantes.

-Por supuesto no pienso enredarme con ninguna otra mujer mientras esté contigo -concedió furioso.

-Muy bien. ¿Y para cuándo has planeado el feliz acontecimiento?

-¿Te refieres a la boda? Lo más pronto posible. Será muy íntima.

-Me parece tan bonito que no tengas ni la menor duda de que voy a decir que sí -comentó Maxie malévolamente.

-Te advierto que si lo que quieres es que te arrastre a la cama para cerrar esa boquita que tienes, vas por el buen camino -Maxie tragó saliva, intentando controlar sus ansias de atacarlo continuamente-. Me dijiste que lo único que te haría cambiar de idea sería una proposición de matrimonio. Ya te la he hecho, así que déjame tranquilo.

Maxie se esforzó por comer algo, pero no pudo. Intentó iniciar una conversación, pero era demasiado tarde, ya que Angelos estaba de un humor pésimo. Evidentemente, se había imaginado que todo lo que harían sería beber champán hasta el momento en que la llevara a la cama.

-¿Sabes que todos esos rumores sobre nosotros han contribuido a relanzar mi carrera? -le preguntó al fin.

-Hoy ha sido tu último día de éxito. No quiero que te exhibas medio desnuda en la pasarela, ni tampoco que trabajes -dijo Angelos sucintamente.

-Oh -replicó Maxie. Estaba deseando ponerse a gritar.

-Sé sensata: piensa que tienes que estar permanentemente disponible cuando yo te necesite...

-Como la esclava de una harén...

-Maxie.

-Escucha, me está entrando un dolor de cabeza terrible -Maxie apartó su plato y se levantó de repente-. Quiero volver a casa.

-Muy pronto, éste será tu hogar -le recordó secamente.

-No me gustan los cuadros, ni los suelos de mármol, ni estas enormes habitaciones casi vacías, con muebles tan feos... No quiero vivir con diez pisos vacíos por debajo de éste -exclamó Maxie a punto de echarse a llorar.

-Estás muy nerviosa...

-¿Como uno de tus purasangre quizá?

Reprimiendo un juramento, Angelos se levantó y se acercó a ella, rodeándola con sus brazos.

-Maxie, ¿por qué te comportas de repente como una niña caprichosa?

-¿Cómo te atreves...?

Por toda respuesta, Angelos empezó a besarla apasionadamente hasta que notó que ella se dejaba llevar y empezaba a temblar de puro deseo. Entonces, se separó y la miró largamente.

-Avisaré al chófer -dijo finalmente-. Te llamaré pronto. También se me han quitado a mí las ganas de comer.

Maxie sintió que la rechazaba, y de repente intuyó lo difícil que le iba a resultar seguir adelante con aquel funesto pacto. Pero no consintió que la debilidad la dominara: de una forma u otra lograría sobrevivir con el orgullo intacto. Aplacaría aquel insano deseo que sentía por él y continuaría adelante con su vida.

7

-Así que, aunque haya sido de forma tan poco convencional, Angelos te ha pedido que te cases con él -Liz suspiró satisfecha.

-Sólo cuando se dio cuenta de que era su última oportunidad.

-Por lo visto, muchos hombres reaccionan de la misma forma. Aunque ese Angelos ya tiene treinta y tres años, parece que piensa que puede pasarse toda la vida revoloteando de flor en flor, por así decirlo. Espero que aprendas algo de esta experiencia, y, si fueras un poco lista, podrías enseñarle un par de cosas...

-¿Por ejemplo?

-Este matrimonio será como vosotros queráis que sea.

-¿Es que no me has oído? -preguntó Maxie confusa-. No es un matrimonio de verdad, Liz.

-Lo que pasa es que estás muy enfadada con Angelos. No puedo creer que seas capaz de separarte en cuanto pasen los seis meses.

-Lo haré, Liz, te lo juro.

-Ahora sí que no pienso escucharte -dijo su amiga enfadada-. Y por lo que respecta a Angelos, está igual de equivocado que tú si piensas que puede vivir contigo, aunque sea sólo de vez en cuando, sin que la gente se entere.

-No, Liz: sabe muy bien lo que se hace. No espera que estemos juntos mucho tiempo.

Liz apretó los labios.

-Sólo quiero preguntarte una cosa: ¿por qué no le cuentas a Angelos la verdad de lo que pasó con Leland?

-¡Ni siquiera quiso escucharme cuando intenté hacerlo!

-Puedes obligarle a que te escuche, no creo que te dé tanto miedo.

-¿De verdad piensas que Angelos va a creerse que Leland se aprovechó de mí en todos los sentidos excepto precisamente en el que todo el mundo da por supuesto? -contraatacó Maxie, sorprendida por la actitud de su amiga.

-El que no le hayas dicho nada define muy bien tu relación con Angelos. Tengo la sensación de que, en el fondo, no quieres que sepa la verdad.

-¿Y por qué no, si puede saberse?

-Yo creo que tú estás convencida de que resultas mucho más deseable con esa reputación de chica mala que te has construido -le explicó Liz haciendo que se ruborizara-. Vas por ahí con esa actitud arrogante y esa ropa que te hace parecer una mujer de rompe y rasga, y la gente cree que realmente lo eres...

-Liz, por favor...

-Déjame terminar -insistió su amiga-: sé muy bien que ésa es la forma que tienes de enfrentarte a los que te han hecho daño; te escondes en una especie de armadura, fingiendo ser lo que no eres en absoluto. Así que dime, ¿acaso es extraño que Angelos no sepa cómo eres en realidad? ¡Pero si nunca lo ha visto!

Maxie se revolvió incómoda en su asiento. A él la Maxie Kendall real, que ni siquiera sabía leer y escribir correctamente, le resultaría mortalmente aburrida. Y para qué hablar de lo que pensaría un hombre tan experimentado como él de una chica tan sosa e ingenua como ella, que ni siquiera se había acostado nunca con nadie.

Liz empezó a preocuparse al verla tan callada.

-Escucha, eres lo más parecido a una hermana que tengo en la vida. Sólo quiero que seas feliz, y me temo que si sigues manteniendo esta actitud con Angelos, vas a acabar haciéndote mucho daño a ti misma.

Con los ojos llenos de lágrimas, Maxie abrazó muy fuerte a su amiga. Se reprochó haber sido tan franca y preocuparla de aquel modo. De ahí en adelante, se propuso avergonzada, se guardaría sus pensamientos para sí misma.

Angelos la llamó aquella tarde, y habló con ella en el mismo tono que utilizaría con alguno de sus empleados. Le comunicó que su abogado iría a verla con el contrato prenupcial y que la boda se celebraría la semana siguiente en el norte de Inglaterra.

-¿Tan pronto?

-Sí, voy a solicitar un permiso especial.

-¿Y por qué tenemos que ir tan lejos?

-Si nos casamos aquí, llamaríamos la atención.

Maxie se mordió el labio con angustia. Evidentemente, Angelos iba a usar su inteligencia y riqueza unidas para conseguir el mayor secreto posible.

-¿Iremos juntos?

-No, por separado. Ya nos encontraremos allí.

-Oh... -por lo visto.. se había ocupado hasta del más mínimo detalle.

- Me temo que no podremos vernos hasta ese mismo día.
- ¿Y por qué no? -deseó haberse mordido la lengua antes de formular aquella pregunta.
- Por supuesto, después de la boda me tomaré algunos días libres -le explicó Angelos fríamente-, pero para eso tengo que dejar algunos asuntos resueltos. Me voy a Japón esta misma tarde, y después pasaré en Indonesia el resto de la semana.
- Vas a estar agotado.
- Tranquila, sobreviviré. Mientras tanto, te sugiero que canceles tu contrato con la agencia.
- Estaba a punto de firmar uno nuevo -confesó Maxie.
- Muy bien, entonces sólo tienes que decirles que has cambiado de idea.

Maxie todavía no se había recuperado de la tensa reunión que acababa de mantener con Catriona Ferguson cuando recibió la visita del abogado de Angelos.

La joven le pidió que le leyera el documento en voz alta, para enterarse bien de todas las cláusulas. Si hubiera sido una mujer tan ambiciosa como Angelos creía que era, se habría quedado extasiada: a cambio de su discreción, el millonario le ofrecía una cuantiosa asignación mensual, además de pagarle todos los gastos; cuando el matrimonio acabara, recibiría una cuantiosa suma.

Sólo cuando terminó se dio cuenta de que se había clavado las uñas con tanta fuerza que casi se había hecho daño. Sólo se decidió a firmar al pensar que al cabo de seis meses, toda aquella amargura habría terminado por fin y le podría tirar a la cara a Angelos aquel documento.

La iglesia estaba en la cima de una colina de Yorkshire. Como era un día laborable, el pueblo estaba muy tranquilo.

Maxie consultó su reloj por enésima vez. Angelos ya se retrasaba más de diez minutos. El sacerdote y su esposa esperaban a su lado, sin saber muy bien qué decir. No era posible que la hubiera dejado plantada, se repetía una y otra vez, no tenía sentido.

Aquella mañana Angelos la había enviado un coche que la condujo hasta el pueblo. Y recordó que en los días anteriores a la boda la había telefoneado un par de veces... aunque, se dijo con amargura, hubiera sido mejor que no lo hiciera. Toda posible naturalidad se había desvanecido como por ensalmo al darse cuenta de la excitación que le producía el simple hecho de oír su voz.

«Hoy voy a casarme. Éste es el día de mi boda», se repetía incrédula. No podía apartar a aquel hombre de sus pensamientos en ningún momento; en cuanto se quedaba dormida, su imagen venía a turbar sus sueños.

Como en el fondo sabía que aquella boda no era más que una farsa, se había puesto su vestido rojo: un traje atrevido para una mujer atrevida, se había dicho a sí misma. Seguramente Angelos pensaría que era una buena elección.

Poco después, se puso tensa al oír un coche. A los pocos segundos apareció un flamante Mercedes en el que iba Angelos, seguido de otro coche. Se había puesto para la ocasión un traje azul marino, con una camisa blanca de seda y una corbata a juego. Se detuvo un instante para esperar a su abogado, quien se apeó del otro coche. ¡Como si tuviera todo el tiempo del mundo!, pensó Maxie, enfurecida ante semejante descortesía.

Por fin, Angelos subió los escalones calmadamente hasta llegar a su lado.

-¿Dónde demonios has estado? -le reprochó- ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

Angelos pareció encontrar muy divertida semejante pregunta.

-Tuvimos que esperar media hora en el aeropuerto antes de aterrizar... no pude hacer nada para arreglarlo, te lo aseguro.

-Ah, bueno -Maxie sintió que le ardían las mejillas.

-Gracias por ponerte mi vestido favorito. Estás espectacular -le murmuró roncamente antes de acercarse a estrechar la mano del sacerdote.

Cuando comenzó al fin la ceremonia, Maxie miró desolada sus manos vacías. Ni siquiera tenía un ramo de flores, y su vestido le parecía más inadecuado que nunca, por contraste con la sencillez y el recogimiento de aquella antigua iglesia. Antes de que pudiera evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas, que luchó por reprimir con todas sus fuerzas. Angelos le puso un anillo en el dedo y todo terminó. Cuando el novio se agachó para besarla, ella hizo un rápido movimiento para presentarle la mejilla.

-¿Qué es lo que te pasa? -le preguntó enfadado cuando bajaban los escalones-. ¿A cuento de qué vienen esas lágrimas?

-Me siento muy culpable... hemos hecho unas promesas que no pensamos mantener...

Se sentó en el Mercedes que, por lo visto, iba a conducir Angelos personalmente. El silencio entre ellos iba espesándose por segundos.

-Dime si hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de que muestres un poco de alegría nupcial -dijo Angelos al fin sardónicamente.

-No me siento como una novia -repuso Maxie-. Creí que eso te gustaría.

Angelos se desvió por un camino secundario y detuvo el coche. Maxie se quitó el cinturón de seguridad, y antes de que pudiera preguntarle para qué se habían parado, Angelos se volvió hacia ella y la besó en los labios con toda su alma. Al principio, ella intentó resistirse, pero pronto sintió que le arrasaba la misma pasión arrolladora.

La cabeza empezó a darle vueltas, los latidos de su corazón se hicieron cada vez más ensordecedores e, inconscientemente, le rodeó el cuello con sus brazos. Cuando Angelos introdujo la lengua en su boca, casi gimió de puro placer, y entonces, tan bruscamente como se había abalanzado sobre ella, él se desasió de su abrazo.

-Ahora no tenemos tiempo para esto. No quiero que tengan que esperarnos en el aeropuerto.

Maxie agachó la cabeza avergonzada, pero cuando Angelos se acomodó en su asiento y puso el coche en marcha, se dio cuenta de que estaba visiblemente excitado. Ruborizándose, desvió la mirada: sólo entonces empezó a preocuparse por las imprevisibles consecuencias de su inexperiencia.

Para ser un hombre de apariencia tan sofisticada y controlada, Angelos parecía haber estado a punto de perder el control. Si se había puesto así sólo por un beso, ¿cómo reaccionaría aquella noche?

Sin dudar, saldría a la luz su temperamento griego, fiero y viril, dispuesto a saciar su pasión por ella de una vez por todas. Probablemente, como sospechaba que ella había tenido numerosos amantes, no se entretendría mucho en los preliminares... quizá hasta esperaba que a ella la consumiera la misma impaciencia.

Por Dios Santo, se dijo exasperada: Angelos no era ningún adolescente. Lo más probable es que fuera un amante consumado y delicado y que nunca se enterara de que ella era virgen. Recordaba haber leído en una revista que la mayor parte de los hombres eran incapaces de advertir la diferencia. Avergonzada de sí misma, decidió que lo mejor sería concentrarse en el paisaje. Notaba que, a medida que declinaba la tensión de aquel día, se iba sintiendo cada vez más cansada.

-¿Estás bien? -le preguntó Angelos preocupado por su palidez cuando llegaron al aeropuerto.

-Sólo un poco cansada -replicó evasivamente. Subieron a su avión privado que les conduciría directamente a Grecia. Nada más despegar les sirvieron un exquisito almuerzo del que ella apenas probó bocado. De repente, advirtió que todavía llevaba puesto el anillo de boda.

Y sin embargo, no quería pensar en Angelos como en su marido, pues era plenamente consciente de que él no la consideraba en absoluto su esposa. Con una mueca, se quitó la joya del dedo y la colocó en la mesa, frente a Angelos.

-Toma, te lo devuelvo -le dijo descuidadamente.

Angelos la miró como si lo hubiera abofeteado.

-No hay duda de que eres una mujer muy hermosa -empezó a decir lleno de ira-, pero a veces me dan ganas de ahogarte. ¿Por qué te quitas el anillo ahora que estamos solos?

-Porque no me siento cómoda con él puesto -replicó, y sin darle más explicaciones, reclinó el asiento y cerró los ojos. Por mucho que le ofendiera, no pensaba llevar un anillo que sabía que tendría que quitarse muy pronto. Y con aquel convencimiento se quedó dormida.

Angelos la despertó poco después de que el avión aterrizara en Atenas.

-No se puede decir que seas una compañera muy animada -bufó.

-Lo siento, estaba completamente agotada.

-Sí, ya me he dado cuenta...

Se trasladaron a un helicóptero que les llevaría hasta la isla. Cuando el aparato empezó a elevarse, Maxie tuvo que reprimir un grito de miedo. Se quedó mirando fijamente la nuca del piloto, dispuesta a no dejar traslucir el pánico que sentía.

-Ya casi hemos llegado -anunció por fin Angelos-. Quiero que veas la isla mientras nos acercamos a la bahía -le indicó, mientras el helicóptero viraba peligrosamente.

Pero todo lo que ella pudo hacer fue cerrar los ojos con fuerza y rezar entre dientes.

-Había olvidado que tienes mucho vértigo -se disculpó cuando por fin aterrizaron-. Siempre vengo a Chymos en helicóptero, así que dentro de poco te acostumbrarás -Maxie lo miró espantada ante la perspectiva de pasar otra vez por un trago semejante-. Lo que a ti te hace falta es un poco de práctica -continuó Angelos convencido-. Como tengo carné de piloto, te sacaré todos los días a dar una vuelta en el helicóptero para que superes esa fobia.

Petrificada al oír semejante amenaza, Maxie lo miró atónita.

-¿Acaso crees que tu misión en la vida es torturarme de ese modo?

Angelos pareció considerar por un momento aquella pregunta; sus labios se curvaron en una sensual sonrisa mientras la miraba con toda intención.

-No, *pethi mou*, sólo quiero matarte de placer, en mi cama...

8

Poco a poco, Maxie fue recuperando el color. Ya se podía ver la villa, reluciente en lo alto de una colina. A sus pies se extendía una preciosa playa de arena fina y desde la misma se divisaba una serie de impresionantes acantilados que caían sobre un un mar del azul más brillante.

-Nací en Chymos -le explicó Angelos-. Cuando era pequeño siempre pasaba aquí las vacaciones. Aunque soy hijo único, nunca me sentí solo porque tengo multitud de primos. Desde que murió mi padre, vengo a la isla cuando quiero retirarme del mundo. Tienes mucha suerte, *pethi mou* -le dijo mientras la guiaba al interior de la villa-, nunca hasta ahora había venido con ninguna mujer.

El vestíbulo daba paso a un confortable salón. Todas las paredes estaban cubiertas de fotos, y estanterías con libros; había varios sofás de cómodo aspecto y cálidas alfombras cubrían el suelo.

-¡No se parece en nada a tu apartamento! -exclamó Maxie agradablemente sorprendida.

-La casa de Londres la decoró una de mis primas.

La explicó lo que quería, pero la verdad es que no la vigilé mucho mientras trabajaba -Angelos la abrazó por la espalda-. Estamos solos, he dado vacaciones al servicio.

Maxie se puso tensa. Angelos la besó tan delicadamente justo al lado de la oreja que se sintió desfallecer; él rió brevemente, y levantándola en vilo como si pesara menos que una pluma, la llevó a través de un largo pasillo.

-Angelos -murmuró Maxie nerviosa. Era su última oportunidad-, ya sé que crees que me acosté con...

-No quiero saber nada de los hombres que me han precedido -la interrumpió categórico-. ¿Por qué os empeñaréis las mujeres en hacer semejantes confesiones en los momentos más inoportunos?

Aquellas palabras la redujeron a un hosco silencio hasta que llegaron a un hermoso dormitorio. Inmediatamente Maxie se quedó mirando la cama.

Como si no pudiera soportar permanecer un segundo separado de ella, Angelos la abrazó de nuevo y, muy poco a poco, empezó a bajarle la cremallera del vestido. Un soplo de aire frío le recorrió la espalda desnuda mientras él se agachaba a besarla.

-De hecho -empezó Maxie de nuevo-, lo único que quería decirte es que no tengo mucha experiencia...

-¡Theos! -Angelos se apartó como si le hubiera picado una serpiente. Se quedó frente a ella, mirándola tan amenazadoramente que sintió que se le helaba la sangre en las venas.

-¿Pero, qué pasa...?

-¿Por qué me haces esto? -preguntó Angelos furioso mientras se quitaba la corbata-. ¿A qué vienen tus estúpidas mentiras? ¿Acaso pensabas que iba a creerte?

Maxie se sentía como una tonta, allí en medio de la alfombra, despeinada y con el vestido desabrochado. Si aquella era su reacción al enterarse de que no era una mujer muy sofisticada, ¿qué habría hecho si llegaba a decirle que, en realidad, su experiencia era nula? Por nada del mundo quería acostarse con un hombre que parecía tan enfadado.

-Y seguro que ahora empiezas a contarme una serie de mentiras acerca de Leland... ¡Ni se te ocurra! -le advirtió Angelos-. No tengo la menor gana de saber los detalles de tu vida amorosa. Te acepto tal y como eres... a fin de cuentas, eso es lo único que puedo hacer -Maxie empezó a subirse el vestido tímidamente-. ¿Y por qué te quedas ahí plantada como una niña a la que acaban de castigar?

-Es que te veo muy alterado... -empezó a decir Maxie.

-Frustrado querrás decir. No has hecho más que rechazarme desde que me casé contigo -la corrigió Angelos impaciente.

-Y tú no has pensado en otra cosa que en acostarte conmigo -replicó Maxie sin sentir el menor remordimiento. ¿Cómo se atrevía a decirle que parecía una niña? Orgullosamente, dejó caer el vestido a sus pies.

Angelos se la quedó mirando como hipnotizado. Maxie exhibía ante él su espectacular silueta; sólo llevaba unas minúsculas braguitas blancas y un sujetador de encaje del mismo color. Ante aquella visión se quedó sin habla. Como si estuviera desfilando en la pasarela, se dirigió perezosamente hacia la cama y se tendió en ella.

-¿A qué estás esperando? ¿A que saque una bandera blanca? -preguntó provocadoramente.

-Esperaba algo menos preparado, más cálido -admitió Angelos tumbándose en el otro lado de la cama, devorándola con la mirada-. No tienes ni idea de cómo me siento, ¿verdad?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Maxie, repentinamente incómoda.

-Vas a entenderlo enseguida -se limitó a responder Angelos mientras se desabotonaba la camisa.

-¿Es una amenaza acaso? -preguntó Maxie con la respiración entrecortada.

-¿Es miedo o deseo eso que oigo? -con una carcajada cargada de sensualidad, Angelos se despojó de la camisa y se quedó mirándola-. Sólo por ver la expresión de tu cara, merecía la pena todo esto.

Maxie escondió la cabeza, roja de vergüenza. Angelos se levantó de nuevo, mucho más tranquilo después de conseguir recuperar el control de la situación.

-Y acerca de eso que has dicho, ¿qué pasa? ¿acaso no conoces a los hombres? Llevo semanas sin acostarme con nadie. Te deseo desde hace mucho tiempo, y no estoy acostumbrado a esperar y a pelear por nadie. Cuando se tiene todo, como es mi caso, lo que cuesta ganar adquiere una importancia tremenda...

-Y supongo que cuando por fin lo consigues, pierde todo su interés -intervino Maxie irónicamente.

-Eso lo dices tú -replicó Angelos enarcando las cejas, como si no hubiera estado hablando en ningún momento de ellos dos-. Eso lo decide sólo el tiempo. Yo siempre vivo en el presente, y eso mismo deberías hacer tú, *pethi mou*.

Acabó de desvestirse rápidamente. Maxie le contempló fascinada; aunque desde la noche del accidente la imagen de su cuerpo desnudo se había grabado a fuego en su mente, se estremeció de pies a cabeza al comprobar nuevamente la fascinación que ejercía sobre ella. No había visto nunca a un hombre tan hermoso, volvió a decirse mientras reparaba en sus anchos hombros, las esbeltas caderas y poderosos muslos.

-Has estado tan callada desde la boda... y ahora, de repente, te echas sobre mi cama como una hermosa estatua de piedra... Casi estoy por pensar que, por ridículo que parezca, me tienes miedo.

Maxie soltó una áspera carcajada. Le asombraba que se mostrara desnudo con tanta tranquilidad.

Angelos se tumbó a su lado y empezó a acariciarle lentamente el pelo; le asió por los hombros obligándola a mirarlo de frente.

-Ya es hora de que me cobre mi recompensa -susurró-. Ahora nada puede impedírmelo.

-Angelos... -sintió que se ahogaba en aquellos ojos que parecían hechos de oro líquido.

Pero él empezó a acariciar la comisura de sus labios con la punta de la lengua.

-Estás helada, pero yo te derretiré -dijo roncamente mientras le desabrochaba el sujetador con manos expertas.

Maxie sentía todo su cuerpo preso de una deliciosa tensión. Cerró los ojos, dejándose llevar. Cada beso que él le daba aumentaba aquel dulce tormento.

Angelos se colocó sobre ella, acariciándole suavemente el seno. Sonrió al ver que ella se arqueaba, incapaz de soportar aquella tortura.

-Me encanta que te guste -musitó Angelos-. Me encanta ver cómo pierdes el control.

-¡No me gusta...! -protestó Maxie débilmente.

-Te gustará -le interrumpió Angelos, y agachando la cabeza empezó a lamerle un pezón, provocando que la recorriera una oleada de placer aún más intenso.

-No... -apenas gimió.

-No te resistas -Angelos continuó acariciándola sabiamente.

Estaba a punto de perder el control de su cuerpo, pero ya no la importaba. Lo único que deseaba es que él no dejara de acariciarla. Se sentía como intoxicada por una droga poderosa.

Sin quererlo, casi sin darse cuenta, lo llamó por su nombre desde el fondo de sus entrañas.

Angelos entonces la besó interminablemente, y cuando por fin se detuvo, se la quedó mirando como si quisiera descifrar sus más íntimos pensamientos.

-¿Angelos...? -alzó una mano temblorosa para acariciar la línea de sus labios, pero él torció la cabeza. Desolada, Maxie retiró la mano sin saber muy bien qué hacer.

-No hacías más que mirarme -le reprochó Angelos-, pero en cuanto yo te devolvía la mirada, siempre hacías como si no me hubieras visto... excepto aquella vez, hace siete meses. Entonces supe que algún día serías completamente mía.

Maxie desvió la mirada asombrada. Le parecía terrible que él hubiera descubierto en su interior aquel ansia, cuando ni siquiera ella misma era capaz de admitirla.

-Esperé a que tú hicieras algún movimiento -continuó Angelos-, pero tú continuabas con Leland. Empecé a preguntarme si no serías completamente tonta.

-Pero si yo no... -empezó a protestar.

-¡Oh, sí! Ahora entiendo por qué te quedaste con él. Le debías demasiado dinero. Debió ser entonces cuando decidiste ponerte en venta... cuando pienso en eso me dan ganas de romper cosas. Aprendiste tan bien la lección que no paraste hasta conseguir de mí el precio más alto por tus favores.

-¿Cómo te atreves...?

-¿Acaso este matrimonio no es lo que he tenido que pagar para conseguirte?

-Eres... un... cerdo -bisbiseó Maxie, sintiendo que se ahogaba al escuchar aquella ponzoñosa acusación.

-Te dejaré a un lado en cuanto empieces a resultar peligrosa -le juró Angelos.

-¡Empieza por dejarme salir de esta cama! -le rogó Maxie.

-Ni lo pienses. He pagado un precio muy alto por este placer.

-¡No!

-Sabes muy bien que eres incapaz de resistirte -murmuró Angelos acercando su boca a la de ella-. Te conviertes en cera entre mis manos en cuanto estoy cerca. Ese es mi único consuelo por comportarme como un imbécil con una mujer como tú.

-¡Cómo te atreves!

Pero por toda respuesta Angelos se limitó a poner una mano entre sus muslos mientras la besaba de nuevo. Aquello fue suficiente para que Maxie sintiera que se deshacía, mientras él agotaba sobre su piel todo su extenso repertorio de caricias. Una tras otra fueron cayendo todas las defensas que tan cuidadosamente había levantado para protegerse.

No pudo reprimir un gemido cuando él empezó a acariciarla en la parte más íntima de su cuerpo, a punto casi de suplicarle que acabara de una vez con aquella insoportable espera. Angelos aún se hizo de rogar un poco más, acariciándola y besándola, satisfecho sin duda al comprobar el inmenso poder que ejercía sobre ella.

Cuando por fin él se colocó encima de ella, empezó a temblar, tan excitada que por un momento pensó que estaba a punto de desmayarse. Por eso no estaba preparada en absoluto para sentir aquel intenso dolor, mezclado con un placer desconocido para ella. Sin poderlo evitar, profirió un grito y le empujó para que se apartara de ella, aunque para entonces Angelos ya se había detenido y la contemplaba incrédulo.

-¿Por qué me miras de esa forma? -susurró, avergonzada de que su cuerpo hubiera podido traicionarla hasta ese extremo.

-¡Cristo! ¡Eres... virgen! -logró articular al fin Angelos, pálido y sudoroso. Maxie deseó que la tierra se la tragara-. ¡Realmente te he hecho daño! -Angelos se hizo a un lado sin dejar de mirarla con la misma expresión asombrada-. ¿Estás bien?

Sin decir palabra, Maxie se levantó de la cama y huyó al cuarto de baño. ¡Santo Cielo! Angelos debía sentirse realmente asqueado.

-¡Maxie! Tenemos que hablar de esto inmediatamente -gruñó.

Maxie cerró la puerta de golpe. Allí acababa su carrera de mujer fatal, pensó, completamente humillada. No se sentía con fuerzas para soportar sus preguntas. Con los ojos llenos de lágrimas, recordó las terribles palabras que él le dijera antes de hacer el amor.

-¿Maxie? -Angelos dio unos golpes en la puerta-. ¡Sal ahora mismo!

-¡Vete al infierno! -exclamó, rezando para que el agua que caía en la bañera disimulara el temblor de su voz.

-¿Estás bien?

-¡Por Dios Santo, Angelos! Sólo estoy dándome un baño, no voy a ahogarme... aunque con esa técnica tuya tan estupenda entiendo que te preocupes...

Antes de acabar de decir aquellas terribles palabras, Maxie lamentó haberlo hecho. Sabía que él no había pretendido hacerle daño, que no tenía la menor culpa de lo ocurrido, y decirle semejante cosa sólo en venganza, por que se sentía humillada y avergonzada, no había sido nada justo. Se produjo un opresivo silencio.

Cuando ya estaba en la bañera, empezó a pensar que era una tontería molestarse por lo que Angelos le había dicho. Ahora que ya sabía que le había dicho la verdad respecto a su relación con Leland, seguramente la miraría con otros ojos... a no ser que estuviera horrorizado precisamente por su inocencia.

Recordó aquella ocasión que Angelos había mencionado, siete meses atrás, cuando sus miradas se cruzaron en la sala de reuniones. Desde entonces él había estado esperando que dejara a Leland; de hecho, ni siquiera podía soportar hablar de él, lo que demostraba que aquella antigua relación con su ex-cuñado le importaba mucho más de lo que había querido aparentar durante su primera visita a casa de Liz. Los hombres eran seres extraños, se dijo, y ninguno lo era tanto como Angelos.

Tardó mucho en salir de la bañera; cuando lo hizo, se puso una larga bata de seda y volvió al dormitorio que, para su sorpresa, estaba vacío. Se tumbó en la cama, aunque estaba demasiado tensa como para conciliar el sueño, esperando que Angelos regresara. Seguramente, pensó aprensivamente, estaría furioso después de lo ocurrido.

Yació largo rato, atormentada por los remordimientos: no había sido justa con él, se repetía una y otra vez, Liz tenía toda la razón. Se había pasado de lista aparentando ser lo que no era. No dejaba de preguntarse por qué aquel hombre tenía sobre ella una influencia que ningún otro había tenido jamás.

De repente, se abrió la puerta y Angelos apareció en el umbral. Estaba descalzo y despeinado, y la miraba apretando la mandíbula con una expresión feroz que no le había visto antes. Llevaba unos vaqueros de color negro y una holgada camisa blanca desabrochada.

-¡Ahora lo sé todo -murmuró arrastrando las palabras-. Por desgracia, estoy demasiado borracho como para pilotar el helicóptero.

Maxie se incorporó en la cama, a la defensiva. Angelos había bebido demasiado, y eso le daba un aire desvalido que le llegó al corazón. Se levantó de un salto, asiéndole por el brazo.

-Ven, tumbate -le rogó.

-¡No en esa cama! -replicó con súbita furia-. Ahora mismo la quemaría.

Maxie se dio cuenta de que su despectivo comentario acerca de sus dotes como amante le había dolido en lo más hondo. ¿Acaso era esa la razón por la que se había emborrachado?», se preguntó mientras tiraba de él.

-¡Acuéstate! -le gritó desesperada por su obstinada resistencia.

Por increíble que pudiera parecer, Angelos la obedeció de inmediato, como si le hubiera puesto una pistola en el pecho. Tenía un aspecto lamentable, parecía el ejemplo viviente de que, como rezaba el viejo proverbio, las mujeres eran el auténtico sexo fuerte. Se había derrumbado por completo al fracasar en un terreno en el que se enorgullecía ser un consumado maestro.

Maxie se tendió a su lado, dispuesta a confortarlo.

-Lo estabas haciendo muy bien justo hasta ese momento -lo consoló-. No pensaba en serio eso que te dije. No debes culparte...

-¡El culpable es Leland! -la interrumpió Angelos.

-¿Le... Leland? -repitió Maxie más confundida que nunca. Angelos soltó una parrafada en griego-. En inglés, por favor...

-¡Es una babosa! -estalló, mientras sacaba del bolsillo del pantalón una hoja de fax.

Maxie se la quitó de las manos, extendiéndola cuidadosamente. Forzando la vista, reconoció su propia firma al pie de aquel documento, aunque la luz era tan escasa, por no hablar de su nerviosismo, que fue incapaz de descifrarlo.

-Leland se aprovechó de tu estupidez...

-¿Cómo dices? -preguntó Maxie con los ojos como platos.

-Sólo una persona realmente ignorante en cuestiones financieras podría haber firmado un documento como ése... y ni siquiera el peor de los usureros habría fijado unas condiciones para el préstamo tan draconianas como las que te impuso ese bastardo.

Por fin Maxie entendió que Angelos se había hecho con una copia del contrato que había firmado tres años antes.

-¿Cómo lo has conseguido?

-Eso no importa -respondió evasivamente.

-¿Y por qué piensas que soy tan estúpida?

-Si tuvieras que cumplir las condiciones que se mencionan en ese documento, tendrías que estar pagándole otros diez años -le explicó, entrando de lleno en cuestiones técnicas sobre tasas de interés y plazos de vencimiento.

No podía explicarle que se había dejado atrapar porque había sido demasiado orgullosa como para pedirle a alguien que le leyera la letra pequeña y le explicara los términos legales del documento.

-Sólo tenías diecinueve años -concluyó Angelos-, lo firmaste justo un día antes de irte a vivir con Leland. Es evidente que ese cerdo te chantajeó.

-No... yo acepté. Nunca me pidió que me acostara con él ni nada parecido, lo único que quería era exhibirse en público conmigo. No sabía en el lío en que me estaba metiendo hasta que fue demasiado tarde -le explicó Maxie estrujando el fax en el puño.

-Lo único que quería Leland era devolverle el golpe a Jennifer.

Sorprendida de que él supiera aquella sórdida historia, Maxie decidió mostrarse franca con él.

-Mi padre es un adicto al juego, Angelos. Se metió en un serio problema con unos tipos muy peligrosos a los que no podía devolver el dinero que les debía. Yo casi no conocía a Leland, pero acudí a pedirle consejo. Fue entonces cuando me dijo que él me prestaría el dinero si me iba a vivir con él.

-Como un cordero al que llevan al matadero, ¿eh? -gruñó Angelos-. ¿Has dicho adicto al juego?

-Si pudiera, mi padre vendería hasta esta misma cama en la que estamos sin que nos diéramos cuenta.

-¿Y dónde está ahora esa joya de hombre?

-No tengo ni la menor idea. Nos separamos cuando acepté el préstamo de Leland para pagar sus deudas. Creo que se siente avergonzado por eso.

-¿Así que tu maravilloso padre consintió en que te fueras a vivir con Leland para saldar sus deudas de juego? -era evidente que le costaba creer lo que oía.

-Era una cuestión de vida o muerte, Angelos, de verdad -se defendió Maxie-. Ya le habían dado una paliza tremenda, y tenía miedo de que lo mataran. Leland se ofreció a darme el dinero, y eso salvó su vida.

-No se merecía que hicieras semejante sacrificio por él...

-¡No te atrevas a meterte con mi padre! -Maxie estaba indignada-. ¡Me sacó adelante él solo!

-Sí claro, imagino que muy pronto te enseñó el camino a la casa de empeños. Tienes que haber tenido una infancia de pesadilla...

-El hacía lo que podía. No todos hemos tenido la suerte de nacer de pie, como tú, ¿sabes? Tú eres rico y egoísta, y mi padre pobre y también egoísta, pero, por desgracia para él, tenía la cabeza llena de grandes esperanzas.

-¡Y yo también, te lo aseguro! -replicó Angelos amargamente-. Lo único en lo que no me equivoqué fue en pensar que tú me necesitabas, porque todo lo demás que esperaba de ti... Esta noche he recibido mi merecido.

Aquellas palabras hicieron que se le helara la sangre en las venas. Quiso decirle que nunca le había necesitado, pero, a punto de estallar en lágrimas, no logró articular las palabras. ¿Una fantasía? ¿Sólo había sido eso para él? Aquello era incluso mucho peor que ser utilizada y exhibida como un simple objeto.

-La verdad -continuó Angelos cada vez más deprimido-, es que cuantas más cosas sé de ti, peor me siento. Y aborrezco sentirme culpable, no lo puedo soportar. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

-Por el sexo supongo -contestó Maxie abatida. Angelos se estremeció de pies a cabeza-. ¿Acaso eso te parece tan mal? -preguntó sorprendida.

-Peor que mal, me siento como un violador.

-No seas tonto. Ha sido una cuestión de mala suerte -le consoló Maxie al borde del llanto.

-Deberías estar furiosa conmigo...

-No merece la pena... estás demasiado borracho. Casi te diría que me gustas más así que sobrio, eres mucho más humano...

-¡*Christos!* ¿Te gusta poner el dedo en la llaga, eh? -mortalmente pálido, Angelos se recostó sobre la almohada-. Por lo menos ahora sé que tu opinión sobre mí no puede ser peor... -murmuró incoherentemente.

-Duerme -le urgió Maxie.

-Y cuando uno está en el fondo del pozo, sólo cabe ir mejorando, ¿verdad? -preguntó esperanzado.

Lo único bueno de todo aquello, pensó Maxie, era que, por lo menos, parecía haberse olvidado de pilotar el helicóptero. Sabía que tendría que odiarlo por haberle roto el corazón con aquella insultante sinceridad, pero, y pesar de la lista de defectos que aún conservaba, lo cierto es que lo amaba, y que lo único que deseaba era abrazarlo y consolarle.

Pensó que había tardado tanto tiempo en reconocer cuáles eran sus verdaderos sentimientos porque estar enamorada de él le dolía más que cualquier cosa que hubiera experimentado hasta aquel momento. Y pensar que había llegado a creer que la reacción de Angelos se debía a su mala actuación en la cama...

Lo cierto era que, en cuanto había descubierto sin el menor género de dudas que él era el primer hombre con el que se acostaba, había empezado a preguntarse por la verdadera naturaleza de su relación con Leland. Por

supuesto, había sido entonces cuando había empezado a pensar en el préstamo... lo que le había llevado a enterarse de la peor forma posible del resto de la historia.

Recordó con amargura que Liz pensaba que le divertía aparentar que era una chica mala... sin considerar la posibilidad de que Angelos se sintiera más excitado por una de ellas que por una virgen auténtica.

9

Maxie se despertó al día siguiente entre los brazos de Angelos. Era como estar en el cielo. Entreabrió los labios y rozó con la lengua su hombro desnudo. Sabía a gloria. Aspiró su cálido aroma, mientras acompañaba el ritmo de su respiración a la de él.

Sin embargo, no se engañaba: Angelos estaba allí solo porque se había quedado dormido. No se trataba de que aquella noche lo hubiera perdido porque, en realidad, nunca había sido suyo. El había perseguido en ella una quimera, una imagen, y el espejismo se había roto.

Posó la mano en su amplio pecho y trazó con la punta de los dedos la línea de aquellos músculos poderosos. Fascinada, alargó aquella suave caricia hasta llegar a la parte baja del abdomen, y allí se detuvo súbitamente al darse cuenta de que, sin querer, estaba a punto de despertarlo.

Lo que menos deseaba en el mundo era enfrentarse con él. Seguramente se pondría furioso al recordar los sucesos de la noche anterior. Se quedó muy quieta hasta que notó que él volvía a relajarse.

Se levantó muy despacio, reuniendo sus ropas precipitadamente. La puerta daba a otro dormitorio donde encontró su maleta al pie de la cama. Amargamente pensó que aquello resumía exactamente su posición en aquella casa: apenas era algo más que una visitante a la que se aloja en la habitación de invitados.

Se puso un vestido ligero y unas sandalias de tiras, pues aunque sólo eran las siete de la mañana, ya hacía bastante calor. Se encaminó a la cocina donde se sirvió un vaso de zumo de naranja, y después salió de la casa. No deseaba enfrentarse con Angelos hasta meditar bien lo que le iba a decir.

Para empezar, su noche de bodas había resultado un completo desastre. Rezaba para que Angelos no recordara bien todas las tonterías que le había dicho y, sobre todo, para que no llegara a descubrir que se había enamorado de él.

Durante un breve instante, él la había tratado como a una igual, y ella había tenido que estropearlo todo escogiendo precisamente aquel instante para despojarse de su armadura y mostrarse ante él tal y como era: un patético fraude, una virgen tonta, en definitiva, tan sólo una pobrecilla, víctima de un chantaje en vez de la avariciosa amante de un hombre rico.

Pero lo más sorprendente había sido la insólita revelación de que, después de todo, Angelos tenía conciencia: no sólo se había quedado pasmado al descubrir la verdad, sino que se había compadecido de corazón por su triste infancia.

Pero Maxie no quería que la compadeciera, y mucho menos que se sintiera culpable, y llegó a la conclusión de que la única forma de evitarlo sería contándole con detalle las condiciones del testamento de la difunta Nancy Leeward. Cuando Angelos viera lo poco nobles que habían sido sus motivos para casarse con él, sin duda la vería con otros ojos, y, por lo menos, podría recuperar parte de su orgullo.

Cuando dio la vuelta a un saliente rocoso, vio en la playa a dos niños ayudando a un anciano marinero a arrastrar las redes.

Era una escena tan bonita que, inconscientemente, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

-Nunca te había visto sonreír así -dijo una voz a sus espaldas.

Sorprendida, se dio la vuelta en redondo. Angelos estaba tan guapo que sintió que se le salía el corazón del pecho al verlo. Pero, casi instantáneamente, se puso en guardia para ocultarle como fuera sus sentimientos.

-Aunque, lo más probable -continuó-, es que nunca haya hecho nada para merecerlo.

Ella se lo quedó mirando, inmóvil, tan bella como una estatua, con el pelo reluciendo bajo aquel sol de verano. Angelos le asió de la mano y empezó a andar hacia la costa.

-Desde ahora, desde este mismo momento, todo va a ser muy distinto entre nosotros -le prometió.

-¿Sí? -Maxie empezaba a ponerse muy nerviosa.

-Deberías haberme dicho la verdad sobre tu relación con Leland desde el primer día...

-No lo habrías creído.

-Tienes razón -asintió Angelos mirando el mar que se extendía ante ellos-. Sólo lo que ocurrió la pasada noche me convenció de que no eres la mujer que yo creía que eras.

-Por lo menos eres sincero -musitó Maxie.

-Considerando todas las cosas que se han dicho sobre ti -se defendió Angelos-, creo que tenía todo el derecho del mundo a pensar mal, aunque no creas, no me enorgullezco precisamente de mi comportamiento. Cuando pienso que incluso te marchaste de Londres para evitarme... Nunca me he portado con ninguna mujer tan mal como contigo; estoy muy arrepentido por haberte obligado a aceptar este matrimonio, *pethi mou*.

Maxie se quedó atónita ante tan inesperada confesión, pero, sobre todo, no podía soportar que él la compadeciera.

-Escucha, quiero decirte una cosa -le interrumpió, soltándose de su mano.

-No, deja que siga. Esto no está siendo nada fácil para mí, no estoy acostumbrado a mostrar de este modo mis sentimientos.

-Tú no sientes nada por mí -le espetó Maxie sin pensar.

-Pareces muy segura de ti misma...

-Reconócelo Angelos: las rocas de esta playa seguramente tienen más sentimientos que tú -le acusó cínicamente-. Por otra parte, ¿por qué debería importarme que me utilices, cuando yo estaba dispuesta también a aprovecharme de la situación. No es lo mismo que si estuviera enamorada de ti, o algo parecido -continuó, incapaz de detenerse-. Me casé contigo porque me convenía hacerlo. Necesitaba un marido por lo menos durante seis meses.

Se produjo un interminable silencio entre ellos.

-¿Qué diablos quieres decir? -estalló al fin Angelos tensando todos los músculos de su rostro.

-Me refiero al testamento de mi abuela -le explicó Maxie impasible-. Era una mujer muy rica, pero sólo podía heredar mi parte si me casaba. Todo lo que quería casándome contigo era conseguir mi propio dinero, no el tuyo.

-Es una broma, ¿verdad? -Angelos parecía haberse quedado petrificado. Maxie negó con la cabeza, incapaz de articular palabra-. ¿Te das cuenta de que si eso que me dices es verdad pienso matarte?

-No sé por qué -replicó Maxie con fingida calma-. Este matrimonio es tan falso para ti como para mí. Me lo propusiste sólo para acostarte conmigo, y sólo ibas a mantenerlo hasta que te aburrieras de mí, ni un minuto más. Por eso, me pareció que lo mejor sería ser igual de franca contigo.

Incapaz de seguir, Maxie se dio la vuelta, encaminándose hacia la casa. Ahí terminaba aquella historia, pensaba, nunca más volvería a verlo: pasaría el resto de su vida en la pobreza y echando de menos a aquel hombre.

-Maxie...

Sumida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que él la había seguido. En dos zancadas estuvo a su lado.

-¿No se te ha ocurrido que es posible que no me aburra de ti nunca, *pethi mou*? -preguntó abrazándola.

-Pero...

Angelos la hizo callar con un apasionado beso que duró hasta que llegaron al dormitorio. Una especie de corriente eléctrica le recorrió de pies a cabeza hasta que él por fin se separó de ella, tendiéndola sobre la cama.

-Pe... pero yo creía que ya no querías...

-Y yo no me imaginaba que fueras tan lista, ni tan aguda tampoco -replicó Angelos mientras se quitaba la ropa.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó sofocada.

-Lo que debería haber hecho cuando me desperté esta mañana y te pillé acariciándome como una niñita... ¡Y pensar que no quería avergonzarte! -exclamó-. ¡Como si tú supieras lo que es la vergüenza! A pesar de tu carita de ángel eres más dura que el acero.

Maxie se sintió halagada, pero no porque él hubiera dicho que era lista, ni aguda, sino porque por fin parecía haberse ganado su respeto. Conocía a Angelos lo suficiente como para entender que, desde la noche anterior, había ganado muchos puntos en su estima. Intuyó entonces que reaccionaba así porque le gustaban los desafíos, y semejante revelación la dejó atónita.

-¿Por qué estás tan tranquila? -preguntó Angelos suspicaz-. No me fío de ti cuando estás así.

Maxie le sonrió lánguidamente.

-Supongo que no querrás divorciarte precisamente ahora...

-*iTheos!* ¡Pero si nos casamos ayer!

Era cierto, todavía la deseaba..., por increíble que pudiera parecer, incluso la deseaba más que nunca. Cuando se agachó para besarla de nuevo, su propio deseo volvió a traicionarla; deseaba tocarlo, abrazarlo, sin que por una vez le importaran las consecuencias.

-Esta vez no te haré daño, te lo prometo -susurró Angelos roncamente mientras le quitaba el vestido-. Ser el primero ha sido... un regalo inesperado. Casi me has vuelto loco contándome esas ridículas historias. -¿Acaso crees que no sé que tú también me deseas? Puedo verlo en tus ojos...

No había creído una palabra de lo que le había contado sobre el testamento. Abrió la boca para explicárselo otra vez, pero él la acalló con un beso, y ella le estrechó entre sus brazos, rendida a una pasión que ya no podía disimular más.

-¿Por qué te empeñas en pelear conmigo? -murmuró Angelos quitándole el sujetador y empezando a acariciarle los pechos de tal forma que vibraron todas las fibras de su cuerpo.

En lo más profundo de su conciencia, Maxie sabía que había algo que necesitaba decirle, pero mientras aquellos increíbles ojos dorados estuviesen puestos sobre ella, era incapaz hasta de recordar su nombre. Cuando Angelos la sonrió, fue como si hubiera estado esperando aquel gesto para adelantarse a besarlo; nunca había deseado hacer algo con semejante intensidad.

Medio tumbado sobre ella, y sin dejar de besarla, Angelos le quitó las braguitas y empezó a acariciarle dulce, sabiamente. A Maxie le pareció que una corriente de lava ardiente empezaba a derramarse de su interior.

Angelos continuó hasta que se dio cuenta de que ella no podría aguantarlo mucho más, y sólo entonces la poseyó. Y mientras él la miraba, conteniendo a duras penas su propio deseo, se desataron en su cuerpo oleadas sucesivas del más intenso placer.

-¡Angelos...! -gritó sin poderse controlar. El se detuvo entonces, hasta que Maxie le urgió para que continuara: no quería que se detuviera, no mientras no alcanzara la cima del éxtasis. Por fin él la condujo hasta allí, haciéndola sentir una plenitud tan gloriosa como nunca hubiera imaginado.

-Así tendría que haber sido en nuestra noche de bodas -le dijo Angelos sonriendo.

Maxie apenas podía creer lo que acababa de suceder; se aferraba a su cuerpo, incapaz de separarse, al tiempo que luchaba por contener las lágrimas.

-Me parece que ya es hora de anunciar nuestro matrimonio -dijo Angelos perezosamente. Maxie abrió unos ojos como platos al pensar en las implicaciones de lo que acababa de oír-. ¿Qué te parece? -le preguntó, pero, sin esperar su respuesta, se levantó de un salto de la cama-. Primero una ducha y después el desayuno... Nunca en mi vida he tenido tanta hambre.

Sólo entonces recordó Maxie lo que había dicho antes de hacerle el amor acerca de sus «ridículas historias».

-Angelos... -él se volvió a mirarla con una amplia sonrisa dibujada en su rostro-. Lo que te he contado antes... lo del testamento... es verdad...

Angelos se la quedó mirando con una expresión indescifrable mientras ella le contaba con detalle la importancia que su madrina le había dado al matrimonio, su disgusto al enterarse de que se había ido a vivir con Leland. Al principio estaba tan nerviosa que ni siquiera era capaz de mirarlo a la cara.

-Entonces, bueno... fue cuando me propusiste lo de la boda, y me enfadé tanto que se me ocurrió que también podía utilizarte para cumplir la condición impuesta en el testamento -le explicó con voz cada vez más temblorosa. En aquellos momentos no podía entender cómo había sido capaz de llevar adelante una idea tan peregrina. Ante la mirada de Angelos, aquel plan que al principio le había parecido algo tan sencillo e inteligente se convertía en algo muy diferente.

Se hizo entre ellos un silencio que podía cortarse con un cuchillo. Sin saber muy bien cómo iba a reaccionar, Maxie extendió una mano hacia él.

-Eres una víbora -estalló Angelos al ver aquel gesto-. Cuando te pedí que te casaras conmigo, lo hice de corazón, porque, a diferencia de ti, yo todavía mantengo algunos principios...

-Angelos, yo... -Maxie se había puesto tan blanca como el papel.

-¡Cállate! ¡No quiero seguir escuchándote! Me estoy acordando de la generosa cantidad que acordamos que recibirías en caso de divorcio... Y eres tan avariciosa que también pretendes hacerte con el dinero de esa pobre anciana... -Maxie notó que se le inundaban los ojos de lágrimas., Angelos la miraba como si fuera un ser repugnante-. ¿Cómo has sido capaz de manipularme de esta manera? -le reprochó amargamente.

-¡Estás muy equivocado! -se defendió Maxie, lamentando en lo más hondo su torpeza-. ¡No fue algo premeditado, se me ocurrió sobre la marcha! Estaba tan enfadada, me sentía tan dolida...

-Cuando un hombre te ofrece un anillo de bodas, lo hace para honrarte, no para utilizarte -dijo Angelos entre dientes.

-Bueno, yo eso no puedo saberlo: sólo he tenido el supremo honor de llevarlo durante cinco minutos.

-¡Tú me lo devolviste!

-¡Y tú lo aceptaste! -le recordó Maxie implacable-. Y no quiero que me lo devuelvas, ni tampoco que le digas a nadie que nos hemos casado... no quiero que se sepa que fui tan tonta como para casarme contigo.

-Eso me parece bien -admitió Angelos torvamente-. Ya me aseguraré yo de deshacerme de ti antes de que pasen seis meses -anunció antes de meterse en el baño.

Maxie enterró la cabeza entre las almohadas, golpeándolas con rabia y frustración. Por un breve instante se había sentido muy cerca de Angelos, y en menos de un segundo, aquella ilusión se había roto en mil pedazos... y la culpa era sólo suya, por imprudente.

Aunque era cierto que tarde o temprano tendría que haberle hablado del testamento, había elegido sin duda la peor forma de hacerlo. Lo había hecho tan rematadamente mal que, al principio, Angelos ni siquiera se lo había creído, tomando sus palabras por un intento infantil de desafiarlo. Se estremeció al darse cuenta de lo bien que la conocía aquel hombre.

Porque aquello era exactamente lo que había pretendido contándole la historia de su herencia en aquellos términos tan ofensivos. Había olvidado que quien siembra vientos, recoge tempestades, y por eso tendría que conformarse con los amargos frutos que ella misma había plantado: ira, desilusión, rechazo...

¿Cómo podría explicarle que lo había hecho porque deseaba seguir casada con él, y que para eso necesitaba una excusa que le permitiera creer que aún mantenía el control? No podía decirle de ningún modo que se había enamorado de él...

Cuando por fin Angelos salió del baño, Maxie se lo quedó mirando como un perro apaleado.

-Oye Angelos, no pensaba obligarte a cumplir el acuerdo prenupcial...

-Deberías dedicarte a escribir guiones de ciencia- ficción -le espetó Angelos en el colmo de la incredulidad.

-¡Antes has reconocido que te equivocaste al prejuzgarme! -insistió Maxie.

-Retiro lo dicho -replicó, lanzándole una gélida mirada-. Ah, Y me marchó a Londres un par de días. Tengo que ocuparme de unos asuntos.

Maxie no era tonta. Desolada, se percató de que no quería estar con ella ni un minuto más.

-¿Siempre eres tan implacable con los que te rodean? -preguntó con el alma en vilo.

-Te aseguro que me encanta esa vocecita lastimera que pones, pero no te esfuerces, no me creo nada.

Cálidas lágrimas empezaron a caer por sus mejillas sin que pudiera hacer otra cosa por remediarlo que secárselas con el borde de la sábana.

Angelos acabó de ponerse un elegante traje gris. Parecía tan inaccesible y frío como el Himalaya. Sin embargo, Maxie decidió hacer un último intento.

-Te juro que nunca he querido tu dinero, Angelos -susurró, imprimiendo a cada una de sus palabras toda la sinceridad de la que fue capaz.

Angelos esbozó una sonrisa que más bien parecía una mueca de burla.

-Aunque no encajas en la imagen que tengo de la perfecta esposa, como amante eres impagable. No hace falta que disimules tu interés. Hemos hecho un trato: yo disfruto de tu cuerpo, tú de mi dinero. A fin de cuentas, eso es lo que más nos va a los multimillonarios vulgares como yo, ¿verdad?

Maxie sintió que se le helaba la sangre en las venas. Con el mínimo de lucidez que le quedaba decidió que si lo que Angelos quería era una amante, eso era precisamente lo que tendría.

-¿Como es que Angelos no sabe dónde estás? ¿Es que no le has dicho que has vuelto a Londres? -preguntó Liz asombrada.

-He venido derecha desde el aeropuerto; quiero darle una sorpresa -le explicó sin faltar del todo a la verdad.

-Claro, lo entiendo -dijo su amiga más tranquila-. ¡Qué pena que los negocios le hayan obligado a interrumpir tan pronto vuestra luna de miel! ¿Cuándo dices que se marchó Angelos de la isla?

-Hace unos días -contestó Maxie, pero no le confesó que ella había embarcado en el ferry apenas veinticuatro horas más tarde, en cuanto recibió las tarjetas de crédito y le fue posible comprar el billete. Se había sentido muy mortificada al ver que en ellas figuraba su nombre de soltera.

Aquel desaire la había inducido a mantenerse hasta sus últimas consecuencias en el papel de amante que le había adjudicado Angelos, y

como tal, se dedicó a derrochar su dinero a manos llenas. Primero había ido a Roma, y después a París, invirtiendo una considerable cantidad de tiempo y dinero en hacerse con un impresionante guardarropa. Casi podía empapelar aquel cuarto con todos los recibos que había ido acumulando y que esperaba sirvieran para que Angelos creyera que aún estaba en el continente; deliberadamente, había utilizado dinero en efectivo para pagar las facturas de los hoteles y los billetes de avión.

-¿Eres feliz? -le preguntó Liz preocupada.

-Muy feliz -contestó. Por lo menos, se dijo, todo lo feliz que podía ser teniendo en cuenta que hacía seis días, catorce horas y treinta y siete minutos que Angelos se había marchado de su lado. Se consoló pensando que la alternativa, quedarse vegetando en Chymos hasta que él volviera, era muchísimo peor.

-¿Crees que Angelos puede llegar a amarte? -insistió Liz.

Maxie no supo qué contestar. Lo había deseado, pero ahora se daba cuenta de que era un anhelo imposible. Lo único que podía asegurar con certeza es que a aquellas alturas debía estar furioso porque se hubiera marchado de la isla sin decirselo a nadie.

Aunque, bien pensado, se suponía que toda amante que se preciara de serlo debía buscarse entretenimientos mientras su protector se ocupaba de sus asuntos. No era ella quien tenía que decirle cuándo estaba disponible, sino más bien al contrario.

Maxie tomó el té con Liz y después llamó a un taxi para que la condujera junto con su inmenso equipaje al edificio donde Angelos había dispuesto que viviera. Sintió una punzada de aprensión, pues no estaba muy segura de cómo iba a ser recibida, dado que Angelos ni siquiera debía saber que había regresado a Londres.

Pero enseguida se dio cuenta de que, una vez más, le había subestimado: para empezar, en cuanto llegó al ascensor, un guardaespaldas se dirigió a ella.

-¿Señorita Kendall?

-Sí, soy yo. ¿Le importaría hacerse cargo de mi equipaje? -respondió, y sin esperar su respuesta subió al apartamento.

Cuando las puertas se abrieron pensó por un momento que se había equivocado de piso. Habían retirado todos aquellos horribles muebles futuristas, y, en su lugar, habían colocado preciosos muebles antiguos y cálidas alfombras. En la terraza habían instalado barreras protectoras y además, por si aún no se atreviera a salir a respirar aire fresco, habían construido un amplio invernadero.

Aunque era evidente que no se había reparado en gastos para redecorar aquel lugar a su gusto, lejos de sentirse complacida, Maxie estaba a punto de estallar en lágrimas. Angelos se había tomado tantas molestias solamente para asegurarse de que, tal y como había dispuesto, vivieran separados. A sus ojos, aquel esplendor no bastaba para consolarla de semejante humillación.

La joven pasó el resto de la tarde ordenando su guardarropa, y cuando lo hubo hecho buscó las dos hojas con la lista de defectos de Angelos que se había convertido en una especie de talismán. Cuando se sentía furiosa, o le echaba de menos, volvía a leerla de cabo a rabo para recordarse que, aunque ella estuviera lejos de ser perfecta, él tampoco lo era. Sorprendentemente, haciendo aquel insólito ejercicio se sentía un poco cerca de él.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se enterara de su regreso?, reflexionó mientras se relajaba en un baño de espuma. Deseaba llamarlo con todas sus fuerzas, pero sabía que no era eso lo que se esperaba de la perfecta amante, no podía ser indiscreta. Se puso un camisón corto de seda azul y se acostó en la enorme cama del dormitorio principal.

Aunque no oyó el ruido del ascensor, se incorporó sobresaltada al escuchar unos pasos que se dirigían al dormitorio.

Se abrió la puerta y Angelos apareció en el umbral. Estaba tan atractivo con aquel esmoquin, la pajarita suelta y la camisa medio desabrochada que Maxie sintió que el corazón se le paralizaba.

Angelos se quedó clavado en el umbral, con los puños apretados, respirando agitadamente; ella se recostó sobre las almohadas, mirándolo tan tranquila como si le hubiera estado esperando.

-¡Has venido a verme en cuanto he regresado! -le saludó alegremente-. ¡Qué agradable sorpresa!

10

El animoso saludo de Maxie dejó a Angelos desconcertado. Parpadeó, como si no creyera lo que estaba viendo, por no hablar de lo que acababa de oír. Maxie había aprendido de él valiosas lecciones, y las puso en práctica. Se inclinó hacia delante, sacudió su preciosa melena rubia y se estiró, de manera que ni un sólo centímetro de su seductor camisón, que marcaba sus voluptuosas curvas, escapara a sus ojos.

-¿Qué te parece? -preguntó animadamente-. Lo he comprado en...

Angelos no podía apartar la vista de ella, incrédulo.

-¿Dónde demonios has estado toda esta semana? -le espetó-. ¿Sabes que volví a Chymos? No sabía que te habías ido.

-Oh, yo no sabía que ibas a volver.

-¿Por qué diantres no me llamaste para decirme lo que pensabas hacer?

-preguntó Angelos con crudeza-. Puedes irte de compras cuando te dé la gana pero no hace falta que lo hagas cuando podríamos estar juntos.

-¿Por qué no me llamaste para decirme que volvías? -replicó Maxie, sus ojos brillaban como zafiros-. Mira, yo no pude hacerlo: En la villa nadie hablaba una palabra de inglés y no tenía tu número de teléfono...

Angelos se quedó de piedra.

-¿Cómo que no tienes mi número de teléfono?

-Bueno, no estás en la guía y estoy segura de que tus empleados no dejan escapar ninguna información privilegiada a cualquiera que...

-¡Diablos! Tú no eres cualquiera -exclamó Angelos, con rabia-. ¡Quiero saber dónde estás cada minuto! Y lo único que podía hacer era vigilar los gastos de tu tarjeta de crédito mientras te paseabas por toda Europa.

Aquellas palabras fueron como música para Maxie.

-Creo que lo más sensato por tu parte sería darme un número de contacto

-dijo con suavidad-. Lo siento, pero, sinceramente, no me había dado cuenta de lo posesivo que podías llegar a ser.

-¿Posesivo? -dijo Angelos dando un respingo-. No soy posesivo, sólo quería saber dónde estabas.

-A todas horas -dijo Maxie-. ¿Y cómo iba yo a saber eso si no me lo decías?

Angelos se mesó los cabellos.

-No vuelvas a desaparecer sin decirme adónde vas... ¿está claro? -dijo, sacando una pluma de oro del bolsillo interior de la americana.

Y procedió a escribir algo en el reverso de la hoja de papel donde Maxie había enumerado sus defectos.

-¿Qué haces? -le preguntó.

-Te voy a escribir todos mis números de teléfono, para que no vuelvas a ponerme la excusa de que no sabías adónde llamarme. El móvil, la línea privada, el piso, los de los coches y cuando estoy en el extranjero...

Y escribió y escribió y escribió mientras Maxie lo observaba fascinada. Tenía más números que una empresa de comunicación. Afortunadamente, pensó, no se le ocurrió darle la vuelta al papel.

-Me enteré de que habías aparecido mientras estaba perdiendo el tiempo con un grupo de industriales japoneses -dijo Angelos-. He tenido que soportarlos durante toda la tarde antes de poder venir aquí.

-Si lo hubiera sabido -dijo Maxie con un suspiro, tratando de contener la inmensa alegría que sentía. Angelos, al comprobar que ella no era un mero objeto decorativo, había dejado por fin de mostrarse tan duro y frío. Seguía escribiendo, pero se detuvo un instante y le dirigió a Maxie una mirada suspicaz.

-Has estado en Roma... en París... ¿con quién?

-Sola -replicó Maxie, con toda la dignidad de que fue capaz.

Angelo no despegó los ojos de su rostro, pero se relajó, era evidente.

-He estado muy enfadado contigo...

Maxie sabía lo que eso significaba. Debía haber estado tan furioso como un volcán activo, esperando con anhelo el momento de la erupción.

-Te ofrecería algo de beber, pero los armarios están vacíos.

-Claro... no esperaba que vinieras aquí.

Maxie frunció el ceño.

-¿Cómo puedes decir eso cuando han reformado este piso sólo para que yo viniera a vivir en él?

Angelo se estiró y la miró intensamente.

-Mira, eso fue antes de que nos casáramos... a lo mejor no te has dado cuenta, pero desde entonces las cosas han cambiado.

Maxie se quedó pálida.

-¿De verdad?

La hermosa boca de Angelos se comprimó.

-He estado pensando. Creo que deberías venir a casa conmigo. Voy a comunicar al periódico la noticia de nuestro matrimonio.

-No, prefiero que las cosas se queden como están -dijo Maxie. Nunca en su vida le había costado tanto decir algo, pero el orgullo le impedía aceptar el papel de esposa si se lo ofrecían de un modo tan tosco-. Me encanta este piso y, como tú, me gusta vivir en un espacio que pueda sentir como mío. Y no tiene ningún sentido convocar a los medios para decirles que nos hemos casado cuando no creo que duremos juntos mucho tiempo.

Angelos no apartaba la mirada de ella, escrutando hasta el mínimo de sus gestos. Luego, súbitamente, su mirada se tornó fría, acerada.

-Muy bien, de acuerdo, no pasa nada. Creo que estás siendo muy sensata.

Maxie sintió una punzada en el estómago. Angelos, por lo visto, parecía aliviado ante aquella decisión, no encontraba ninguna razón para que intentaran vivir como una pareja casada normal. Evidentemente, seguía sin ver ningún futuro en común para los dos. Y sin embargo ella deseaba que se arrojara a sus pies, rogándole que compartieran el mismo techo.

-Pero te agradecería que me dieras una explicación de tu repentina huida de Chymos -dijo Angelos.

-No sabía cuándo volverías, y como estabas muy enfadado, me pareció que lo mejor era dejar que pasara un poco de tiempo hasta que te tranquilizaras.

-¿Sabes por qué volví a Londres? -dijo Angelos, con el gesto reconcentrado.

-No tengo ni idea.

-Tenía que ocuparme de Leland.

-¿De Leland? -preguntó Maxie con perplejidad. Con mirada ausente, Angelos dobló las hojas de papel que tenía en la mano y se las metió en el bolsillo. Maxie observó el gesto con horror.

-Tenía que hacerlo. ¿No pensarías que iba a dejarlo escapar después de lo que te hizo? Te robó parte de tu vida y, no contento con eso, te machacó con ese préstamo...

-Angelos, Leland está enfermo...

-Desde que le quitaron el *bypass* está tan bien como cualquiera -adujo Angelos-. Pero se siente muy avergonzado de sí mismo, lo que no me extraña nada.

-¿Has hablado con él?

-En presencia de Jennifer. Ahora que conoce la verdadera historia de tus tratos con su marido está eufórica. Leland no tenía ninguna intención de confesar la verdad, así que su vanidad humillada será su castigo. Te tenía atrapada en toda esa charada sólo para impresionar a Jennifer.

-Nunca se me habría pasado por la cabeza que pudieras odiarlo tanto.

-Ahora eres mía -dijo Angelos con frialdad-. Y me gusta cuidar de todo lo que me pertenece.

-Yo no te pertenezco... sólo paso por tu vida... -replicó Maxie ofendida. Le daban ganas de pegarle, pero apretó los dientes porque sabía que si se acercaba a él, se derretiría entre sus brazos como una bola de nieve en una hoguera. Casi siete días sin su presencia habían supuesto una tortura que la había debilitado enormemente.

Angelos, sentado al borde de la cama, no dejaba de mirarla intensamente.

-Al ver a Leland y a Jennifer -dijo con tranquilidad-, he reflexionado en cómo nos gusta a los adultos jugar con los sentimientos. Qué error tan grave es subestimar a tu oponente...

Maxie se estremeció. ¿Juegos? No, Angelos no podía darse cuenta de lo que intentaba hacer. Además, ella no se proponía ningún juego, ¿o sí?

-No sé qué quieres decir...

-Leland rechazó a su mujer. Jennifer tuvo una estúpida aventura y no se disculpó. Leland se ofendió y no la perdonó. Así que se pasaron tres años haciéndose la vida imposible, enzarzados en continuas peleas, pensando en el divorcio sin llegar a hacer nada para llevarlo a cabo. Y en todo ese tiempo no se dieron ni un respiro.

-Qué locura -susurró Maxie.

-¿Verdad? -dijo Angelos consultando el reloj-. Me encantaría quedarme, pero le he prometido a mi sobrino Demetrios que iría a la fiesta de su vigésimo primer cumpleaños... y se me hace tarde.

Maxie se quedó sentada más inmóvil que una piedra.

-¿Te vas? -dijo con un débil hilo de voz.

-Tengo una vida social muy activa. Negocios, compromisos familiares, en fin. Pero la presión del tiempo y la distancia convertirán en algo maravilloso los pocos momentos que podamos compartir.

-¿Los pocos momentos... ? -repitió Maxie con temor-. ¿Y esperas que me quede aquí sentada esperando tu próxima visita?

-Maxie empiezas a hablar como una verdadera esposa -dijo Angelos con una sonrisa de satisfacción-. Bueno, tengo que irme, vendré a cenar mañana.

-Voy a salir.

-Maxie -dijo Angelos con un tono exigente-, me gustaría que estuviéramos juntos cuando yo tengo tiempo libre para ti.

-¿Cuándo tienes tiempo libre para mí? ¿Y qué voy a hacer el resto del día?, ¿esperar sentada?

-Ir de compras -dejó caer Angelos con aplomo-. ¿No es lo que has hecho durante toda la semana pasada?

Maxie se puso furiosa, pero lo que decía Angelos era cierto, había gastado una verdadera fortuna.

-Pero no me importa -dijo Angelos-, puedo permitírmelo.

Maxie se quedó muda. Todos sus planes para ponerle furioso yacían a sus pies, descartados, y aun así, no sabía qué había pasado exactamente. Angelos se había puesto furioso al principio, pero había recobrado el buen humor enseguida.

Durante aquel breve momento de distracción, Angelos se acercó a ella para estrecharla entre sus brazos. Maxie estaba rígida hasta aquel instante, pero al contacto de Angelos, al sentir su calor, se vio devorada por el fuego de la pasión, del deseo.

-Si no fuera por esa maldita fiesta -dijo Angelos-, me quedaría. -se apretaba contra ella, consciente de la sensación que había despertado en Maxie, y presa asimismo de ella-. Podría echarte sobre la cama y hacerte el amor...

-Sí -dijo Maxie.

-Pero sería un pecado probar un bocado de la tarta antes de la hora de un banquete que promete ser inolvidable -dijo Angelos, besando a Maxie en el cuello a pesar de sus ardientes palabras y deslizando la rodilla entre sus piernas-. Tengo que irme...

-Bésame.

-No, no puedo... no podría parar -dijo Angelos, y se apartó de ella con una mirada que reflejaba toda su frustración. Parecía un alcohólico resistiéndose a caer en lo que sólo podía significar su perdición-. ¡Dios! Eres tan guapa, y tan perfecta para mí -murmuró.

Maxie no podía pensar en otra cosa que en su marcha. Lo único que le importaba en el mundo era que se marchaba y la dejaría allí sola. No podía separarse de él, sería demasiado doloroso. Al darse cuenta de lo que sentía por él, se atemorizó; por primera vez se había dado cuenta de su enorme vulnerabilidad.

Angelos se marchó y ella lo estuvo mirando hasta el último momento, y cuando dejó de verlo se esforzó por oír sus pasos, que se alejaban irremediadamente. Cuando se hizo el silencio cayó sobre la alfombra hecha un mar de lágrimas. Dios Santo, qué idiota había sido, cómo se había atrevido a desafiar a Angelos. De repente le resultó imposible creer que no hubiera hecho nada por arreglar su matrimonio. Y todo por su maldito orgullo.

Lo que debía hacer, y aquello era todo lo que deseaba, era ser la mejor esposa para él, pero en vez de eso le había dado la espalda, con la ingenua pretensión de hacerle comprender que quería ser algo más que una amante para él. Sin embargo, la manera en que se había comportado justo antes de que él se marchara, sólo había servido para demostrarle que no era más que lo que él quería que fuera, exactamente lo que él quería.

Se estremeció. Angelos sólo se había casado con ella por el sexo, ¿por qué si no no le ofrecía otra cosa que su tiempo libre? ¿Por qué si no la había dejado para irse a una discoteca a celebrar el cumpleaños de su sobrino?

Después de sollozar durante un buen rato, se dirigió al baño a lavar su maltratado rostro con agua fría. Su reflejo en el espejo la asustó y volvió a la cama para refugiarse bajo las sábanas.

Aquella noche había hecho muchas cosas mal, pero su decisión era acertada. Lo único que le hacía falta era energía, mucha energía para combatir con Angelos. Era extraño, pero cada vez que pensaba que había logrado horadar su insultante posición, era él el que lograba que ella se sintiera más y más débil.

Al sentir el calor de su poderoso cuerpo masculino, se despertó.

-No quería despertarte -murmuró Angelos.

Maxie se dio la vuelta para verle la cara. Contra el pálido resplandor de las sábanas, Angelos no era más que una enigmática sombra.

-¿Qué haces aquí?

-¿Tú qué crees? -dijo Angelos con evidente buen humor y rodó hacia Maxie, abrazándose a su espalda con fuerza-. Se supone que la anticipación es lo

más excitante del sexo, pero no pienso quedarme con las ganas, *agape mou* -dijo Angelos con voz grave-. Menuda semana he tenido... siete días preguntándome si me habías dejado y te habías ido con otro.

Maxie se conmovió, porque no se le había pasado por la cabeza que Angelos pudiera interpretar su partida en ese sentido.

-Pensar -prosiguió Angelos- que estabas por ahí... perdida.

-¿Cómo que «perdida»?

-El mundo está lleno de hombres como yo. Si yo viera a una belleza como tú andando sola por ahí, no sé lo que haría por estar a su lado.

Maxie no sabía qué pensar de aquel comentario.

-Si alguna vez descubro que me engañas, me iré más dep...

-¿Te irás? ¿Adónde? -dijo Angelos complacido por los celos de Maxie y acariciando su cintura.

Maxie se estremeció y su cuerpo respondió, lleno de vida, a la incitación de su marido. Sin embargo, no dejó de hablar, la infidelidad era un asunto que no se podía dejar de lado.

-¿Quién dijo que cuando la amante se convierte en esposa se crea un vacío que hay que volver a llenar?

-Alguien que no tuvo la suerte de conocerte -respondió Angelos con satisfacción-. Tú no eres como las otras mujeres.

Maxie se sonrojó.

-¿Te lo has pasado bien esta noche?

-¿Tú qué crees? -dijo Angelos besándola en el lóbulo de la oreja y estrechándose contra ella, de modo que Maxie se dio cuenta de que estaba muy excitado-. Llevo así toda la noche, no he podido dejar de pensar en ti...

Maxie lo besó, para callarlo. La estaba avergonzando. Pero el beso sólo logró aumentar el deseo de ambos. Al cabo de unos instantes, tuvo que separarse de él, necesitaba aire. Angelos, no cabía duda, pensaba demasiado en el sexo, pero ella lo adoraba igualmente. Se sentía como un objeto sexual, pero tal vez eso fuera una buena base para construir un matrimonio sólido, ¿quién podía saberlo?

Angelos volvió a besarla y cualquier atisbo de pensamiento racional se disipó...

Maxie se deslizó fuera de la cama y se acercó de puntillas hasta la silla donde estaba doblada la ropa de Angelos. Se proponía quitarle la lista antes de que la encontrara. Lo último que le hacía falta a su agitada relación era que Angelos encontrara aquella punzante relación de defectos. Al fin y al cabo, la lista era muy exhaustiva, demasiado tal vez, y puntillosa.

Pero se llevó una gran sorpresa. La chaqueta que estaba en la silla no era su chaqueta de etiqueta. Antes de volver a su lado, Angelos debía haberse pasado cambiado de ropa...

-Maxie... ¿qué haces?

Maxie se sobresaltó, tropezando con la silla.

-Nada.

-¿Qué hora es?

-Las ocho.

-Vuelve a la cama, *agape mou*.

Maxie lo hizo al instante, aliviada al darse cuenta de que él no hubiera descubierto lo que estaba haciendo.

Una hora y media después estaba en el comedor, ante el exquisito desayuno servido por Nikos, uno de los sirvientes de Angelos. Este había traído a sus propios criados para remediar el vacío que sufrían los armarios de la cocina. No cabía duda de que era un hombre muy eficaz, pensaba Maxie viéndole leer los periódicos de la mañana.

También era un amante fantástico, pensó. Tan tierno y tan... salvaje. Había dormido sólo dos horas y debía estar por tanto exhausto, pero allí estaba, tan tranquilo, emanando, como siempre, un aura de energía positiva. «Nunca lograré estar a su altura», pensó, con temor. "Necesito recuperar esa lista para reprogramarme y dejar de ser tan dependiente de él».

De repente, Angelos dijo algo entre dientes, en griego, y se levantó. Agil, fuerte, como un oso. Corrió hacia el teléfono y marcó un número.

-¿Quién ha autorizado ese artículo sobre Maxie Kendall? -preguntó al cabo de unos segundos-. Quiero una nota de disculpa mañana mismo y después no quiero que vuelva a aparecer ni una palabra sobre ella. Dile a esa imbécil que se busque a otra con quien meterse.

Instantes después colgó. Maxie estaba boquiabierta, sin saber qué decir, sólo Nikos, evidentemente al tanto de la agitada vida de Angelos, parecía tranquilo. Y sabía cuál era su papel, pues, tras servir otra taza de café, se retiró discretamente.

Angelos arrojó el periódico sobre la mesa.

-Esto es lo que pasa cuando te paseas por París por tu cuenta -dijo-. Ni te diste cuenta de que te estaban haciendo fotos, ¿verdad?

-No -dijo Maxie, aún impresionada por la demostración de protección masculina-. ¿Crees que el periódico te va a hacer caso?

-Ese periódico es mío -replicó Angelos-. ¡Mira lo que ha escrito esa estúpida columnista!

Maxie inclinó la cabeza obedientemente y se fijó en las líneas de texto que había junto a la foto, pero las letras aparecían borrosas ante su vista. Ni siquiera podía concentrarse en lo que estaba mirando con Angelos allí, encima de ella.

El silencio era ensordecedor. Angelos señaló el pie de foto.

-Me refiero a eso -dijo.

Maxie se quedó blanca, con un nudo en el estómago.

-No sé qué pone -dijo-, soy muy miope y no tengo las gafas aquí.

El silencio duró una eternidad. Maxie no se atrevía a levantar la vista para comprobar si había logrado engañar a Angelos con aquella desesperada mentira.

-Da igual, no deberías leer una basura como ésa.

Maxie sintió escalofríos. ¿Cómo podría decírselo? ¿Cómo podía decirle a Angelos que padecía de dislexia? ¿Cómo se lo tomaría un hombre como él? Tal vez, como muchas personas, ni siquiera llegara a creer que tal discapacidad existiera. Podría pensar que tal nombre no era más que un eufemismo que enmascaraba una simple falta de inteligencia. Maxie se había encontrado a lo largo de su vida con muchas personas con una idea parecida, y cada vez que había intentado explicarse, sólo había conseguido más y más desprecio.

-Maxie... -dijo Angelos, aclarándose la garganta-. No creo que a tu vista le pase nada y me parece fatal que, a estas alturas de nuestra relación, finjas que sí.

Maxie sintió una gran humillación. Aquélla era su peor pesadilla, Angelos había descubierto su secreto. No le habría importado que otra persona descubriera sus excusas, pero Angelos... Qué terrible sería que él examinara sus aptitudes para leer y escribir. No podía moverse, no podía mirarlo.

-Maxie, no quiero molestarte, pero no pienso olvidar el asunto -dijo Angelos, sentándose frente a Maxie, y agarrando su silla por el respaldo, de manera que ella quedara atrapada entre sus brazos-. Eres muy inteligente así que tiene que haber una buena razón para que no puedas leer diez líneas de periódico. Y me acuerdo muy bien del cuaderno que llevabas cuando eras camarera... parecía taquigrafía en vez de palabras.

-Soy disléxica, ¿vale? -espetó Maxie, sin poder soportar la tensión por más tiempo.

-Vale. ¿Quieres más café? -respondió Angelos, sin denotar ninguna emoción.

-No, gracias... Creía que querías hablar de ello.

-Ahora no, si tanto te molesta -replicó Angelos.

-¡No estoy molesta! Pero no me gusta que metan las narices en algo que sólo a mí me afecta, ¿está claro?

Angelos sostuvo su mirada.

-La dislexia está más extendida de lo que crees. Demetrios, mi sobrino, también la padece, pero estudia en Oxford. Sus hermanos pequeños también la tenían. ¿No te ayudaron en el colegio?

Maxie se relajó, cruzó los brazos y negó con la cabeza.

-Estuve en una docena de colegios...

-¿En una docena? -preguntó Angelos con asombro.

-Mi padre y yo nunca pasábamos mucho tiempo en el mismo sitio, siempre le estaba debiendo dinero a alguien, si no era al casero, era a la casa de apuestas, o al supermercado...

-Y todo volvía a empezar otra vez, ¿no?

-Sí -dijo Maxie frunciendo los labios-. Hasta los diez años no encontré a ningún profesor que pensara que mis dificultades se debían a algo más que a la estupidez. Estaba dispuesto a darme clases especiales, pero nos mudamos antes de empezar -dijo Maxie, agachando la cabeza-. Y llegamos a un colegio en el que me pusieron en la clase de los más retrasados.

Angelos estaba perplejo.

-¿Cuándo dejaste de ir al colegio?

-A los dieciséis, lo más deprisa que pude -admitió Maxie, con amargura-. Como me dijo una vez mi madrina, no se puede ser guapa e inteligente a la vez.

-Eso es una tontería.

-Mi madrina sólo quería ser amable, pero pensaba que era muy tonta porque leía muy despacio... -dijo Maxie, y a punto de echarse a llorar, salió corriendo hacia el dormitorio.

Angelos llegó tras ella y se sentó a su lado.

-¡Y no intentes decirme que me sigues viendo igual que antes! -le espetó.

-Tienes razón, no te veo igual. Te veo más valiente, por todo lo que has tenido que soportar -dijo Angelos con suavidad-. Y si hubiera sabido esto cuando vi a Leland, le habría hecho pedazos... porque no pudiste leer las condiciones de aquel maldito préstamo, ¿verdad?

-Algo... pude leer... pero tardo mucho. No quise que se burlara de mí, así que firmé.

-Demetrios tuvo mucha suerte, detectaron su problema cuando era niño y le prestaron toda la ayuda posible, pero a ti te dejaron sufrir, sin ocuparse de ti... No deberías avergonzarte.

Se apretó contra su espalda y le apartó el cabello de su húmeda mejilla, con delicadeza, como si estuviera consolando a una niña ofendida y sensible. A pesar del rechazo inicial de Maxie, volvió a insistir, y lo hizo una vez más cuando Maxie, por orgullo, se negaba a aceptar aquel gesto de consuelo. Para ella, sin embargo, nada podía ser más reconfortante que la calidez de aquellos poderosos brazos.

Por fin se tranquilizó.

-¿Qué decía el periódico? -preguntó.

-Que los rumores de una posible relación entre tú y yo eran una tontería, pero que daba la impresión, por lo que gastabas, de que habías atraído a otro «amigo rico», sugiriendo que era otro hombre casado.

-Pues no se equivocaba, ¿no? -dijo Maxie con una risita involuntaria.

-A mí no me hace tanta gracia.

En aquel instante, Maxie tuvo el coraje de preguntar -algo que llevaba intrigándola toda la noche.

-¿Por qué ya no estás enfadado conmigo porque me haya casado contigo por el testamento de mi madrina?

-En tú posición, yo habría hecho lo mismo. Yo también habría combatido el fuego con el fuego -admitió Angelos-. Sin embargo, te diré que, con el tiempo, esa estrategia se convierte en una costumbre muy destructiva...

-Trataré de no protestar por cada cosa que hagas -prometió Maxie.

-Y yo trataré de no darte motivos -juró Angelos-. Ahora nos iremos a la isla para disfrutar de un poco de intimidad.

-Eres una cocinera fabulosa -comentó Angelos, mientras ella cerraba la cesta de la comida, ya vacía.

Maxie procuró aparentar modestia, pero no lo consiguió. Angelos no dejaba de sorprenderla con su amabilidad; aunque estaba acostumbrado a vivir rodeado de criados, y a comer en los restaurantes más lujosos del mundo, casi se diría que se había quedado muy conmovido al ver que ella era capaz de cocinar.

-Con tus habilidades, harías feliz a cualquier hombre -le dijo Angelos galantemente.

Maxie se lo quedó mirando, complacida y orgullosa, sin acabar de creerse que estuvieran juntos. Angelos alargó la mano para acariciarle el cabello.

-Quiero preguntarte una cosa: ¿has llegado a confiar en un hombre alguna vez?

-No -respondió Maxie incómoda.

-Me siento como si me estuvieras poniendo a prueba. Aunque estamos casados, todavía no te has puesto el anillo... es como si no quisieras que nadie supiera que eres mi esposa.

-Creí entender que eras tú el que no querías que se hiciera público -puntualizó Maxie.

-No sabes cómo me arrepiento. A veces pienso que te estás vengando de mí por no haber hecho las cosas bien desde un principio -se lamentó Angelos dolido-. Sé que te hice daño, y lo siento, pero creo que ya es hora de que avancemos en otra dirección.

-Todavía no estoy preparada para eso -declaró Maxie con la mirada perdida.

-Muchas gracias por el voto de confianza -enfadado, Angelos se puso en pie y se marchó de la playa.

Maxie tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su miedo y las ganas que tenía de ir detrás de él. Era su primera pelea desde que salieran de Londres. Se había pasado todo aquel tiempo torturándose, temiendo no ser capaz de retenerlo. No podía soportar la idea de que él la presentara como su mujer y que, después, perdiera el interés por ella y la abandonara.

Sin embargo, tenía que reconocer que hasta aquel momento Angelos no había dado la menor muestra de aburrirse con ella. En realidad, cuando estaba a su lado sentía que por fin alguien la consideraba algo más que una cara o un cuerpo bonitos.

El día anterior Angelos se había tenido que ir a Atenas a resolver algunas cuestiones de negocios; durante su ausencia, Maxie recibió tres exquisitos ramos de lirios, su flor preferida, cada uno con la tarjeta correspondiente, escrita de su puño y letra: *Te echo de menos*, rezaba el primero; *Te echo de menos aún más que antes*, ponía en el segundo; *No puedo echarte más de menos*, declaraba por fin en el tercero. No estaba mal para un hombre tan poco romántico...

A decir verdad durante los diez días que llevaban en Grecia, Angelos no había hecho sino demostrarle lo equivocada que estaba en los calificativos que le había adjudicado y que figuraban en aquella famosa lista. Estaba casi segura de que, por suerte, debía haberse perdido; desde luego, Angelos no la había visto, pues no había hecho el menor comentario al respecto. Le

había regalado un ordenador portátil con un programa especial para ayudarla a deletrear primero y escribir después correctamente. Además, todos los días leía los periódicos con ella. Era tan cariñoso y paciente que Maxie sentía que su confianza en sí misma aumentaba día a día. De hecho, sus progresos habían sido espectaculares. ¿Cómo había sido capaz de pensar siquiera que era un hombre egoísta y desconsiderado? Era el hombre más generoso que había conocido nunca, y sospechaba que lo que deseaba a cambio de sus desvelos era pura y simplemente que ella llegara a confiar en él. ¿Cómo podía ser tan cobarde y egoísta?, se reprochó a sí misma.

Maxie le encontró en la terraza.

-Confío en ti -confesó al fin, con los ojos relucientes.

Nada más oírlo, Angelos lanzó una exclamación de júbilo y se acercó a ella en dos zancadas para estrecharla entre sus brazos.

-*iChristos!* No me mires así, *agape mou...* y perdona todo lo que te he dicho antes, no soy más que un maldito impaciente.

-Me gustas tal y como eres.

-¡Hay que ver lo mentirosas que podéis llegar a ser las mujeres! -replicó Angelos irónicamente.

-No es mentira...

-Puede que pronto consiga que no lo sea -la interrumpió, y agachándose selló aquella promesa con un beso.

Maxie sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. Aquel era el único aspecto en el que, sin duda, Angelos llevaba la voz cantante. Él lo sabía y se aprovechaba de ello... y ella lo aceptaba de buen grado, porque era la única forma de alimentar la pasión devoradora que crecía en su interior. También aquellas eran las únicas ocasiones en las que le podía mostrar el cariño que sentía por él, sin temor a revelar lo mucho que lo amaba. Estaba atrapada, definitivamente ligada por siempre a aquel hombre; y así, en cuanto él la abrazó, abrió las compuertas a la emoción tanto tiempo retenida. Y él no le dio el menor motivo para sentirse decepcionada, pues respondió en igual o mayor medida que ella.

Sin dejar de besarla, Angelos le desabrochó la parte de arriba del bikini, y empezó a acariciarle los pezones, primero con las manos, con los labios después. Maxie estaba tan excitada que casi no podía respirar. Retirándose un poco, él le quitó la braguita del bikini, contemplando extasiado su cuerpo desnudo.

-Me encanta excitarte -murmuró roncamente. Poco a poco la obligó a tenderse, sin dejar de acariciarla, lenta, apasionadamente. Cuando se dio cuenta de que Maxie no podría resistir mucho más, la levantó en brazos para llevarla al dormitorio.

Una vez allí, no tardó ni un segundo en despojarse de los pantalones cortos.

-¡Angelos...! -le urgió Maxie en voz muy baja. Atendiendo a su llamada, él la poseyó intensa, vorazmente, asombrándola como siempre con la fuerza de aquel deseo que parecía dominarlo por completo. Cuando por fin alcanzaron el éxtasis sintió que le había dado hasta la última gota de su ser.

-¿Has estado enamorada alguna vez? -le preguntó Angelos cuando todo hubo terminado.

Maxie se quedó muy sorprendida de que él sacara precisamente en aquel momento semejante conversación.

-Sí -admitió al fin.

-¿Y qué pasó?

-Er... pues que él no me quería -respondió incómoda-. ¿Y tú?

-Una vez...

-¿Y? -Maxie estaba más que intrigada.

-Caí en las redes de una feminista militante que esperaba demasiado de los hombres. Pensaba que yo era bueno en la cama, pero nada más.

-¡Qué tonta! -exclamó Maxie impulsivamente. No podía soportar la idea de que él se hubiera enamorado de otra antes de conocerla, y mucho menos que la mujer que había elegido no le mereciera en absoluto.

-No era nada tonta -replicó Angelos-. ¿Acaso son celos lo que me parece detectar en tu voz?

-Yo no soy celosa -mintió Maxie, y recuperando por un instante los aires de Reina de Hielo que había abandonado aquellos días, se levantó de un salto de la cama-. Creo que iré a darme una ducha.

En el vuelo que les llevó de regreso a Londres, Maxie no dejaba de mirar la nueva alianza de platino que relucía en su dedo. Angelos le había regalado también un anillo con un zafiro rodeado de diamantes.

-¿Es un anillo de compromiso? -le había preguntado asombrada.

-Es un regalo -había sido la respuesta de Angelos.

Aunque resultaba evidente nada más ver aquel dedo que estaba casada y bien casada, Maxie echaba de menos que hubiera hecho alguna alusión a tener niños o algo por el estilo... Se le ocurrió que quizá no quisiera tenerlos con ella al recordar que había tomado las precauciones necesarias para evitarlo.

Se separaron al llegar al aeropuerto. Angelos se dirigió al Edificio Petronides mientras que ella se marchó directa al apartamento. Apenas hubo llegado se fue derecha a su guardarropa para intentar encontrar la lista en alguno de los esmóquines allí guardados, pero no lo logró.

Angelos la llamó a la hora de comer.

-Ha surgido un imprevisto, así que llegaré muy tarde esta noche.

-No te preocupes -le tranquilizó Maxie-. Ya encontraré algo con lo que entretenerne.

-¿Con qué? -le preguntó Angelos de inmediato.

-No sé, ya se me ocurrirá algo -replicó juguetonamente.

-Espero que no hagas nada de lo que luego puedas avergonzarte... -le advirtió Angelos medio en serio medio en broma.

-Piensa el ladrón que todos son de su condición -continuó burlona.

Maxie le echó de menos mucho más de lo que creía, y se sintió muy decepcionada cuando se despertó a la mañana siguiente y descubrió que él no había regresado todavía.

Cuando se sentó a desayunar, se encontró encima de la mesa un precioso ramo de lirios. *Te echo demasiado de menos*, rezaba la tarjeta. Justo entonces sonó su teléfono móvil.

-Gracias por las flores -contestó, pues sabía que sólo Angelos tenía aquel número-. ¿Dónde estás?

-En la oficina. Anoche tuve que hacer un viaje imprevisto. Cuando regresé era demasiado tarde... o temprano, y no quise despertarte.

-La próxima vez, no dejes de llamarme -le pidió Maxie.

-¿Qué llevas puesto, *agape mou*?

-Un camisón corto de seda rosa -susurró-. Estoy deseando que me lo quites.

-¿Cómo quieres que me concentre si me dices esas cosas? -protestó Angelos.

-Quiero que me eches de menos.

-Te echo mucho de menos, ¿vale?

-Vale, pero, ¿cuándo vas a venir? -preguntó mimosa.

-No se te ocurra ir a ninguna parte. Pasaré a buscarte a las once. Te tengo preparada una sorpresa -anunció.

Maxie se entretuvo hojeando el periódico. Cuando llegó a las páginas de cotilleos, inmediatamente vio aquella foto de Angelos. Al principio sólo se le

ocurrió que era muy fotogénico, casi ni se fijó en la mujer que aparecía a su lado...

Pareció como si el mundo se le viniera encima cuando se dio cuenta de que se trataba de aquella actriz francesa, Natalie Cibaud.

11

Aunque según los últimos rumores el millonario griego Angelos Petronides, nuestro rompecorazones favorito, estaba saliendo con la bella Maxie Kendall, fue visto cenando la pasada noche con la deslumbrante actriz francesa Natalie Cibaud. ¿Se habrá cansado ya de la famosa modelo? ¿O estaremos asistiendo al nacimiento de una amistad a tres bandas?

¿La pasada noche? ¿Con Natalie Cibaud? Maxie apenas podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Angustiada repasó el artículo palabra por palabra; al ver la foto que lo ilustraba, se puso tan enferma que tuvo que ir al baño a vomitar el desayuno

Cuando volvió al comedor, releyó la tarjeta que acompañaba a las flores: *Te echo demasiado de menos...* Evidentemente, no se podía fiar de Angelos ni cinco minutos.

Sin pensárselo dos veces, llamó a Nikos para que la esperara con el coche, dispuesta a no darle aquel miserable la oportunidad de inventarse alguna excusa patética.

Mientras bajaba, sonó su teléfono móvil, pero no le hizo el menor caso; cuando ya estaba en la limusina lo apagó en cuanto volvió a sonar, y se negó a contestar cuando el chófer le anunció que tenía una llamada por el teléfono del coche. Por lo visto, Angelos se estaba poniendo nervioso. Ya habría leído aquel titular y estaría temiendo su reacción. ¿Por qué le había hecho algo tan horrible?

Hasta entonces no se había percatado de lo importante que Angelos era para ella. Había confiado en él ciegamente, y no entendía por qué le había traicionado de aquel modo cuando estaban a punto de hacer público su matrimonio.

Maxie irrumpió furiosa en el Edificio Petronides haciendo que todas las cabezas se volvieran a su paso.

A Angelos debían rechinarle los dientes al pensar que todos sus esfuerzos por mantener su vida privada al margen de la prensa habían sido en vano. Por un segundo a Maxie se le pasó por la cabeza que quizá él mismo había provocado aquella situación, que al encontrarse de nuevo con Natalie había descubierto que era ella la mujer de su vida...

Sin hacer el menor caso a la apurada recepcionista, atravesó como una barahúnda el pasillo que conducía hacia el despacho de Angelos, y entró sin llamar siquiera, cerrando la puerta de un golpe.

De pie, en el centro de la estancia, él la miró con expresión de desaliento.

-He venido para decirte un par de cosas antes de salir de tu vida para siempre.

-Maxie... -Angelos dio un paso hacia delante.

-¡No me interrumpas cuando te estoy hablando! ¡Y ni se te ocurra volver a pronunciar mi nombre! ¡Ni te imaginas cómo me sentí al verte en esa maldita foto con Natalie Cibaud!

-Sí, me lo imagino, pero tienes que saber que nos la hicieron hace tres meses -replicó Angelos.

-¡No te creo!

-Puedes llamar a mi abogado si quieres. Acabo de hablar con él para ordenarle que demande a ese periódico.

A Maxie empezaron a temblarle las piernas de tal modo que tuvo que apoyarse en la puerta.

-¿Me estás diciendo que no pasaste la noche con Natalie Cibaud? -preguntó.

-Maxie, te aseguro que no he vuelto a verla desde el día que te pusiste enferma... No acabamos precisamente como buenos amigos, la verdad...

-Pero yo suponía que la habías estado viendo después... -Maxie estaba ya temblando de pies a cabeza.

-Pues te equivocaste. Ni siquiera he vuelto a hablar con ella; de hecho, creo que ni siquiera está en el país. Maxie, deberías saber mejor que nadie que, desde que estoy contigo, no he vuelto a mirar a ninguna otra mujer -le dijo Angelos abrazándola-. No hay ninguna que se te pueda comparar. Casi me volví loco cuando me di cuenta de que ibas a ver esa foto; habría hecho lo que fuera por evitarte el disgusto, *agape mou*. -Maxie se lo quedó mirando extasiada-. Hay tantas cosas que quiero decirte... -continuó Angelos- pero hay alguien que está deseando verte, y no deseo hacerle esperar más: Maxie, está aquí tu padre...

-¿Mi... mi padre? -tartamudeó incrédula-. ¿Aquí?

-Contraté a unos detectives para que lo buscaran, y hace poco me avisaron de que le habían encontrado -le explicó-. Se me ocurrió llevarle ayer a casa para darte una sorpresa -cariñosamente, hizo que se sentara en un sillón para que fuera asimilando aquella inesperada noticia.

-Dime una cosa antes de continuar -le preguntó ansiosamente-, ¿te ha pedido dinero?

-No, nada de eso. Está realmente arrepentido, Maxie. Encontró un trabajo y está procurando rehacer su vida, aunque él mismo me ha confesado que todavía tiene que hacer muchos esfuerzos para resistir la tentación de volver a su antigua vida.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver que su padre aparecía en la puerta mientras Angelos se retiraba discretamente. Parecía más viejo de lo que recordaba, y había perdido algo de peso.

-No sabía cómo ibas a recibirme después de lo que hice -le dijo, visiblemente incómodo-. Esto es muy duro para mí... cuando eras pequeña te decepcioné muchas veces, pero lo peor de todo fue lo que te hice hace tres años, cuando consentí que pagaras por mis errores...

Conmovida, Maxie le estrechó entre sus brazos.

-Pero tú me querías, de eso siempre he estado segura -le confortó.

-No podía soportar verte al lado de Leland Coulter y saber que estabas con él por mi causa, que había caído tan bajo que te había arrastrado conmigo al fondo del pozo. Decidí que lo mejor sería alejarme de ti, de todo...

-Angelos me ha dicho que has conseguido un trabajo -dijo Maxie animándole a seguir.

Su padre le contó que le habían contratado como representante en una empresa de confección. Llevaba año y medio sin jugar y todas las semanas acudía a sesiones de terapia de grupo con otros ex-jugadores.

Maxie le contó lo de la casita de campo que por fin habían heredado. Su padre pareció sorprendido, y, un poco nervioso, le contó que había conocido a una mujer con la que estaba pensando casarse. Le dijo que le gustaría vender aquella casa y utilizar el dinero para contribuir a comprar otra.

Maxie pensó que había hecho falta que transcurriera más de la mitad de su vida para que su padre empezara a desear las mismas cosas que la mayoría de la gente: seguridad, amor propio, ser amado y respetado... Casi exactamente lo mismo que quería para ella misma. Russ necesitaba que ella le perdonara para empezar de nuevo, y ella tenía que enterrar de algún modo los tristes recuerdos del pasado para enfrentarse al futuro.

-Angelos es un gran tipo -comentó su padre antes de marcharse-, pero creo que no me gustaría que se enfadara conmigo...

Cuando Angelos volvió el despacho, ella casi ni se atrevió a mirarlo, aunque su corazón rebotaba de gratitud hacia él por haberle devuelto a su padre.

-Qué mañana tan agitada... -dijo azorada-. Gracias por haber encontrado a mi padre... me has quitado un gran peso de encima... pero, dime una cosa, ¿le habrás hecho venir si no se hubiera reformado?

-No -le confesó Angelos con total sinceridad-. Primero hubiera intentado ayudarlo. Y tampoco creo que él hubiera tenido el valor suficiente para verte -le puso una mano en la espalda y la llevó hacia la puerta-. Vámonos, tengo un helicóptero esperando.

-¿Pero a dónde demonios vamos ahora?

-¡Sorpresa!

-Yo creía que la sorpresa era mi padre...

-Era sólo una parte.

Subieron por las escaleras hasta la azotea del edificio. Al ver que efectivamente un helicóptero les estaba esperando, Maxie le lanzó una mirada cargada de reproches.

Sin embargo, el vuelo no resultó tan terrible como temía pues Angelos sostuvo su mano durante todo el tiempo. Incluso fue capaz de mirar por la ventana un par de veces.

-Te has portado como una campeona -la felicitó en cuanto aterrizaron.

Pero Maxie contemplaba admirada la inmensa mansión que se alzaba ante ellos. Vio otros tres helicópteros en los campos cercanos y un montón de lujosos coches aparcados.

-¿Dónde estamos? -preguntó asombrada.

-Ya te dije una vez que tenía una casa en el campo -respondió Angelos con una pícara sonrisa-Bienvenida a tu banquete de bodas, señora Petronides...

-¿Cómo dices?

-Todos mis parientes y mis amigos están esperándonos para conocerte -confesó Angelos-. He pensado que sería mejor invitarles a comer, porque así se habrán marchado para la hora de la cena...

-¿Han venido todos?

-Llevo preparando esta fiesta desde hace tiempo, y si no la he celebrado antes es porque quería tenerte un tiempo para mí solo. Le pedí a tu padre que viniera, pero al final decidió que sería mejor que no asistiera...

-¿Por eso te marchaste ayer tan intempestivamente, para ir a hablar con él?

-Efectivamente. Fui a Manchester a buscarlo y luego pasé aquí la noche para supervisar los preparativos -le explicó distraídamente. No paraba de mirar hacia el cielo con expresión anhelante.

-¿Qué pasa, Angelos?

Se dibujó una sonrisa en su rostro cuando por fin se oyó a lo lejos el motor de una avioneta. Abrazándola, la obligó a que mirara ella también. Casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio que empezaban a dibujarse en el cielo unas letras de color rosa.

-Eso es una T -deletreó Angelos-, luego una E, después una A, y una M...

-¡Puedo leer perfectamente unas letras tan grandes! -protestó Maxie, mirando aquel mensaje de amor escrito entre las nubes.

-Quería demostrarte que estoy orgulloso de lo que siento por ti, Maxie, y ésta es la mejor forma que se me ocurrió para hacerlo.

Ni en sus más locos sueños le hubiera creído capaz Maxie de hacer una cosa tan insólita como aquella.

-¿De verdad me quieres? -preguntó emocionada.

-¡Claro que sí! Me he pasado las últimas semanas haciendo lo imposible para demostrártelo.

-¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? -insistió con ojos brillantes.

-No estabas preparada para oírlo. Te recuerdo que tenías muy mala opinión de mí. Me quedé horrorizado al leer lo que habías escrito en tu famosa lista

-dijo Angelos con una cómica mueca.

-¿Encontraste mi lista? -Maxie estaba pasmada.

-¿Cómo fuiste capaz de escribir semejantes cosas de mí?

-¿Y cómo es que sabías que me refería a ti? No había ningún nombre que yo recuerde -Maxie se quedó callada unos instantes, sin saber muy bien qué decirle-. ¡Oh, Angelos! -murmuró al fin-. Te tuvo que sentar fatal...

-Bueno, la verdad es que me fue de mucha ayuda para saber lo que debía corregir. Quería convencerte de que no era el hombre que tú creías que era.

-La verdad es que has mejorado mucho...

Angelos la estrechó con más fuerza, besándola apasionadamente. Maxie le respondió en la misma medida, y cuando por fin se separaron, recostó la cabeza en su hombro.

-¡Cariño! Qué tonta fui al creer que todo lo que pretendías de mí era pasar un buen rato en la cama...

Abrazados se reunieron hacia la multitud de invitados que les estaban esperando. Maxie iba con la cabeza muy alta; se sentía tan feliz que se prometió a sí misma que jamás le confesaría que el numerito del avión le había parecido la cosa más cursi que había visto en su vida... sobre todo teniendo en cuenta lo satisfecho que se sentía de sí mismo porque se le hubiera ocurrido semejante idea.

-Yo también te quiero -le murmuró al oído-. No debería decírtelo, pero no tiene nada que ver con lo bondadoso que te has vuelto... Ya estaba loca por ti antes incluso de escribir esa dichosa lista.

-¿Cómo te atreves a decirme esto delante de toda esta gente? -le regañó Angelos burlonamente. Sin embargo, le sonreía a la vez con una inmensa ternura-. Atención todos, quiero presentaros a mi esposa -anunció, con tal orgullo y placer que Maxie se sintió a punto de estallar de alegría.

Su felicidad no se vio empañada siquiera cuando vio entre la multitud que se acercaba a felicitarlos la inconfundible cabeza de Leland Coulter.

-Lo lamento -murmuró avergonzado el anciano cuando llegó a su altura.

-Por supuesto que lo lamenta -añadió en voz alta Jennifer-. Ahora todo el mundo sabe lo que hizo. Yo me he encargado de que así sea.

-Me da un poco de pena -le confesó Maxie a Angelos cuando perdió de vista a la infeliz pareja.

-¡Ni se te ocurra decir eso! -replicó su marido, implacable-. Por su culpa hemos perdido tres años preciosos.

-Me parece que entonces era demasiado joven e inmadura...

-Yo te hubiera enseñado rápidamente -gruñó Angelos.

Con inmensa alegría, Maxie distinguió entre los invitados a su buena amiga Liz, acompañada de Bounce.

-¡Has venido! -exclamó.

-Angelos me llamó anoche. Nos han traído en limusina, ¿qué te parece? Bounce estaba de lo más impresionado -bromeó-. Bueno, ¿no te había dicho yo que este hombre estaba enamorado de ti? ...Ejem, espero que no esté escuchando...

-Me parece que eres mucho más intuitiva que Maxie -intervino Angelos-. Tuve que alquilar una avioneta para que escribiera en el cielo *Te amo* sólo para convencerla.

-¡Vaya! ¡Qué barbaridad! ¿Y qué se siente? -le preguntó Liz a Maxie.

-Bu... bueno, ha sido algo... increíble, inesperado también... -improvisó Maxie.

-¿Y cursi quizá? -añadió Angelos.

-Nada de eso. Nunca te he querido más que en ese momento -respondió con absoluta sinceridad, pues con aquel gesto Angelos le había demostrado que, por ella, podía abandonar su orgullo.

A la hora de comer se sirvió un exquisito buffet en el salón de baile. Maxie se sentía como en una nube mientras Angelos la conducía de un extremo a otro de la estancia presentándole a lo que parecía ser un número interminable de parientes cuyos nombres muy pronto empezaron a darle vueltas en la cabeza.

Después tuvieron que iniciar el baile; Maxie se las arregló para no tener que bailar con nadie que no fuera su marido.

-Espero que se empiecen a ir pronto... -le susurró esperanzada al oído. Estaba deseando quedarse a solas con él.

Nada más marcharse el último de los invitados, Angelos la condujo al piso de arriba.

-¿Cuándo te diste cuenta de que me querías? -quiso saber Maxie.

-Cuando tuviste la varicela -fue su sorprendente respuesta-, pero no estaba a dispuesto a admitirlo por nada del mundo. Éste es nuestro dormitorio

-anunció abriendo una puerta.

-¡Qué bien suena eso! Casi no puedo creerme que esto sea cierto.

-No habrás tenido que esperar tanto para saberlo si hubieras sido más paciente aquella mañana en la playa -Angelos tomó su sorprendida carita entre las manos-. Estuve a punto de decírtelo, pero tú...

-Te solté lo del testamento. Ahora he pensado que entregaré mi parte de esa herencia a una ONG. Tenía que habértelo dicho de otra forma

-admitió-, pero no quería que supieras lo mucho que te quería...

-Menuda tonta estás hecha...

-Te recuerdo que has dicho que soy el amor de tu vida -continuó Maxie mientras le soltaba la corbata- y que tú eres el amor de la mía.

Angelos la condujo hasta la cama.

-Bueno, te recuerdo lo que anotaste en tu lista: machista, egoísta, poco romántico, insensible, dominante.

-Supongo que tengo derecho a cambiar de opinión, ¿no? -le interrumpió calurosamente.

-Aunque eres preciosa -Angelos la miraba con ojos que parecían de oro líquido-, definitivamente lo que más me gusta de ti es ese chispeante ingenio tuyo, *agape mou*.

-¡Y pensar que llegué a creer que eras un hombre muy frío! -exclamó, asombrada ante su propia ceguera-. Dime, ¿Cuántos niños vamos a tener?

-¿De verdad quieres tener un niño? -Angelos le sonrió de oreja a oreja.

Maxie asintió. Aquella idea la emocionaba muchísimo.

-Eres formidable -murmuró Angelos roncamente, agachándose para besarla.

Diez meses más tarde, Maxie dio a luz a una niña que tenía los ojos tan azules como los suyos. En cuanto Angelos la vio, empezó a adorarla con todo su corazón.